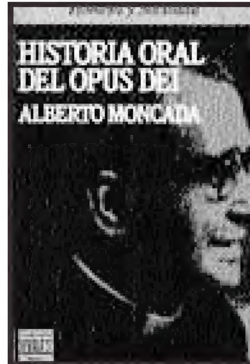
HISTORIA ORAL DEL OPUS DEI

Autor: Alberto Moncada



http://www.opusdeilibros.com

INDICE

INTRODUCCIÓN

Analizar el Opus Dei no es sólo un ejercicio de sociología de la religión, ni siquiera de la religiosidad española contemporánea. Es cierto que el fenómeno hunde sus raíces en la mezcla de patriotismo imperial y respetabilidad burguesa adoptada por el bando vencedor en la guerra civil. Pero los cincuenta años largos de existencia de la institución dan pie al analista para describir dos o tres usos de la Obra, seminalmente contenidos en ella, que se han revelado mucho más importantes que los propósitos diseñados por el fundador.

Cuando redacté mi primer estudio (El Opus Dei. Una interpretación), publicado por Índice en 1974, después de sufrir unos años de censura, yo era bastante tributario de esa mezcla de cristianismo utópico y metodología marxista que predominaba en la sociología latinoamericana de los años sesenta y primeros setenta. A su luz, el Opus era la negación flagrante del espíritu evangélico, un epifenómeno de la burguesía oligárquica y, por supuesto, un ejemplo más de la funcionalidad del aparato eclesiástico a las dictaduras de derechas. Mi libro, como otros publicados en esa época, reiteraba una y otra vez la contradicción entre la disposición ascética de los opusdeístas de a pie y la estrategia directiva para el uso de aquellas energías y lo interpretaba como un caso más de manipulación autoritaria de los grupos, de los muchos catalogados en el ancho inventario que por entonces confeccionaba la sociología progresista.

Años más tarde, mi segundo intento, un relato novelado (Los hijos del Padre, Argos Vergara, 1977), presentaba un escenario más complejo, un laboratorio de comportamientos en el que el fervor religioso, la necesidad de pertenecer, el ansia de medro y la fuerza de las estructuras sociales se aliaban para generar unas relaciones entre el Opus y sus clientelas mucho más complicadas y hasta morbosas. Aquello dejaba de ser un fenómeno español para transformarse en una organización simbiótica, de las que hacen las delicias de los investigadores sociales.

Como tal, caben diversas hipótesis interpretativas de su persistencia en el entramado de la sociedad contemporánea y todas ellas han sido comentadas públicamente, pese al hermetismo y la privatización de la información que practican sus fieles.

Como ocurre en tantas organizaciones, su trayectoria ha sido modelada, no tanto por las intenciones fundacionales cuanto por el terreno en el que operan y la necesidad de acoplarse a él, de sobrevivir, en último término. De ahí la frecuencia con la que los portavoces oficiales se enfadan cuando los observadores sacan sus conclusiones, no de la doctrina y las declaraciones autorizadas, sino del comportamiento de los socios.

Este tercer intento descriptivo no tiene más valor que el de servir de trama para una urdimbre de calidad excepcional. Por primera vez, cinco personas importantes en la trayectoria opusdeísta me han permitido contar en público las conversaciones que sobre el asunto hemos mantenido en privado. Sin esos testimonios, que no son sistemáticos -quizá lo sean en su día, si lo desean ellos-, este texto apenas tiene otro valor que el de la ratificación de lo obvio, de ese consenso que existe ya entre los conocedores del fenómeno.

Los cinco personajes reflexionan sobre su peripecia, sobre las cosas que ocurrían en la Obra y el porqué, sobre el entramado de intereses que se fue constituyendo en torno a la primitiva fundación. Iba siendo necesario dar un mentís autorizado a esa versión monocorde y arcana de los voceros de la institución que es, lisa y llanamente, contraria a la verdad histórica.

Fisac es un conocido arquitecto que entró en el Opus de la primera hora y se apartó de él a causa de los conflictos morales que él mismo relata. Antonio Pérez, estrella que fue del ascen-

so temporal de la Obra, tuvo que sufrir una de las persecuciones más tenaces cuando se apartó de ella en el ejercicio de un doloroso viaje de autoesclarecimiento. María del Carmen Tapia, pasó de directora del Opus a reclusa en la misma institución, en una peripecia abracadabrante. Raimundo Panikkar fue la otra estrella, la intelectual, de ese primer grupo de opusdeístas de la posguerra y sus aventuras teológicas, en las que persiste, le alejaron dramáticamente de la institución. Finalmente, Francisco José de Saralegui, cristiano viejo, tuvo, casi hasta su misma salida, intervención importante en la actividad económica de la Obra.

No ha sido fácil obtener estos testimonios. Todos los personajes tienen, como es natural, una posición ambivalente respecto a un fenómeno que a la vez que critican desde una lucidez madura, ha significado tanto en sus propias biografías, y en especial en la dimensión emocional de ellas. Por otra parte, todos ellos siguen siendo católicos practicantes, Panikkar sigue siendo sacerdote, y sus ejecutorias profesionales se desarrollan en el marco institucional de la sociedad contemporánea. No hay aquí, pues, discursos radicales ni desapegos desenfadados. Hay lucidez, análisis, cierta amargura -la inevitable amargura de la madurez-, y siempre comprensión hacia los antiguos compañeros, aunque éstos les hayan ofendido, perjudicado o desconocido después.

Esta historia oral es, por el momento, la única alternativa a la historia documental del Opus Dei. Sería muy interesante que se abriera para la ciencia parte al menos del monumental archivo que tan celosamente se guarda en la casa romana de Bruno Buozzi. Allí están, con las constituciones y las sucesivas ediciones de las Instrucciones de Gobierno, la colección de Notas y Avisos que ejemplifican, año tras año, no sólo un estilo de gobernar sino también las ideas que Escrivá iba teniendo sobre lo que pasaba o debía pasar en la Iglesia, en la política española, en la moral pública y privada y, sobre todo, en las casas y en las vidas de sus súbditos.

Nada de esto, ni tampoco la correspondencia entre los diversos centros de poder opusdeísta van a estar pronto al alcance de los historiadores.

Las dos o tres revistas mensuales que la Obra edita en la imprenta de la casa central, para consuelo y estímulo de sus socios y amigos selectos, ofrecen un relato de éxitos apostólicos y noticias internas cuyo análisis podría ser también interesante para el estudioso.

Nada de eso va por ahora a ver la luz pública. La reducción de la información oficial al panegírico es una invención del mundo mercantil que grupos políticos y religiosos practican hoy con la misma asiduidad y que naturalmente hacen más difícil la tarea del periodista y del historiador.

Por ello, repito,.esta historia oral resulta, hoy por hoy, una importante contribución al conocimiento de un fenómeno que, en lo profundo, representa la persistencia de la organización patriarcal, de la familia, como fórmula de negociación que se superpone a las otras estructuras sociales, transformando relaciones políticas, mercantiles y, por supuesto, aventuras intelectuales y religiosas, en una afirmación de la "cosa nostra".

De este tipo de organizaciones y estilos están plagadas nuestras democracias industriales, pese a su aparente repudio de los poderes fácticos, y el caso de .España es paradigmático al respecto.

Los opusdeístas se reconocen a sí mismos como miembros de una familia, antes de cualquier otra definición, una familia en la que el padre es el personaje principal. La historia de estos primeros cincuenta años del Opus Dei no es sino una biografía ampliada de Monseñor Escrivá, de su evolución psicológica, de sus relaciones con propios y extraños y de la obediencia incon-

dicionada de sus gentes. Esta obediencia, esta devoción al Padre, nutrida de los más viejos materiales del patriarcado tradicional, se convierte en razón de vivir para sus hijos, en clave para sus vivencias religiosas y termina oscureciendo cualquier otro modo de entender la vocación del Opus Dei. El culto a la personalidad del Padre, en el que los analistas ven la mayor dificultad para una modificación de la trayectoria opusdeísta, se engendró en el espíritu de ese hombre, cuya fe en su destino, le hacía decir: "He conocido a siete papas, cientos de cardenales, miles de obispos. Pero fundadores del Opus Dei sólo hay uno."

Hoy se ha puesto de moda seleccionar un particular suceso para simbolizar eso que se llama el fin de la transición española del franquismo a la democracia. Hay como una especie de prisa por cerrar un periodo en el que pudieron haber ocurrido otras cosas de las que ocurrieron. Lo que sucedió fue, naturalmente, la consolidación de un pacto global de intereses en el que las fuerzas más renovadoras aceptaron un compromiso con los poderes más concluyentes del pasado inmediato en beneficio de lo que muchos consideraban la única solución viable. Mi particular símbolo de ese cierre del período es la visita de Luis Valls Taberner -mi banquero, como le llamaba Escrivá- a la sede del PSOE y su encuentro, semblantes satisfechos, con Alfonso Guerra, incorporado ya al archivo gráfico de la época. Valls felicita al político socialista en la calle de Ferraz, a pocos metros de donde estaba situada, cincuenta años antes, la primera casa del Opus Dei, desde la que Escrivá reclutaba a sus primeros fieles y les enrolaba en la causa de la recristianización intelectual de la España republicana.

1. EL OPUS DEI Y EL MUNDO ECLESIÁSTICO

No parece que al joven Escrivá le preocupara demasiado el mundo eclesiástico. En los años treinta, cuando reúne a sus primeras docenas de adictos, su mensaje tiene que ver más con el mundo laico, con la santificación del trabajo ordinario, con el apostolado intelectual. Incluso alguno de los primeros cuenta que Escrivá, a pesar de dirigirse espiritualmente con un jesuita, tenía un notorio recelo por el clero y hablaba muy despectivamente de tantas fundaciones de frailes y monjas que "nacen para hacer cosas evangélicas y terminan dedicándose a educar niños ricos".

Él habla a sus estudiantes universitarios, unos aún estudiando la carrera, otros con ella terminada, del papel que les reserva la historia en la cristianización o recristianización del mundo, pero sin que ello implique una utilización de los modos eclesiásticos de actuar. El mensaje que él confiesa haber recibido de las alturas -y que cuenta veladamente a los iniciados-, es un mensaje de influencia de la doctrina cristiana en el mundo civil. Él no parece que se sintiera muy cómodo entre clérigos aunque hubiera pasado su primera juventud en el seminario de Zaragoza y desde que se estableció en Madrid, en los años treinta, mantuvo una relación distante con ese mundo, empezando porque él era un sacerdote de la diócesis de Zaragoza que tenía permiso para vivir fuera de ella.

Hasta la guerra civil española y durante ella, Escrivá se dedica principalmente a contactar y seleccionar jóvenes universitarios aprovechando el clima de tensión que había en el mundo católico español con motivo de las confrontaciones de la II República.

"A mí me presentó al padre Escrivá, en 1935, un compañero de Arquitectura, Pedro Casciaro, con el que yo había coincidido en 1929, cuando aún estudiaba bachillerato, en una huelga estudiantil contra Primo de Rivera -cuenta Miguel Fisac.
"Yo no había sido especialmente piadoso hasta que los acontecimientos políticos me hicieron reaccionar.
"En mi pueblo, durante la Semana Santa de 1935 hubo mucha tensión, unos cuantos tiros en una de las procesiones y otras provocaciones. Aquello me conmocionó bastante.
"Al volver a Madrid, Casciaro me dijo que había conocido a un sacerdote que le había impresionado, y más tarde me llevó a la residencia de Ferraz 50 y allí le conocí.
"El padre Escrivá me pareció un hombre muy simpático y atrayente, por la manera de decir las cosas con una actitud diferente a la de los curas que yo conocía, y se rodeaba de un ambiente de espiritualidad sin ñoñerías. Quedé con él que volvería por allí con frecuencia."

Como Fisac había en España bastantes jóvenes católicos militantes que, por una u otra vía, pensaban oponerse a la descristianización republicana y aquél era un buen caldo de cultivo para la acción de Escriva.

"En la residencia de Ferraz no todos los residentes eran de la Obra. Incluso vivía allí un falangista que parece que intervino en el atentado contra Jiménez de Asúa. El padre Escrivá tenía mucho cuidado de que allí no dominara ninguna ideología en particular, dentro, naturalmente, de una militancia católica."

Su pretensión de independencia de otros movimientos católicos laicos le llevó a una cierta con-

frontación, desde el primer momento, con la Acción Católica y en particular con la Asociación de propagandistas, el grupo de Ángel Herrera, el cual parece que le propuso unir sus fuerzas cara al apostolado estudiantil, sin que Escrivá aceptara.

La guerra civil española vino a desbaratar aquel primer esfuerzo que había conducido a que, en el año 36, algo más de una docena de jóvenes españoles ya habían prometido obediencia a Escrivá y otro par de docenas estaban espiritualmente en torno a él llenando los actos de piedad que, en pequeños grupos, celebraban en la residencia de Ferraz.

Durante la guerra, y después de varias peripecias, que incluyen el paso a Francia por los Pirineos de Escrivá y siete de los suyos, el estado mayor de la Obra se sitúa en el "Hotel Sabadell", de Burgos, el mismo lugar del estado mayor de Franco. -

El monárquico Pradera y el marqués de Embid, hermano de José María Albareda, habían sido los valedores políticos de Escrivá y los suyos, y pronto todos los jóvenes en edad militar se incorporaron a filas en el bando nacional, logrando dos de ellos, Casciaro y Botella, quedarse en Burgos, en las oficinas del general Orgaz. Allí parece que Escrivá conoció y trató a muchos de los personajes civiles y militares que serían luego importantes en el primer franquismo, como el almirante Fontán, que le presentaría a Carrero Blanco.

Al terminar la guerra, Escrivá asume su capellanía del Patronato de Santa Isabel de Atocha y allí se refugia con su gente, recomponiendo poco a poco su labor, ahora facilitada por el imponente catolicismo oficial de la posguerra. Al poco tiempo, una residencia en la calle Jenner sustituye a la de Ferraz.

Su apostolado con universitarios empezó a tropezar con las envidias de otras organizaciones parecidas y algunos clérigos, en especial jesuitas, incluso algún obispo, como Segura, le empezaron a atacar. Fue muy notorio el caso de un jesuita catalán, el padre Vergés, dirigente de las Congregaciones marianas de Barcelona, que, a poco de finalizar la guerra, montó una campaña muy dura contra Escrivá.

Todo ello le llevó a empezar a darse cuenta de que necesitaba la aprobación del mundo eclesiástico para seguir actuando y comenzó a cultivar a monseñor Morcillo, por entonces vicario de la diócesis de Madrid-Alcalá, quien le introdujo al obispo, Leopoldo Eijo y Garay. Eijo era un hombre muy autoritario, muy seguro de sí mismo, metido en el entramado de la corte franquista y le costó bastante trabajo aceptar la labor de Escrivá. Cuando lo hizo, mediante una sencilla aprobación diocesana, se consideró con derecho a intervenir en los asuntos internos de la Obra.

"Me acuerdo -cuenta Fisac- que con ocasión de una ausencia del Padre, de Madrid, Eijo y Garay nos obligó, a los que habíamos sido alféreces provisionales, a apuntarnos de voluntarios en la División Azul. A su regreso, el Padre se indignó cuando lo supo, porque le parecía que éramos muy pocos y nos íbamos a exponer a unos riesgos que no teníamos por qué correr. Menos mal que a los que éramos oficiales no nos aceptaron."

Las fórmulas de organización vigente para laicos en aquel momento en el derecho canónico no convencían a Escrivá, quien, por entonces, era enemigo de escribir normas, constituciones, reglamentos. El decía que lo suyo era una familia y que las familias no tienen constituciones y que, en todo caso, el Opus Dei era algo muy distinto de una Pía Unión, de una Cofradía, de

una orden tercera, etc. Él tenía, sobre todo, la obsesión de que no les confundieran con los religiosos.

Pero el proceso de aprobación marcaría el principio de un cambio en su personalidad.

"El padre Escrivá no era un gran jurista, como nos lo han querido presentar después -cuenta Antonio Pérez-. Yo incluso dudo mucho de que hubiera estudiado derecho. Nunca vi su título de Licenciado y tal como eran las cosas en la Obra, de haberlo, se le hubiera puesto en un marco dorado impresionante. Aunque pudo haberse perdido ese documento, como tantos otros, durante la guerra. Por otra parte, en los años de la República, era muy difícil que un seminarista fuera a la Universidad. Desde luego, por las conversaciones que teníamos, yo creo que si había estudiado derecho, lo había olvidado por completo. En cambio, tenía alguna idea vaga del derecho canónico, producto lógico de lo que habría estudiado en el seminario. En todo caso, no era aficionado al derecho y tenía incluso por él un cierto desprecio, lo cual dice mucho en su favor porque lo importante para la realización de la Obra era la gracia, no la justicia."

Entre unos y otros le convencieron, sin embargo, de que tenía que buscar una fórmula de aprobación eclesiástica, y la obsesión suya fue dar con algo que le permitiera no ser confundido con otros y mantener su identidad propia.

La obsesión se iba poco a poco traduciendo en dos estrategias: por una parte, lograr un régimen jurídico autónomo, en el sentido de que la jerarquía ordinaria de la Iglesia no tuviera la posibilidad de intervenir en la gestión del Opus y, por otra, constituirse en entidad individual, que no hubiera más que un solo ejemplar, el suyo, de la nueva modalidad canónica a establecer. Ambas estrategias eran notoriamente contrarias a la tradición de la Iglesia.

Respecto a la primera de ellas, Escrivá recurrió a un procedimiento con cierta tradición en la Iglesia, que son los privilegíos. Apenas aprobado el Opus, y en base a ese primer estatuto, Escrivá solicitaba y solía obtener exenciones de los mil y un trámites que las organizaciones eclesiásticas deben realizar con el obispo o el Vaticano. Así, Escrivá fue consiguiendo licencia para erigir oratorios, para no dar muchas explicaciones sobre su apostolado a los obispos, etc. Pero todo este proceso le fue haciendo a él, paradójicamente, un hombre reglamentarista y una institución como el Opus, en la que apenas había normas, terminó por convertirse en algo minuciosamente regulado, con peticiones de permisos constantes de los socios a sus superiores, que se ejemplifica en el conocido precepto de que las mujeres deben pedir permiso incluso para beber agua entre comidas, una mezcla de mortificación corporal y obediencia.

Sólo después de muerto Escrivá, en el pontificado de Juan Pablo II, lograría la institución el deseado régimen autónomo, la condición de diócesis personal o prelatura personal que hoy tiene y que efectivamente impide a los obispos ordinarios intervenir en lo que el Opus tiene o realiza.

Esta idea de independencia incluso explica aquel libro "La abadesa de las Huelgas", que Escrivá publicó en 1944 y que contaba la historia de la potestad jurisdiccional de la citada monja. Años más tarde, presentó el libro para que le dieran el título de Doctor en Derecho Canónico. Como es bien sabido, el libro fue redactado por Escrivá con la ayuda sustancial de otras personas y en especial del civilista Amadeo de Fuenmayor. "Entre otras razones porque

en el texto hay citas en alemán, idioma que el Padre no conocía", opina María del Carmen Tapia.

A mediados de los años cuarenta, cuando había ya casi un par de centenares de socios numerarios distribuidos por tres o cuatro ciudades españolas, arreciaron las contradicciones eclesiásticas y Eijo y Garay persuadió a Escrivá de que él necesitaba una aprobación papal, que no era bastante la diocesana para defenderle de la animosidad y los celos de obispos, curas y frailes que difundían mensajes acerca de la heterodoxia doctrinal de Escrivá y que incluso, en el contexto de la situación española en la Segunda Guerra Mundial, lo tachaban de anglófilo o germanófilo de acuerdo a la persona ante quien lo criticaban.

La batalla jurídica, como él gustaba de llamar a aquella operación, comienza enviando a Roma a dos socios numerarios, José Orlandis y Salvador Canals, a explorar el terreno para la posible aprobación. Acababa de terminar la guerra mundial. El primero era catedrático de Historia del Derecho. Ambos van llenos de ingenuidad y de devoción vaticana que Escrivá, ya más avisado, trata de corregir.

Roma estaba por entonces muy lejos. Se iba en barco y en su primer viaje marítimo, en 1945, siente precisamente Escrivá como una premonición de que las cosas no iban a ser tan sencillas. El barco atraviesa una tormenta y Escrivá cree que va a naufragar y confiesa a alguno de sus adictos que aquello le parecía una intervención del Maligno para impedir el desarrollo de su Obra.

Poco después, Alvaro del Portillo, ya ingeniero de Caminos y vestido con el uniforme de gala del cuerpo, presenta por primera vez a Pío XII un proyecto de Institutos seculares y de Constituciones del Opus Dei. "El proyecto iba preparado con el mismo formato con que se preparan en España los proyectos de los ingenieros de Caminos y había una cierta sensación de que aquello impresionaría allí -comenta Antonio Pérez-, esperando que en la Curia romana estuvieran menos adelantados en materia de métodos y sistemas." Un monseñor agregado a la Embajada de España en Roma, llamado Ussia, preparo la entrevista y ayudó en ese primer contacto oficial, que a Portillo no le satisfizo mucho. A su vuelta a Madrid explicó a Escrivá que era necesaria su presencia personal para hacer caminar el proyecto.

Así, empezó en 1946 la estancia de Escrivá en Roma, que de una gestión eclesiástica se transformaría en asiento de la sede central de la Obra, con su fundador y presidente al frente.

"La historia de aquel primer viaje ha entrado en la leyenda de la Obra -relata Antonio Pérez-. Por lo visto, el Padre en aquel entonces no estaba muy seguro del éxito. En la capilla de la casa de Barcelona, en la que se alojó hasta embarcar, hizo poner una frase evangélica: Señor, mira que lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué va a ser de nosotros? Luego está el relato del viaje y finalmente, para subrayar su carácter histórico, los miembros del Opus compraron parte del mobiliario de ese barco, el J. J. Sister, cuando fue desguazado, para custodiarlo como hito de la historia interna."

"El Padre -recuerda Fisac-, solía decir que seríamos tontos si no procuráramos conservar los vestigios de los primeros tiempos. No hagáis como los jesuitas, que ahora lamentan haber destruido las huellas de san Ignacio."

El mundo eclesiástico romano, con sus intrigas y prepotencias en el pontificado autoritario de

Pío XII, parece que impresionó profundamente a Escrivá que aseguraba a sus hijos que había que tener fe en la Iglesia "a pesar de los pesares".

Poco a poco, con el auxilio de los pocos amigos que se iba haciendo, llegó a los umbrales de la Secretaría de Estado. De los dos funcionarios importantes de la Secretaría, cuyo cargo principal tenía vacante el Papa, Monseñor Montini y Monseñor Tardini, los dos sustitutos, Escrivá eligió el patronazgo del segundo a quien le encaminó un monseñor español de quien se hizo amigo, Fernández Conde, que trabajaba en la Secretaría y que llegaría luego a ser obispo de Córdoba.

"Tardini era hombre tradicional. El padre Escrivá nos conto -recuerda Miguel Fisac-, que Tardini le había dicho que él había hecho el sacrificio de renunciar a ser cardenal para que Pío XII no nombrara tampoco a Montini, pues podía ser muy peligroso para la Iglesia por su progresismo teológico.
"El que una persona de la categoría de Montini no hubiese llegado al cardenalato, chocaba mucho en los medios vaticanos. Cuando Juan XXIII fue elegido Papa, en seguida lo hizo cardenal. Y como supuso el mismo Juan XXIII, le sucedió como Papa en un cónclave claro y rápido."

A Tardini le contó Escrivá sus proyectos y esperanzas y poco a poco le hizo, si no comprender, al menos aceptar la conveniencia de encontrar un cauce para su fundación. Parece que el Papa no estaba excesivamente interesado en modificar la situación de los laicos en la Iglesia y que si dio su visto bueno a la nueva normativa, ello se debió al aval del episcopado español para la aprobación del Opus Dei.

A tal efecto, Antonio Pérez, durante el curso 49-50, realizó un recorrido en automóvil por España, visitando obispos, a los que requirió para que le firmasen las llamadas cartas comendaticias, cartas de recomendación, para Roma. Todos los obispos españoles, salvo el cardenal Segura, las firmaron. Unos por convicción, los otros por no impedir lo que parecía una buena obra, entre tantas de las que se consolidaban en aquella fervorosa España de la posguerra.

"Con algunos numerarios que no interveníamos en aquellas gestiones -recuerda Fisac-, Escrivá se ufanaba de la impresión que en la Curia romana había producido el que él hubiera dicho con claridad baturra, que a él no le daba la gana de ser persona sagrada, como los frailes y las monjas, porque no quería que se perdiera la esencia laical del Opus. Canónicamente menor que la de un nazareno de una cofradía, creo que le oí decir alguna vez."

Paralelamente a la gestión de aprobación, iba la de documentación. Se trataba de hacer, por una parte, el diseño de una nueva forma de perfección, los Institutos Seculares y por otra, de redactar unas Constituciones del Opus acomodadas a ese diseño.

En esa tarea intervinieron dos claretianos, uno que llegaría a cardenal prefecto de la Congregación de religiosos, Monseñor Larraona, y Monseñor Bachi, el oficial de cartas latinas del Vaticano, que pondría todos los textos en el inevitable latín eclesiástico. La sustancia de los textos era, naturalmente, el pensamiento de Escrivá, quien trató de volcar en ellos la teoría y la praxis de su fundación, aunque aquellos hombres de Iglesia le fueron aconsejando sobre lo que era más o menos aceptable a la Curia.

"En esa época -recuerda Fisac-, el padre Escrivá cultivaba mucho la amistad de Larraona. Un día, estando yo en Roma, les llevé en coche, a los dos, a visitar Orbieto; porque el claretiano había mostrado interés en conocerlo."

El final del expediente se produjo en los últimos meses del pontificado de Pío XII y para entonces Escrivá y sus hombres se conocían bastante bien los pasillos del Vaticano y se ufanaban de haber hecho algunas trampillas burocráticas para el mejor fin de sus planes. La última firma de Pío XII se consiguió literalmente en su lecho de muerte. Parece que incluso el documento original conserva las huellas de esa circunstancia.

La aprobación definitiva lleva la fecha de 16 de junio de 1950 y al padre Escrivá se le llenaba la boca con sus recién aprobadas Constituciones, que él calificaba de "santas, perpetuas e inviolables", de las que, por otra parte, hizo contadísimos ejemplares, accesibles sólo a los superiores de la Obra. ¡Quién le iba a decir que apenas diez años después de su muerte, sus hijos las modificarían para acomodarse a la negociación con el Vaticano y que ambas versiones, la secreta y la nueva, terminarían vendiéndose en los quioscos de periódicos!

"El padre Escrivá no se entendió bien con los hombres de curia -comenta Antonio Pérez-. Para él, en el fondo, poseído como estaba de su verdad, aquello le parecía un obstáculo a la voluntad de Dios, instrumentado por los que deberían tener más interés en cumplirla. Para su mentalidad y su talante, aquellos monseñores eran unos burócratas sin espíritu. La verdad es que con el tiempo él se fue convirtiendo en otro reglamentarista, poseído de su autoridad, inflexible y despectivo, justo lo que él criticaba a los curiales. Pío XII, por otra parte, nunca entendió a Escrivá, al que sólo vio una vez y aquel espontaneísmo español casaba mal con el ambiente vaticano. El Padre, sin embargo, fue poco a poco tratando de ganar la confianza de esas gentes por el viejo procedimiento de halagarlos, invitarlos a comer, hacerles regalos, en una época en que los curiales eran gente modesta, sin excesivos lujos. Llegó incluso a introducir en la burocracia curial a dos o tres numerarios que fueron componiendo la tela de araña de la influencia. Pero como el objetivo era la aprobación, una vez conseguida ésta, el Padre perdió interés por el mundo eclesiástico hasta aquel otro acontecimiento que le sacaría de quicio, el Vaticano II."

El mundo eclesiástico siguió, sin embargo, afectando a la dinámica apostólica de Escrivá y los suyos.

Por una parte, a medida que el Opus se expandía, los obispos territoriales, con sus peculiares preferencias o ideologías, tomaban contacto con la Obra y en algún caso, sobre todo en América, no estaban muy satisfechos con los secreteos y la autonomía de la institución y, en especial, con los modos de reclutamiento. Otros, por el contrario, se convirtieron en aliados y colaboradores de los hijos de Escrivá, a los que incluso querían dar tareas eclesiásticas, de corte tradicional, que generalmente ellos rehusaban.

Pero a finales de los años cincuenta, surgiría una circunstancia, que volvió a afectar la relación de Escrivá con el Vaticano y fue la aprobación como Instituto secular, de otras organizaciones, como las teresianas del español padre Poveda. Escrivá había tratado de conseguir un ropaje jurídico exclusivo y no vio con buenos ojos que fuera utilizado en estos casos. Cuando se dio cuenta de que no conseguía nada oponiéndose a esas otras aprobaciones, empezó a diseñar

una estrategia conducente hacia otro ropaje, el que finalmente aprobó Juan Pablo II, ya después de muerto Escrivá.

La historia de esta segunda aprobación es también la historia de la creciente confrontación entre Escrivá y los dos papas del Concilio Vaticano II.

Apenas elegido Juan XXIII ya se vislumbraba en Roma que el anciano pontífice transitorio tenía en su mente reformas importantes. Su política de nombramientos y sus relaciones con el mundo civil iniciaba una apertura que finalmente se tradujo en la convocatoria del Concilio. Aquello puso nervioso a .Escrivá, quien no se recataba de decir en privado y de insinuar en público que la Iglesia estaba entrando en una peligrosa vía, llegando a confiar a alguno de sus hijos que él pensaba que el mismo diablo se había instalado en la cabeza de la Iglesia.

La confrontación entre los nuevos vientos eclesiales y la fundación de Escrivá se puso de manifiesto a lo largo de todo el Concilio al que asistieron algunos miembros de la Obra sin que sus puntos de vista, alineados con la facción más conservadora de la reunión, sirviera de mucho para impedir el triunfo de las tesis progresistas. Pero la principal consecuencia fue la paulatina insistencia de .Escrivá en negar vigencia a la doctrina del Concilio dentro de la Obra. No sólo se prohibía internamente la lectura y el comentario de los documentos conciliares, sino que se tomaron disposiciones en su contra. Por ejemplo, mientras el Concilio hizo énfasis en las lenguas vernáculas para las celebraciones litúrgicas, Escrivá dispuso una intensificación del latín.

Paralelamente, tuvo algunos incidentes con clérigos eminentes. Uno de los que no gozaba de su predilección era Monseñor Montini, a quien había conocido de joven sustituto en la Secretaría de Estado de Pío XII. Montini no apreciaba la fogosidad y el talante de Escrivá y tenía serias dudas respecto al apostolado de la Obra. Por aquellos años, 1956 y 57, ya se había producido la entrada de las gentes del Opus en la política española y algunos obispos italianos tenían un gran temor de que se produjera una comparación, siquiera fuera simbólica, entre los movimientos católicos democráticos, como la democracia cristiana y los grupos confesionales que apoyaran las dictaduras. Para ellos, el Opus estaba sosteniendo el franquismo, odiado en Europa, y eso perjudicaba su reconocimiento canónico. A tal extremo llegó la confrontación que cuando Montini fue nombrado arzobispo de Milán negó a Escrivá los permisos oportunos para abrir una residencia. Como contrapartida, Escrivá le dedicaba sus más duros dicterios, que subieron de tono cuando Montini protestó al gobierno español por la condena a muerte de Grimau. Escrivá, desde su patriotismo visceral, le reprochaba una injerencia intolerable en los asuntos españoles.

Lo cierto es que la confrontación se mantuvo durante el resto de la vida de Escrivá, más aún cuanto que fue precisamente Montini el llamado a sustituir en el pontificado a Juan XXIII.

"Recuerdo -cuenta Antonio Pérez- lo que pasó el día de la elección del que luego sería Pablo VI. Yo estaba en Roma porque me había invitado Antoniutti a acompañarle. Incluso me había invitado a entrar con él en el cónclave, lo que no gustó demasiado al padre Escrivá. Se hablaba de Antoniutti como uno de los papables y eso nos confortaba porque él era cardenal protector de la Obra y uno de los eclesiásticos más cercanos a nosotros. Yo, que por fin no entré en el cónclave, volví a casa después de ver la fumata en San Pedro y al entrar, el Padre, en presencia de chicos jóvenes de la Obra, me echó una gran bronca, como si yo hubiera sido el culpable de que fuera elegido Montini. En el fondo se desahogó conmigo de su frustración y puso verde a Montini, acusándole de masón y otras lindezas. Estaba muy excitado y previno que

todos los que habían cooperado en esa elección se iban a condenar al infierno."

La cuestión del cambio de régimen jurídico se convirtió así en un contencioso duradero, que no se saldaría hasta la muerte de Escrivá y que éste convirtió en lo que él llamaba la intención especial de la Obra, es decir, un asunto por el que los socios del Opus se comprometían a rezar y ofrecer sacrificios de manera prioritaria.

Ello era fundamental para la suerte del proyecto de Escrivá que, a medida que se hacía más intolerante, no soportaba que la organización eclesiástica, y en especial algunos obispos progresistas, dejaran de prestar su apoyo a la Obra, a medida que se extendía por el mundo, o incluso participaran en las críticas contra ella.

Escrivá, desde su peculiar manera de entender la fe católica, estaba asistiendo a la crisis de la Iglesia que se fraguó en los tiempos anteriores al Concilio y se desencadenó más vigorosamente a partir de él. Ni las discusiones teológicas, ni las estrategias apostólicas de unos y otros le eran inteligibles y pasó más de un mal rato con todo aquel zafarrancho que duraría hasta su muerte. él, por otra parte, poco podía hacer al respecto.

" El problema -cuenta Antonio Pérez-, es que el padre Escrivá nunca tuvo una buena relación con el Vaticano y apenas influencia, de modo que carecía de cauces para participar en todo aquello."

Indudablemente él se entendía sólo con los eclesiásticos conservadores y por ello apoyó cuantas iniciativas tenían como meta el ataque o la censura a las corrientes progresistas. Hay muchas anécdotas al respecto, pero destaca la forma en que los hombres de Escrivá en el Vaticano participaron en una Asamblea eclesiástica española en que algunos obispos y sacerdotes, ya en los finales del régimen, revisaron la estrecha relación de la Iglesia con el franquismo, preparándose o curándose en salud para un futuro menos comprometido.

Los últimos años de Escrivá están llenos de desconcierto, enfado e invectivas contra las novedades y los conflictos eclesiásticos. En sus notas, en sus conversaciones, afloraba la preocupación por una Iglesia que no era la que él entendía. Por ello su obsesión por preservar a la Obra del contagio.

"Somos ese resto de Israel, elegido por Dios para iniciar la conversión", solía decir, parafraseando una frase de la Biblia.

Y como deseaba mantener a ese resto fuera de la intervención de los malos pastores, era imprescindible que se cumpliera su propósito de ver erigida la prelatura personal. Aquello ocurrió, e incluso en un contexto eclesiástico y con un Papa mucho más cercano a sus ideas, pero él no lo pudo ver.

"El padre Escrivá -cuenta Antonio Pérez- consideraba que, como fundador del Opus Dei, él tenía, debía tener, ante sus hijos, más carisma, más importancia que obispos, cardenales e incluso Papas. Por eso diseñó una curiosa legislación para cuando hubiera personalidades eclesiásticas en la Obra, que se basaba sustancialmente en cancelar la libertad personal que los religiosos logran respecto a sus instituciones cuando llegan a ser obispos u otros cargos en el mundo eclesiástico ordinario. En el Opus, por el contrario, se acentuaba la subordinación al

Padre e incluso había una peculiar simbología al respecto. Yo recuerdo una vez en Roma, cuando me encontré en la casa central a Lucho Sánchez Moreno, un peruano numerario, que había trabajado conmigo en la secretaría general, y que resultó ser el primer obispo del Opus. Al verle, yo me acerqué a saludarle y muy sinceramente le besé el anillo pastoral. Al Padre aquello le sentó muy mal porque "en casa sólo se le besa la mano al Padre".

2. EL OPUS DEI Y LOS NEGOCIOS

Las necesidades de la primera hora del Opus Dei no sobrepasan los requerimientos de una familia de clase media. Los estudiantes de la pensión de Ferraz 50, con Escrivá a la cabeza, llevaban la sobria vida de la España de los años treinta. Isidoro Zorzano, el primer socio con la carrera terminada, administraba celosamente los pocos ingresos y atendía el pago de las facturas y los gastos.

Con el paso del tiempo empezó a crecer el déficit de la pensión y cierta sensación de ahogo económico se traslucía hacia fuera.

"En aquella época -cuenta Miguel Fisac- yo vivía con mi hermano Pepe en la casa de Las Flores, en Gaztambide 15. Mi hermano solía jugar mucho a la lotería y en una de esas veces le tocaron cien mil pesetas, algo así como si ahora le tocaran bastantes millones. Con eso se creó el natural revuelo, los amigos le pedían préstamos, a mí me compró un equipo de esquí. Pocos días después, me llamaron para decirme que el padre Escrivá quería que fuera en seguida a verle. Yo fui todo nervioso, con la preocupación de cómo iba a decirle a mi hermano que le diera dinero, porque estaba seguro de que el Padre me lo iba a pedir. Luego resultó que me llamaba para otra cosa: para decirme que él creía que yo tenía vocación y que entrara en la Obra."

Los estudiantes miembros del Opus daban sablazos a su familia, como era costumbre, y lo sigue siendo, en el mundo universitario y había una enorme preocupación por no gastar más de la cuenta individualmente. De aquella época procede la costumbre vigente de que cada socio lleva una cuenta de gastos donde anota el dinero que saca de la caja de la Obra y los gastos que hace, así como unos talonarios en donde se anotan los ingresos de cada uno, que el voto de pobreza obliga a entregar íntegramente en la caja de la institución.

Las peripecias de la guerra civil suponen también un cierto apuro económico.

"Sacábamos el dinero de donde se podía -continúa Fisac-, las más de las veces de nuestras familias. Cuando Juan Jiménez Vargas vino a Daimiel donde yo estaba escondido y me propuso pasarnos con el padre Escrivá a la zona nacional, mi padre, un farmacéutico acomodado, nos dio todo el dinero que había en casa."

En la época de Burgos las cosas seguían más o menos lo mismo y a la entrada de las tropas nacionales en Madrid es Isidoro Zorzano, con su sueldo de ingeniero, el que ampara la primera hora, pues en su casa se alojan la madre y los dos hermanos de Escrivá hasta que se trasladan al Patronato de Santa Isabel.

"El sueldo del Patronato lo pagaba el Patrimonio Nacional. Yo he ido a cobrarlo frecuentemente a Palacio -recuerda Antonio Pérez- y eran unas pocas pesetas incluso para aquellos tiempos."

En la residencia de Jenner y en las otras que se van abriendo en los años cuarenta, la hipótesis económica es la misma. Unos ingresos, pocos, de los primeros profesionales y las pensio-

nes de los estudiantes, para afrontar los gastos. Algunos se ayudaban con clases particulares y, de vez en cuando, el sablazo a los amigos.

Hasta que empezó la actividad del Consejo de Investigaciones Científicas, las cosas económicas fueron mal. Cuando había mucho apuro, Escrivá iba a ver a Carrero Blanco, que se hizo amigo suyo, y de los fondos de libre disposición de Presidencia del Gobierno, le daba de vez en cuando alguna cantidad de escasa importancia.

Pero la amistad de Escrivá con el ministro Ibáñez Martín, a través de Albareda, iba a dar buenos dividendos, no sólo en el terreno académico y político sino también en el económico.

La decisión, que se toma ya en 1939, de crear el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, tiene una vertiente natural, la construcción de los edificios necesarios. Albareda, investido .ya en su cargo de Secretario General del Consejo, no duda en encargar las obras a su consocio en el Opus, Ricardo Fernández Vallespín.

Miguel Fisac termina la carrera dos años después y, por indicación de Albareda, hace un anteproyecto de adaptación del Auditórium del Instituto Escuela para iglesia del Espíritu Santo, que gusta mucho a Ibáñez Martín y le encarga el proyecto.

Pronto Fisac se convierte en el principal responsable y se dedica completamente al diseño y puesta en ejecución de las obras. Estas se llevaban por el procedimiento de administración. Se trataba de una fórmula administrativa muy flexible. El arquitecto recibía dinero a cuenta y después iba haciendo certificaciones de la obra ejecutada.

Con ese motivo algunos socios de la Obra, que tenían una cierta inclinación a la ingeniería y a los negocios, como Jorge Brosa, Rafael Escolá, ambos catalanes, y Femando Lapuente, con la aprobación de los superiores, deciden constituir pequeñas sociedades que pudieran suministrar materiales o ser-vicios a las obras del Consejo. Así nacen la compañía Eolo, dedicada al transporte, y Eosa, dedicada a la construcción.

Con ello hacen sus primeros pinitos en el mundo de la economía los jóvenes hijos de Escrivá aunque el resultado no es muy boyante, apenas hay margen de beneficios en esas operaciones y pronto las sociedades quedan más o menos congeladas.

Lo que son crecientemente importantes son los honorarios profesionales de Miguel Fisac, como arquitecto y realizador de proyectos. En principio, según una ley que se pone en vigor en aquel tiempo, los arquitectos españoles tenían que hacer unos grandes descuentos cuando sus trabajos iban destinados al Ministerio de Educación. Y se aplicaban unas tarifas muy inferiores a las habituales en el mercado normal de la construcción.

Pero como Fisac estaba completamente dedicado a los proyectos y procuraba hacerlos con gran economía para que resultaran lo más baratos posible, y lo hacía por administración directa, los superiores de la Obra le instaron para que cobrara más de aquel mínimo, aduciendo el argumento moral de la legítima compensación. "A mí aquello me provocó escrúpulos de conciencia -cuenta Fisac- y esto se unió a mis otros problemas ya existentes en relación con mi pertenencia a la Obra."

Las obras del Consejo se prolongaron a lo largo de cinco o seis años y esos honorarios de Fisac se convirtieron en la fuente principal de financiación del naciente Instituto, pues aunque, con el paso del tiempo, otros socios conquistaron cátedras de Universidad, los salarios acadé-

micos de entonces no daban para mucho más que el mantenimiento de una o dos personas. Y cuando había alguna emergencia, siempre estaba presto .Escrivá a pedir ayuda a su amigo Carrero Blanco, que se prestaba gustoso a sacarle de apuros.

Con el paso del tiempo las necesidades crecían. Muchas de éstas tenían que ver con la incorporación a la Obra de jóvenes sin ingresos cuyas familias no podían o no querían contribuir a financiar aquella decisión que, con frecuencia, se traducía en traslados a ciudades ajenas a su residencia habitual.

A principios de los años cuarenta, Escrivá establece el primer centro de formación de numerarios de la Obra en la calle de Diego de León de Madrid, un antiguo palacete, cuya planta noble sirve de sede central al Instituto y cuyos altos son ocupados por los jóvenes neófitos, que pasan allí uno o dos años, alternando sus carreras u ocupaciones con la formación interna. La mayoría de esos inquilinos, como de tantos otros en las casas de provincia que se van abriendo, no tiene apenas dinero para sostenerse y han de incrementarse las soluciones extras.

Algunos miembros de la Obra, sobre todo catalanes, como Panikkar, López Rodó, Termes, eran hijos de familias industriales, cuyos padres habían considerado la posibilidad de que sus hijos les sucedieran en los negocios. "Yo había hablado con ellos en alguna ocasión -cuenta Antonio Pérez- y a mi me parecía muy bien que, mientras algunos numerarios realizaban su profesión y su apostolado en el mundo académico, como profesores, otros lo hicieran en la industria y el comercio, con el beneficio añadido de la mejor retribución de estos empleos."

Pero aquello necesitaba unas libertades que Escrivá, ya muy reglamentista en su pensamiento fundacional, no veía bien.

"El Padre -continúa Antonio Pérez-, tenía un esquema de organización en el que todo lo que hacíamos eran obras de apostolado. En el primer catecismo de la Obra las dividía en obras corporativas y obras comunes. Aquéllas debían tener un fin estrictamente apostólico y eran dirigidas directamente por los superiores y las comunes podían ser primordialmente seculares, auxiliares de las primeras, con fines de beneficio económico, pero también debían ser controladas por la jerarquía de la Obra. Aquello produjo desde un principio muchos conflictos porque yo, como superior, me conformaba con que cada uno llevase sus negocios como las reglas y las costumbres correspondientes le aconsejasen y diera a la Obra sus beneficios, pero el Padre insistía mucho en que tal o cuál actividad económica tenía que estar bajo el patrocinio de un santo y controlada por el superior relacionado internamente con el asunto según el esquema organizativo interno. Y así había muchos conflictos."

Los conflictos se reducían sustancialmente a que, como en la Obra siempre hacía falta dinero, se presionaba constantemente a los numerarios activos en la industria o el comercio para sacar beneficios de ellos y, si eran responsables efectivos de las empresas, tenían constantes problemas para tomar las oportunas medidas de amortización o inversión requeridas por el negocio. Sin embargo, las dimensiones de todo aquello todavía eran muy pequeñas, apenas tres o cuatro negocios familiares, algún bufete o consulta profesional, nada importante. Los conflictos vendrían más tarde, con el lanzamiento y desarrollo de la operación Esfina.

El fulminante de la operación fue la decisión de Escrivá de construir una gran casa en Roma, para sede central de la Obra, y establecer, a semejanza de los jesuitas, los dominicos, etc., un gran centro de formación para los socios de la Obra de todo el mundo, que con el tiempo debe-

ría transformarse en una institución académica de carácter eclesiástico donde enseñar la teología, el derecho canónico de la Obra.

La decisión se toma en 1950 y a partir de entonces las peticiones de dinero de Escrivá desde Roma se hacen diarias y obsesivas.

"El Padre -cuenta Antonio Pérez- era un hombre muy miedoso en cuestiones económicas, un miedo compatible con su propensión a gastar en aquella realización. Nosotros nos organizamos para mandarle dinero y lo sacamos de donde podíamos, pero nunca le fallamos. Él llamaba constantemente por teléfono para avisar que tal o cuál día vencía tal letra o había que pagar a tal proveedor porque, a pesar de nuestra eficiencia, él no terminaba de fiarse, lo pasaba mal y lo hacía pasar mal a los que tenía alrededor."

Escrivá empezó a desarrollar entonces una mentalidad de que el fin justifica los medios y predicaba una y otra vez que la limosna cubre la muchedumbre de los pecados, animando a los socios de la Obra a dar sablazos continuos.

Con este motivo se organiza la operación colegio romano, en la que se expiden títulos de cooperador a quienes dan dinero y en la que toda la maquinaria administrativa de la Obra se pone al servicio de la recaudación.

Para sacar adelante la operación colegio romano, todas las casas de la Obra reciben instrucciones puntuales para llevar una contabilidad estricta de las gestiones que cada socio realiza al respecto. Se organizan viajes para visitar a parientes lejanos, amigos. Y por primera vez el mensaje apostólico se vincula a la financiación de las obras de Roma.

El estímulo ascético tiene entonces cada vez más que ver con el éxito recaudatorio y se producen los primeros choques entre los superiores y algunos socios que ven mal la subordinación de su trabajo profesional y apostólico a ese nuevo espíritu limosnero. Las inquietudes son acalladas por cartas y recados del Padre que pone un gran énfasis en ganar, junto a la batalla jurídica, es decir la aprobación de la Obra por el Vaticano, que por aquellas fechas estaba a punto de producirse, la batalla de la formación, es decir, que socios de la Obra fruto de la creciente expansión geográfica, reciban en el nuevo centro de Roma, un estilo homogéneo de conducta al lado del fundador.

Recuerda Miguel Fisac que en la operación de la compra del palacete de Bruno Buozzi 73 colaboró algo con Alvaro Portillo. Y a continuación hizo los bocetos de ampliación de la zona posterior de servicio del palacio. Pero chocó con las ideas e imposiciones arquitectónicas del padre Escrivá: decoraciones ampulosas, con mármoles y lujosa ornamentación. Miguel Fisac no estaba de acuerdo con todo ello y fue entonces cuando Escrivá le dijo que dejase de intervenir. En cuanto a Fisac, se quedó encantado de no tener que seguir con aquello.

Posteriormente, y por otros motivos, Miguel fue a Roma y al ver lo que se estaba realizando, lo criticó detalladamente. Entonces Escrivá le prohibió que volviera a poner los pies por allí. Hasta tal punto llevó la prohibición, que encontrándose Fisac en Turín con motivo de un trabajo profesional, como era el Año Santo y quería ganar el jubileo, telefoneó al Padre para pedirle permiso para ir a Roma y él no lo consintió.

El envío del dinero a Roma tropieza con las dificultades legales relativas a la exportación de

divisas y el Padre da instrucciones para superarlas, de la manera que sea. Una primera fórmula, tradicional en el mundo civil y eclesiástico, es llevar físicamente el dinero en un viaje, arriesgándose a la consiguiente detención. Animados del buen espíritu de obediencia, algunos socios mayores realizan esos viajes y pronto se encuentra una fórmula habitual, aprovechando la libertad de cambios del vecino país, Portugal.

En el primer grupo de los que fueron a Portugal figuraba un joven abogado, Gregorio Ortega Pardo, de origen aragonés y de la confianza de Antonio Pérez, que pronto entra en contacto con el mundo bancario. Él arregla el envío a Roma del dinero aunque a tal fin sea necesario que las pesetas atraviesen la frontera portuguesa. Viajes de excursión desde Tuy, algunos bajo la protección del obispo López Ortiz, resuelven el problema.

"El envío de dinero a Roma, bajo esos procedimientos tan incómodos, nos lleva a idear una solución más estable -relata Antonio Pérez-. Un amigo mío, Méndez Vigo, me pone en contacto con una autoridad de Andorra que tenía permiso para establecer un banco. Después de algunas negociaciones, llegamos a un acuerdo y el resultado es la creación del "Crédit Andorra", oficina bancaria en territorio andorrano que nos permitiría una mayor flexibilidad en el envío de dinero."

"A mí me dijeron -recuerda Miguel Fisac- que hiciera el proyecto y construí ese banco."

"Unos cuantos numerarios se hacen cargo del banco-continúa Antonio Pérez-, Tesifonte López, José Meroño, bajo la dirección de Rafael Termes. Pero al poco tiempo las cosas no van bien, los numerarios en cuestión no se entienden, y terminamos congelando esa aventura y volviendo al sistema tradicional."

Pero las necesidades arrecian, tanto desde Roma como del resto de la geografía de la expansión apostólica. Hay gentes del Opus, siempre con poco dinero, en ocho o diez países y aunque se generalizan los sablazos a personas conocidas de todos ellos, y algunos numerarios disfrutan de becas del Consejo de Investigaciones, se hace necesario arbitrar soluciones más sustanciosas en España de la que además ya falta habitualmente Escrivá, con su anterior eficaz capacidad limosnera.

"Los responsables en España nos reunimos entonces -sigue Antonio Pérez- para asomarnos en serio al mundo económico e iniciar una nueva etapa. Hay que reconocer que ya había medio centenar de socios numerarios con la suficiente preparación para meterse en negocios y teníamos muchos contactos, de modo que Luis Valls y yo, con la cooperación de Rafael Termes, Alberto Ullastres, Ortega Pardo, Manuel Barturen y otros, dedicamos mucho tiempo a tratar gente, oír proposiciones y lanzar lo que en algunos ambientes se empezó a conocer como operación Esfina, tomando el nombre de una sociedad de inversiones y estudios financieros de la que se acababa de hacer cargo Alberto Ullastres."

A partir de entonces el tema económico se mezcla con el político, es la década de los cincuenta, pero cabe distinguir al principio dos líneas de trabajo, que le son explicadas al Padre y que él aprueba. Escrivá, que apenas entiende de eso, da por buenas las intenciones del grupo promotor español, que le va a sacar de apuros, aunque insiste en que todo ello se lleve a cabo bajo el control de los superiores, a los que se deberán someter las iniciativas.

La hipótesis de trabajo son las denominadas obras comunes o sociedades auxiliares que, según el derecho interno, se constituyen por socios de la Obra y cooperadores o amigos con fines crematísticos aunque sin olvidar la finalidad apostólica última. A esos efectos se crea en la comisión regional de España una oficina de empresas, encargada de orientar y aprobar las actuaciones de los numerarios en esas sociedades auxiliares, generando una cierta praxis contable y de alta gestión, con el nombramiento, por ejemplo, de un delegado de la Obra de confianza en cada empresa.

La promoción de negocios y empresas se convierte en actividad fundamental de los superiores de la Obra que exhortan, de palabra y por escrito, a todos los socios a cooperar en esos fines. Algunos, menos propicios a tales lances o más educados en el modelo apostólico académico, se extrañan de tales novedades e incluso rehúsan colaborar. La regla general es que tal inhibición es respetada por los superiores, excepto en los casos de promoción de obras estrictamente apostólicas, las obras corporativas, o aquellas obras comunes, que como la promoción del mundo de la prensa, disfrutan de apoyo específico del Padre. Entre éstas destacará el lanzamiento de una revista semanal, "La Actualidad Española".

Al frente de "La Actualidad Española" se coloca a Antonio Fontán, catedrático por entonces de latín en Granada, quien se traslada a Madrid para hacerse cargo de la nueva aventura. Un grupo de numerarios es reclutado para juntarse con algún supernumerario o colaborador, con habilidades o experiencias en el mundo periodístico, y la revista empieza a aparecer cada semana, desde 1952, con colaboraciones de propios y extraños, con un carácter extremadamente intelectual, que no hace fácil su venta. Por ello los socios de la Obra son exhortados a conseguir suscripciones a "La Actualidad", tarea que se considera al mismo nivel de exigencia que el cumplimiento de los deberes espirituales. Esto también proporciona algún que otro conflicto interno, que es zanjado por los superiores internos por la vía del pragmatismo.

"El Padre -cuenta Antonio Pérez- tenía la obsesión del apostolado de la prensa, en recuerdo sin duda de los logros del grupo de Angel Herrera, con El Debate y otras publicaciones católicas. él solía decir mucho aquello de "hemos de envolver al mundo en papel impreso", y estuvo constantemente detrás de esas iniciativas, dando instrucciones concretas, todas ellas en el marco de lo que hoy se llamaría prensa confesional."

Algo parecido se trató de hacer en otros países, aunque sin tanto éxito inicial. Entre algunos socios mayores era frecuente una cierta soma cuando se hablaba de colocar suscripciones de una revista intelectual francesa, "La Table ronde", que los socios de la Obra de Francia lograron controlar aunque al poco tiempo feneció.

Para la operación de la prensa se cuenta con el apoyo gubernamental conseguido a través de la entrada de Florentino Pérez Embid en el Ministerio de Información y Turismo.

La presencia de Pérez Embid, y luego de Vicente Rodríguez Casado, en el Ministerio responsable de la política de prensa, presta garantías a las aventuras periodísticas de la Obra que se amplían a otros sectores y especialidades del apostolado de la opinión pública, como se llamó internamente a esta actividad.

La operación, que en el mundo de los negocios va a suscitar más críticas, al tiempo que va a significar el primer protagonismo notorio del Opus en la esfera mercantil, es la entrada en el

"Banco Popular".

El director general del Banco en los años cincuenta era Nicolás Rubio, hombre educado en la tradición bancaria española y que tenía graves problemas con el consejo de administración porque, en su opinión, el presidente, Félix Millet y algunos otros consejeros, utilizaban el banco en su propio beneficio, aprobando operaciones no demasiado ortodoxas y beneficiando notoriamente a parientes y amigos.

Don Nicolás, un católico practicante, fue introducido a Antonio Pérez con quien inició una relación de dirección espiritual, transformada en amistad. Pronto le hizo objeto de sus confidencias profesionales y de sus apuros, al tiempo que se iba dando cuenta de los propios apuros de don Antonio, como cabeza de la Obra en España, para sacar adelante las metas económicas.

En un momento dado don Nicolás llegó a Antonio Pérez con una proposición concreta, que le planteó muy delicadamente. "Ustedes -le dijo- necesitan financiación y sobre todo necesitan un apoyo institucional. Yo necesito, en bien del banco, sustituir a los directivos."

El plan que le propuso fue que socios de la Obra, armados con datos contables comprometedores para Millet y su equipo, se presentaran a una junta general pidiendo explicaciones.

Antonio Pérez maduró la proposición y seleccionó a dos supernumerarios de su confianza, Mariano Navarro, íntimo amigo de la infancia y compañero en el Consejo de Estado, y Juan Caldés. Ambos se hicieron con una acción del Banco que les daría derecho a participar en la Junta General y en la de 1952 actuaron de acuerdo a las instrucciones y las informaciones suministradas por Nicolás Rubio.

El efecto en la Junta de la encendida oratoria de Navarro fue notorio y pronto Millet y su gente se vieron en la necesidad de pactar con aquellos recién llegados tan bien informados. Millet era pariente lejano de Valls Taberner pero en aquella época no tenían contactos y Valls no había sido utilizado en la operación, quedando más bien en la sombra. El resultado del pacto fue la creación del cargo de Consejero delegado para Mariano Navarro y de otro rango inferior para Caldés. Meses más tarde Navarro le planteó a Millet la necesidad de que dejase el Banco, a lo que el presidente accedió. Para remplazarlo utilizaron a Fernando Camacho Baños, que había sido subsecretario de Hacienda y tenía a su hijo Fernando en la Obra. Camacho fue un presidente acomodaticio y manejable y durante su mandato entraron en el Banco otros miembros de la Obra, como Jorge Brosa, José Luis Mons, Rafael Termes, Fernando Camacho hijo, etc.

Con el paso del tiempo, y ya sin cargo interno, Luis Valls fue promovido a vicepresidente de la entidad, convirtiéndose en promotor de negocios y actividades políticas, aunque manteniendo una ortodoxia bancaria de la que todos se mostraban satisfechos y que le procuró la simpatía creciente, la aceptación paulatina de los grandes de la banca.

La expansión de empresas de la Obra continúa. Después de la prensa y la banca viene el cine.

Alberto Ullastres es comisionado para establecer contactos y arriesgar algo de dinero en hacer cine católico. Ello se traduce en la operación Procusa, Dipenfa y Filmayer, tres sociedades de producción y distribución de películas que funcionan bajo el esquema de las sociedades auxiliares, es decir, con dinero de la Obra representado por socios numerarios, con aportaciones de socios supernumerarios y amigos y con otras aportaciones de gente simpatizante o que coincidían en los fines pretendidos. Una persona particularmente adicta fue el director de la "Caja de Ahorros de Ronda", Juan de la Rosa, que proporcionó la participación de la Caja en estas

aventuras opusdeísticas.

"La oficina de la administración regional, desde donde se controlaba todo aquello, estaba, desde 1953, en la calle de Montesquinza, 26, 4° piso -comenta Francisco José de Saralegui-. El jefe indiscutido de todo ello era Andrés Rueda Salaverry y bajo su mando había varias secciones, una de las cuales era la de empresas, en la que se recibía información contable de todas ellas, se dictaban las instrucciones de gobierno y administración y se llevaba la relación con Roma, porque el Padre quería estar informado puntualmente del desarrollo de todo aquello."

Aquella expansión no hubiera sido posible sin el crecimiento de la sociedad "Esfina", domiciliada en la calle de Claudio Coello de Madrid. El Padre acuciaba a sus hijos para que convencieran a parientes y amigos para poner su dinero en inversiones que tuvieran, junto a un rendimiento material, otro espiritual, la creación de empresas al servicio del buen espíritu cristiano.

Todavía no había un sistema legal español sobre estas financieras, por lo que hubo que practicarse una fórmula casuística según la cual se ofrecía un interés, que generalmente era del seis por ciento, a quienes entregaran su dinero a plazo fijo, dinero que luego era utilizado para la suscripción de acciones en todas aquellas empresas auxiliares, cuya titularidad estaba en manos de socios del Opus de confianza, que a su vez firmaban vendís en blanco que se custodiaban en la administración regional.

Muchas familias españolas, bastantes mujeres viudas, recibían la visita de emisarios de "Esfina" para hacerse cargo de sus ahorros, en una operación paralela a las otras visitas que hacían los del Opus solicitando dinero a fondo perdido para las actividades más apostólicas como el colegio romano o la Universidad de Navarra.

Pronto se iba a producir una consolidación de la línea bancaria. Un supernumerario de Barcelona, Rafael Pich Aguilera, informó a Luis Valls de que los dueños de la "Transatlántica" querían desembarazarse de un pequeño banco que tenían, con apenas trescientos millones de capital, llamado el "Atlántico". Era el año 1961. Valls, entonces en el "Popular", no quiso asumir la operación desde esa plataforma sino que la desvió hacia la administración regional, que sí estaba interesada.

Para hacerse con el Banco, se crea la ya típica sociedad auxiliar, con dinero de la Obra y ajeno, que se llamaría Vasco Catalana, en razón a los nombres de quienes entraban en la operación, amigos del Opus de esas regiones, y se adquirió el Banco a cuyo frente se puso a un supernumerario, José Ferrer Bonsoms, formado al lado de sus hermanos en el "Popular" y a cuyo lado se colocó a un numerario de confianza, Pablo Bofill de Quadras. El "Atlántico" sería muy importante para resolver más adelante un cambio de rumbo en la política económica que Roma imprimió.

Otras operaciones de la época fue la adquisición de una editorial, "El Magisterio Español", que se le compró a la familia Solana, para entrar en el mundo de los maestros, la entrada en el mundo de los seguros, con la sociedad "Ancema", de la publicidad, en asociación con "Jo Linten" y un nuevo impulso de la labor de prensa, con las operaciones "Nuevo Diario", "El Alcázar", "Rotopress" y el "Madrid", todas ellas con el mismo esquema jurídico y empresarial.

La que resultó más costosa fue "Rotopress", una inversión de cien millones de pesetas de los

años sesenta, pero se trataba de una orden directa del Padre. "Había que empapelar el mundo en papel impreso. Había que crear empresas con un cuello tan gordo que el gobierno no lo pudiera cortar." "Ésas eran las palabras de Escrivá para alentarnos a la inversión -cuenta Saralegui-. Como resultado, se pidió más ayuda que nunca. Entraron en juego los Oriol, los Fournier, algunas Cajas de Ahorro, influidas por un supernumerario aragonés, Sancho Dronda. Por otra parte, eran tiempos en que había ministros del Opus y la gente tenía respeto y ganas de participar en la causa de los vencedores."

También de aquella época data la puesta en marcha de la agencia de noticias "Europa Press". Se parte de una agencia de colaboraciones que tenía la familia Luca de Tena que, por aquel entonces, habían dado entrada a los hombres del Opus, en especial a los monárquicos, en el ABC. Con el tiempo, un numerario, José Luis Cebrián, sería director del diario madrileño, y un supernumerario, Méndez, su gerente.

En el primer consejo de "Europa Press" figuran los Luca de Tena, aunque pronto se ensaya en la empresa una nueva estrategia apostólica que consiste en nombrar presidente a una persona ajena al mundo católico. Escrivá había manifestado su interés de que la Obra tuviera cooperadores acatólicos o católicos apartados de la Iglesia. Éste era el caso de José Mario Armero, abogado especializado en inversiones norteamericanas. El pacto funcionó muy bien. Armero proporcionó la fachada no confesional, en el bien entendido de que él no intervendría en la manipulación de las noticias, especialmente las religiosas, que realizaban en la Agencia hombres más de confianza, como los sucesivos directores, todos ellos supernumerarios. A cambio, Armero consiguió una tarjeta de visita, un aumento de su esfera de influencia, con el Opus en alza, y algún pequeño favor, como el título de periodista por la Universidad de Navarra, en condiciones cómodas.

La operación "Madrid", que tanto daría luego que hablar, fue un descubrimiento de Andrés Rueda quien intimó con don Juan Pujol, dueño de la empresa y llegó a la conclusión de que era fácil hacerse con el periódico, uno de los dos vespertinos de la capital. Para la fórmula de propiedad se crea la sociedad "Faces", en la que, junto a los nombres de los numerarios habituales, como Luis Valls, aparece el de Rafael Calvo Serer, quien entra en el periódico como presidente de la sociedad y lleva consigo, como director, a Antonio Fontán, que acababa de cumplir un largo período en Navarra, organizando la Facultad de Periodismo y creando la revista "Nuestro Tiempo."

En el diario "Madrid" se va a producir uno de los mayores calentamientos de cabeza internos porque Rafael Calvo Serer se estaba desenganchando de la política del conformismo y empezó a alentar una línea editorial y una redacción de jóvenes periodistas que se topaban constantemente con la censura ministerial. Aquello incomodó a Luis Valls y a Andrés Rueda, que habían diseñado una línea menos conflictiva, más apostólica y terminó, como es sabido, con la prohibición del periódico que decretara el ministro Sánchez Bella, que precisamente había entrado en el Opus con Rafael en Valencia y salió casi en seguida. El lance acarreó una enemistad profunda entre Valls y Calvo Serer que los superiores de la Obra no supieron amortiguar.

"Yo siempre he creído -opina Miguel Fisac, él ya hacía años que se había salido de la Obra- que el episodio del diario "Madrid", aunque externamente pareciera un conflicto, podía ser una maniobra del padre Escrivá que movía los hilos desde Roma y pretendía aparentar una confrontación de ideas entre profesionales libres, cuando en realidad lo que había era una apuesta doble, conforme a su teoría de que había que tener gente en todos los bandos, aun los más

opuestos entre sí. El Opus estaba demasiado comprometido con Franco y había que robustecer el frente antifranquista. Por eso se compró el "Madrid" y se nombraron en los cargos de representación a Calvo Serer y a Antonio Fontán, conocidos públicamente como pertenecientes al Opus, contrariamente a la costumbre general de poner personas que eran simplemente amigas.
Y se vio muy claro que los miembros del Gobierno que eran del Opus Dei o afines a él, como por ejemplo, el ministro Sánchez Bella, no sólo no defendieron a los directivos del periódico "Madrid", sino que fueron los que más duramente les atacaron. De esta forma favorecían el objetivo de esta maniobra de hacer ver a la gente que los miembros del Opus lo mismo podían estar con Franco como contra él, aunque esa aparente libertad estuviera coordinada desde arriba."

En el mundo de la prensa, el control de Roma iba más allá de la contabilidad.

"Nos llegaban constantemente notas en las que comentaban lo que se escribía, sobre todo la línea editorial y nos hacían constantes sugerencias. Era una especie de censura a larga distancia que la mayoría de las veces apenas tenía efecto porque la correspondencia tardaba en ir y venir. A veces notábamos como un desconocimiento de la realidad española, algo que se confirmó cuando comprobamos que el que hacía en Roma, por encargo del Padre, los informes acerca de la actualidad española era un joven sudamericano", cuenta Saralegui.

La intromisión de la línea jerárquica de la Obra en el gobierno de las empresas provocó algún que otro embarazo, pues aun cuando la mayoría de los accionistas y consejeros de las sociedades auxiliares eran amigos y cooperadores, algunas veces se producían tensiones y malos entendimientos.

Hay muchas anécdotas al respecto, especialmente cuando se trataba de las relaciones de las empresas con la Administración pública y, en particular, con la censura franquista. Más de una vez el ministro Fraga cogía desprevenidos a los directivos supernumerarios que acudían a negociar con él y se veían en la necesidad de pretextar una reunión empresarial con la finalidad de tener tiempo para consultar con los superiores internos puntos que ellos creían sustanciales en la negociación. Así le ocurrió una vez a un supernumerario militar, el general Carrasco Verde, que era el presidente de "Sarpe", la empresa editorial.

La conveniencia de que los directivos de las empresas auxiliares fueran gente sumisa y obediente llevó a la utilización creciente de supernumerarios militares en la gestión. Los militares entendían muy bien el carácter jerárquico de las empresas de la Obra, algo que favorecía la obediencia aunque con frecuencia llevaba consigo una gran rigidez, como otros socios, metidos en los mismos afanes, recuerdan. Entre los militares utilizados pueden citarse a Manuel Méndez Encinas, en "Sarpe", y Eugenio Galdón, marino, quien pidió el retiro en la carrera para hacerse cargo de la gestión de "Rotopress". Escrivá llegó a decir que "los militares, por el hecho de serlo, tienen ya la mitad de la vocación al Opus Dei".

Sin embargo, la España de los años sesenta ya no era una sociedad estrecha y pacata por lo que la línea editorial y el estilo de las publicaciones de la Obra empezó a perder clientela. Tal circunstancia forzaba el que los superiores insistiesen por vía interna en la necesidad de conseguir suscripciones para paliar la baja en la venta directa, pero tampoco aquello resultó muy útil. Por todo ello se modificó la trayectoria del apostolado de la prensa y se comenzó a con-

centrar la atención en revistas estrictamente apostólicas, como "Mundo Cristiano" y "Palabra", o para la mujer, como "Telva", abandonando las de carácter general, con el cierre de "La Actualidad Española". "La Actualidad Económica" mantenía su línea principalmente técnica con muy buenos colaboradores de fuera, Justo Iriondo, Tomás Vidal Terceño, Juan Antonio Franco y con una circulación apoyada, en parte, en la influencia de los tecnócratas en la vida política española, algo que muchos lectores vinculaban a la ejecutoria del Opus Dei.

Pero el gran conflicto en las actividades económicas, en las empresas de la Obra, empezó a producirse en las decisiones estrictamente empresariales. El propósito inicial al crear las sociedades auxiliares había sido doble, allegar recursos para enjugar el carácter básicamente deficitario de las obras corporativas, y dotarse de plataformas civiles para entrar en el mundo de la prensa, del cine, etc., en el que se quería influir. Con el paso del tiempo se fue comprobando que la rentabilidad empresarial no permitía muchas alegrías y que la mayoría de las empresas necesitaban de sus propios beneficios para financiar su natural expansión o incluso para mantenerse a flote. Aquello producía constantes tensiones porque la administración regional era partidaria de retirar beneficios y los responsables de cada empresa de lo contrario.

Por otra parte, la doble obediencia en la gestión mercantil producía conflictos de conciencia a muchos socios numerarios, supernumerarios e incluso cooperadores y amigos, que tenían que asistir o incluso protagonizar esas campañas de libertad profesional a las que los directivos de la Obra se entregaban cuando la gente atribuía a la institución la ejecutoria de las empresas auxiliares.

Las acusaciones de favoritismo en las decisiones de la Administración española relacionadas con estas sociedades empezaron a extenderse y hubo algunos casos clamorosos, como todo lo relacionado con el comercio exterior, en el que algunos socios de la Obra como Manuel Barturen, José Víctor de Francisco y otros, montaban empresas y lograban buenos contactos en el extranjero en base a la impresión que muchos tenían de que los socios de la Obra tenían un acceso directo a los funcionarios del Estado correligionarios suyos.

"De hecho, Alberto Ullastres y sus colaboradores no eran demasiado proclives a la operación de apoyo a los intereses de la gente amiga. Tuvimos que convencerle para que nombrara a un supernumerario joven, Antonio Pérez Ruiz, que dirigía "Hispamun", una sociedad auxiliar, como comisario de abastecimientos, con el propósito de que éste lo fuera más -recuerda Antonio Pérez-. Pero los inconvenientes empezaron a ser mayores que las ventajas. Y lo mismo que en el caso de la política, se vio en seguida que en el mundo de los negocios, las tensiones internas, las peleas entre hermanos, eran un perjuicio mucho mayor que los beneficios, que tampoco eran tan claros."

Los mensajes sobre tensiones y conflictos iban y venían a Roma donde Escrivá, muy zarandeado ya por la crítica internacional a la politización franquista de la Obra, empezó a tener también disgustos graves por esta causa.

"Y eso que no le contábamos ni la mitad de lo que pasaba", recuerda Antonio Pérez.

Aparte de la pelea del "Madrid", hubo otra muy fuerte entre Luis Valls y José María Arana, un vasco que había sido superior interno y que era responsable del "Banco Europeo de Negocios" en la órbita del "Popular". Las disidencias entre ambos fueron muy explícitas y acabaron con el cese de Arana.

Y junto a las peleas, los equívocos.

Cuando se constituían las sociedades, se elegían, como testaferros, a personas de confianza, numerarios o supernumerarios, a cuyos nombres figuraban las acciones de las sociedades. Como luego éstos no participaban en la gestión, a veces se olvidaban de que su nombre figuraba en tal o cuál sociedad y esto produjo más de un incidente.

En cierta ocasión el ministro Fraga, que sostenía un antiguo pleito con los tecnócratas del Opus, reveló en un consejo de ministros a su compañero García Moncó, que él era accionista de una de las empresas de prensa con las que Fraga pleiteaba habitualmente. García Moncó se había olvidado de que en su día había dado su nombre para aquella sociedad auxiliar.

"Una tarde de invierno de 1966 -relata Saralegui-, me convocó Florencio Sánchez Bella, que había sustituido a Antonio Pérez como consiliario de España, y me dijo que el Padre había decidido la supresión de las obras comunes o sociedades auxiliares. Y con la misma convicción con que años antes se nos había hecho el panegírico del gran acierto canónico y organizativo que eran las citadas obras comunes, se me puso de manifiesto la visión del Padre en cancelarlas."

La decisión llevó consigo un reajuste de titularidades y especialmente la transformación de la gestión, ya que en vez de mantenerse el control directo de la administración de la Obra sobre las empresas, se otorgó al "Banco Atlántico", y en particular a Pablo Bofill de Quadras, una especie de delegación general para que se hiciera cargo del control económico, y eventualmente doctrinal, de las hasta entonces conocidas como sociedades auxiliares. El "Banco Atlántico", con otro más pequeño, el "Latino", que había caído también bajo la influencia de la Obra, asumieron, de variadas maneras, las acciones de los numerarios en las empresas correspondientes y el papel de Pablo Bofill ante sus colegas subió paralelamente.

"En cierto sentido -comenta Saralegui-, Pablo heredó el carisma interno y la autoridad que antes tenía Luis Valls, el cual se fue dedicando progresivamente a la política bancaria, a la política en general."

Al mismo tiempo algunas sociedades se dejaron caer, y otras se vendieron porque, con el paso del tiempo, y la dedicación preferente del Opus a la enseñanza, no había energías ni dinero suficientes más que para mantener directamente el apostolado de la prensa.

La estrategia clasificadora de bienes y empresas propios mantenía sin embargo las ambigüedades de la naturaleza jurídica del Opus. Bienes adscritos a actividades corporativas, como los terrenos de la Universidad de Navarra, se mantenían en el activo de sociedades mercantiles controladas por miembros de la Obra y la necesidad de seguir mandando dinero al exterior hizo crear titularidades, cuentas, dentro y fuera de España, de cierta complejidad para escapar a las leyes sobre evasión fiscal y de capitales.

El centro de toda aquella maraña era, y aún es, el llamado bufete, despacho de abogados dirigido por el numerario Román Mas Calvet, en Ortega y Gasset, 17, de Madrid, en el que estaban domiciliados la mayoría de esos instrumentos legales. Con el tiempo, allí se residenciaría

el Instituto de Educación e Investigación, S. A., compuesto por socios numerarios y supernumerarios que tanta fama habría de obtener con motivo de la transferencia de dinero de "Rumasa" al Opus en la que jugaría el papel de entidad intermedia.

"Las maniobras legales de Román Mas a mí me parecieron siempre perspicaces pero demasiado complicadas, además de que estaban siempre al albur de la confianza -cuenta Saralegui-. Recuerdo su obsesión por mantener la inmunidad diplomática vaticana de la Basílica de San Miguel y sus aledaños para mantener allí, si era necesario, un lugar apto para custodiar cosas y documentos comprometedores."

Al mismo tiempo, y con la presión permanente de los déficits producidos por las obras corporativas, creció el interés de los superiores por echar mano de otra tradicional fuente de ingresos, los donativos, que la expansión política y social de la Obra ponía más al alcance, al haberse multiplicado el número de los socios conocidos e influyentes.

La estrategia se había ensayado con motivo de la financiación de las obras del colegio romano. Cada socio, numerario o supernumerario, hacía una lista de las personas a las que podía sablear y la entregaba a los superiores. Éstos comprobaban las listas para evitar duplicaciones y decidir el mejor protagonista para cada caso y a partir de entonces se establecía un control superior sobre las gestiones individuales, en campañas de mayor o menor duración.

Muchas personas, muchos banqueros y empresarios recuerdan esas campañas, protagonizadas en bastantes casos por hombres del Opus colocados en posiciones de influencia, hasta ministros, a los cuales era muy difícil negar el favor, pero que, en algún caso, dejaban la puerta abierta para la reciprocidad y el tráfico de influencias a la que tan dada es la sociedad española.

En ocasiones, el propio Escrivá estimulaba ese tráfico de influencias, encargando gestiones concretas cerca de comerciantes amigos, a los que se prometían contactos en los ministerios desempeñados por gentes de la Obra, con los naturales conflictos.

Con el tiempo, la fuente de donativos se reveló como la más importante fórmula de financiación tanto de las obras corporativas, tipo Universidad de Navarra, como del mantenimiento de los socios en un nivel de vida de clase media alta, así como de las incesantes aventuras apostólicas fuera de España y, en último término, de los crecientes caprichos de Escrivá.

"El tema de los regalos al Padre se fue convirtiendo en obsesivo -cuenta Antonio Pérez-. Se iba poniendo de moda que cada visita de un consiliario a Roma significaba la obligación de un óbolo al Padre en forma de dinero o regalos de importancia.
"Cuando se logró para el Padre -a petición propia- la gran cruz de san Raimundo de Peñafort, yo, en el primer viaje que hice, le llevé una normal, de plata sobredorada y esmaltes, que fue recibida casi como una ofensa. Poco después, supe que Alvaro había encargado otra con brillantes."

El óbolo romano significó también una fuente de conflictos con organizaciones filantrópicas a las que se pedía dinero para las obras corporativas. Las Fundaciones eclesiásticas alemanas "Adveniat" y "Misereor" concedieron algunas ayudas, de las que el Padre reclamaba el diez por

ciento, lo que resultaba bastante complicado justificar en los términos contables en que esas fundaciones pedían luego cuenta de la inversión de los donativos.

Sin embargo, gente con menos escrúpulos o más cercanos a la Obra daban sin pedir explicaciones ni recibos y algún caso hubo en el que las ayudas, reveladas luego públicamente, se probaron embarazosas. Quizás el caso más obvio sea el de Ruiz Mateos.

José María Ruiz Mateos había conocido la Obra a finales de los años cincuenta, cuando él empezaba a echarle pulsos a la oligarquía vinatera de Jerez. Allí se hizo supernumerario y comenzó a ayudar, cooperando en la financiación de la casa de ejercicios de Pozoalbero y colocando en sus empresas a miembros de la Obra. Con el tiempo, conoció a los importantes, Luis Valls, Rafael Termes, quienes pronto le incluyeron en sus estrategias de promoción de gente amiga. Él quería llegar muy alto y pronto se le presentó la ocasión. A mediados de los sesenta, con Espinosa San Martín de ministro de Hacienda y Mariano Navarro, gobernador del "Banco de España", ambos supernumerarios, Ruiz Mateos recibe préstamos en condiciones muy favorables para hacerse cargo de la "Banca Rato" y, a partir de ahí, parece que con el apoyo institucional del "Banesto" y de otro supernumerario, Coronel de Palma, a la sazón. director de la confederación de Cajas de Ahorros, comienza su vertiginosa carrera.

Su heterodoxo estilo bancario provoca poco a poco la animadversión de los grandes de la banca pero ni éstos, ni los organismos oficiales, se atreven durante largo tiempo con un personaje, cuya relación con las zonas más contundentes del poder era tan obvia.

La relación de Ruiz Mateos con los importantes de la Obra estaba llena de sobreentendidos. Para comprenderla hay que analizar la posición de Luis Valls, quien reunía en su persona en esos años tres legitimaciones importantes: era, en primer lugar, superior interno, con competencias espirituales y temporales muy amplias; por otra parte, era el ojo derecho de Escrivá quien le distinguía mucho por su habilidad para satisfacer sus obsesiones y caprichos económicos; y en tercer lugar, poco a poco, se fue convirtiendo en un "power broker" económico y político del franquismo. Generalmente desde la sombra, y con poquísimas palabras, protagonizaba operaciones, alianzas y promociones de tantos miembros, cooperadores, amigos y asociados, que en una mezcla de fervor apostólico, ánimo de medro económico y ambición política, se arremolinaban en torno a esa nueva fuente de poder que era la tecnocracia opusdeística. Una palabra, un gesto de Valls, y luego, también, en menor medida, de Termes, motivaban el comportamiento de muchos.

Desde esa cúpula de poder religioso y temporal, Luis Valls era para Ruiz Mateos la garantía de cumplimiento de su sueño biográfico que estaba hecho de una mezcla de patriotismo religioso y megalomanía muy propia de cierta estirpe de capitalistas españoles.

La contrapartida era obvia. Ruiz Mateos, con el paso del tiempo, se iba convirtiendo en socio supernumerario paradigmático. Daba trabajo en sus empresas a cientos de supernumerarios y cooperadores. No tenía un no para las continuas demandas de ayuda de los superiores internos, a los que llegó a entregar, en el pináculo de su carrera, más de cuatro mil millones de pesetas. Y era ese padre de familia numerosa que tanto se celebra en los ambientes de la Obra.

El adoctrinamiento apostólico no contenía, sin embargo, suficientes elementos de moral comercial y prudencia por lo que, como ya es de todos conocido, la carrera de Ruiz Mateos fue truncada, una vez que el contexto político y las alianzas de intereses opuestos a ella lo permitieron.

Sus relaciones con la Obra comenzaron entonces a cuartearse. Ya hacía tiempo que Valls no era superior interno e incluso, con la democracia, los nuevos gobernantes opusdeístas deseaban marcar distancia con la época Valls, que había dejado, junto a indudables logros, demasiadas huellas de un pasado que trataban de borrar. La relación Valls-Ruiz Mateos se privatiza, por así decirlo, y el fiel vasallo de confianza comienza a darse cuenta de que todas esas promesas implícitas y explícitas de apoyo -el lenguaje de los sobreentendidos de la cosa nostra- no van a cumplirse, al tiempo que las oficinas oficiales del Opus ponen también distancia entre la organización y el hasta entonces modélico socio. El clima de solidaridad fraternal que había brotado con la expropiación empieza también a desvanecerse, a lo que contribuyen las intervenciones periodísticas sobre supuestas infidelidades sexuales que, para el mundo del Opus, son mucho más graves que todos los quebrantos de leyes y costumbres mercantiles y fiscales. Y Ruiz Mateos, que en un principio sólo responsabiliza al equipo de Valls y Termes de su desgracia, comienza a hablar y termina incriminando a superiores internos en la responsabilidad de sus decisiones.

El caso Ruiz Mateos, con otros parecidos, como el de Sebastián Auger y su grupo empresarial "Mundo", representa aquella otra estrategia paralela a la de las sociedades auxiliares, que consiste en ayudar y apoyar a socios supernumerarios y amigos para que monten sus propias empresas, en cuyos dividendos materiales y simbólicos tendrían los superiores una participación.

Pero la estrategia, lo mismo que en el caso de las sociedades, se probó conflictiva. En unos casos, por falta de visión empresarial de los individuos, en otros porque el apoyo interno no siempre era tan fácil o tan obvio y, en último término, porque la creación de una red mafiosa, que es lo que en último término se pretendía, requiere toda la inventiva y la dedicación de la que hacen gala las "familias importantes" y a tanto no llegaba la decisión corporativa, preocupada paralelamente con destruir los signos externos de la cooperación.

Lo que sí se logró fue identificar a los hombres de negocios del Opus con la peor tradición en la materia, de modo que, cientos de veces, eclesiásticos concienciados o fieles corrientes se han escandalizado de que los ejemplos de santidad en el trabajo ordinario que ofrece la institución sean tan abracadabrantes.

3. EL OPUS DEI Y LA POLÍTICA

"Cuando el padre Escrivá hablaba de política en los años treinta -relata Miguel Fisac-, generalmente lo hacía, como tantos otros eclesiásticos de la época, para dolerse de la descristianización de España y evocar un esfuerzo de la juventud católica militante para cambiar ese estado de cosas."

Pero no parece que sus primeras intenciones fueran el alentar a sus seguidores para tomar partido de una forma inmediata y entrar en la política activa de entonces. Él se encontraba, dentro de lo limitado de su entorno, algo distanciado del catolicismo político oficial, aunque su primer contacto con el mundo eclesiástico dominante se produjera cerca de los ámbitos de la Acción Católica y en particular con los propagandistas de Ángel Herrera.

Parece que Escrivá fue introducido en la Escuela de periodismo del "Debate" y allí se familiarizó con las consignas propagandísticas de la Iglesia oficial. Desde entonces le quedó esa obsesión por el apostolado de la prensa. Pero a medida que él iba haciendo su recluta de universitarios sentía la necesidad de alejarse de ese mundo de la acción directa a la que le invitaban desde el Debate. Parece que el mismo Ángel Herrera, al percatarse de su labor apostólica, le propuso que se incorporara a su movimiento y fusionara sus propósitos con los de la santa casa, ya orientada hacia la constitución de la CEDA y la creación de la confesionalidad política en el marco de los acontecimientos republicanos.

"Pero el Padre insistía más en la práctica de la vida interior, en la preparación sobrenatural y en la preparación profesional -continúa Fisac-, y a mí me parece que él no consideraba compatible esa movilización política inmediata de los propagandistas, con los fines a largo plazo de la Obra que, según él, Dios le había inspirado."

De todas formas, el ambiente de la residencia de Ferraz estaba claramente decantado contra la política que estaba haciendo la República.

"Es que, en aquellos tiempos, ser católico equivalía a ser de derechas -explica Fisac-, porque las continuas provocaciones de la izquierda abrieron un foso imposible de cerrar entre los creyentes y los defensores del progresismo social."

La España de los años treinta no estaba para muchos matices confesionales, y, ni desde Roma, ni desde los centros confesionales españoles, se tendían puentes de entendimiento con la intelectualidad y los movimientos progresistas o agnósticos. Ello era particularmente notorio en el mundo universitario, al que concurrían habitualmente los hijos de Escrivá.

Por ello Escrivá no tuvo la menor duda, a la hora de estallar la guerra civil, de que su lugar, y el de su apostolado, estaba en la zona nacional, a la que se pasó en cuanto pudo y en cuyo cuartel general, Burgos, hizo buenas relaciones con los futuros dirigentes del franquismo, al tiempo que escribía Camino, en cuyo texto pueden rastrearse notorias referencias a lo que el mundo católico español llamaría la Cruzada.

Fueron precisamente esas amistades, con las cabezas civiles y militares del alzamiento, las que le darían apoyo, mucho más que sus contactos eclesiásticos, para su acción posterior, de modo que la conexión posterior de la Obra con el franquismo político tiene esos antecedentes de la camaradería bélica.

Escrivá vivió la guerra con el mejor fervor nacionalista, pero como una peripecia circunstancial que favorecía en último término sus planes. Sus cartas a los miembros de la Obra que estaban en el frente, rezuman un marcado carácter religioso, y casi de exaltación mística y simbólica en las escritas durante su estancia en la zona republicana. Y al igual que tantas otras personas, fechaba sus misivas: primer o segundo año triunfal, de acuerdo con la cronología de la guerra.

Aparte de sus contactos personales con quienes, civiles o militares, actuaban con Franco en Burgos, no se puede decir que en aquella época sus simpatías se decantaran por algún grupo en particular de los que constituyeron la coalición franquista.

"Pero indudablemente -sostiene Fisac-, la presencia de José María Albareda impulsó al Padre a un trato más directo con el ministro Ibáñez Martín, que durante catorce años controló el mundo de la educación y la cultura.
"Sin embargo -continúa Fisac-, para el pensamiento del Padre, José María Albareda tenía un talante liberal y, por ello, y por su indudable personalidad de hombre ya maduro, nunca lo consideró como a uno de sus más íntimos colaboradores."

No hay que olvidar que Albareda fue becario de la Junta de Ampliación de Estudios y siempre hablaba con respeto y admiración de las gentes de la Institución Libre de Enseñanza que, como a Castillejo, había conocido personalmente.

"Al Padre le molestaba mucho ese cierto liberalismo de la Democracia Cristiana. Creía que se trataba de una típica deformación de los Propagandistas que, para él, no eran muy de fiar ideológicamente. Todo aquello -subraya Fisac- me empezó a sonar a mí, ya entonces, como demasiado estrecho, lo mismo que muchas otras opiniones profanas suyas, sobre todo en Arte, con las que mi discrepancia era total, aunque compatible con un sincero afecto hacia él."

Sin embargo, el catolicismo de Escrivá, sus barruntos de modernización y laicismo, se destacaba de las actitudes aún más tradicionales del resto de los católicos oficiales que formaban parte de los primeros equipos gubernamentales del primer franquismo. Por eso, además de por su amistad con Ibáñez Martín y con Carrero Blanco, Escrivá se granjeó en seguida las simpatías, o al menos el respeto, de la gente que rodeaba al general Franco, llegando incluso a formar parte del grupo de sacerdotes que daban ejercicios espirituales al general y con los que éste mantenía largas conversaciones acerca de la unión entre la Iglesia y el Estado, que luego sus críticos vendrían en llamar nacionalcatolicismo.

Esta cercanía de Escrivá a los ambientes del poder, al mundo de "El Pardo", que él explicaba a sus hijos en términos de funcionalidad al desarrollo del apostolado propio, era en cierto sentido una compensación al menor éxito, a las confrontaciones que tenía con el mundo eclesiástico, aunque el obispo de Madrid, Eijo y Garay, uncido él también a la corte franquista, desempeñara un papel protector.

Aquella posición de cierto privilegio fue resentida por otros grupos políticos, como los falangistas, que tenían sus problemas de acomodo al franquismo y que, más tarde, verían en el Opus otra fuerza competitiva en el reparto del poder, influencias y diseño del nuevo Estado.

Pero con quienes Escrivá mantenía sus mayores pulsos seguía siendo con los laicos católicos, con los miembros de Acción Católica o los Propagandistas, de entre los cuales sin embargo reclutaba algunos adeptos, como Alfredo López o el propio Alberto Ullastres.

La animadversión llegó a tener algún que otro tinte violento. En 1949 algunos estudiantes del Colegio Mayor "César Carlos" de Madrid fueron una noche al Colegio Mayor "Moncloa" a recitar puyas satíricas sobre la Obra.

Al día siguiente, un grupo de numerarios fue al "César Carlos" y organizó una batalla campal a puñetazos. Aunque aquello no pasaba de ser un lance estudiantil, reflejaba las tensiones entre hombres, casi todos doctores, que, con el tiempo, llegarían a la cúspide del poder franquista y pelearían entre sí por el mayor control de la situación.

El pleito de quizá mayor duración y más extendido fue el que se mantuvo con Ruiz Jiménez, que se pondría a la cabeza del catolicismo reformista años después de cesar como embajador en la Santa Sede. De aquella época nació el primer resquemor. "El padre Escrivá no solía ir a reuniones en las que no quedara claro de antemano que él iba a ser la persona más importante -cuenta Antonio Pérez-. Por eso iba a tan pocas. Pero una tarde le invitó Ruiz Jiménez a una recepción en la Embajada española y al llegar, le saludó con un, "¿Cómo está usted, padre Escrivá?". Escrivá se dio media vuelta y se marchó. Luego nos explicaba Alvaro Portillo que aquélla no era manera de tratarle. Ruiz Jiménez le hubiera podido decir, padre o monseñor Escrivá, pero no "padre Escrivá". Aquel incidente marcó el inicio de una hostilidad que se manifestaría plenamente cuando, a comienzos de los años cincuenta, y con Ruiz Jiménez de ministro de Educación, se empiezan a producir los primeros enfrentamientos culturales dentro del franquismo. Ruiz Jiménez acaudilla un grupo de universitarios e intelectuales que preconizan la apertura cultural, hacen regresar a Ortega y Gasset y permitieron las primeras celebraciones de libertad de expresión universitaria. Quizás el símbolo de todo aquello es un libro de Pedro Laín Entralgo, "España como problema".

De las filas del Opus surge la contestación a ese libro. Es el escrito por Rafael Calvo Serer, titulado "España sin problema", que contiene una reafirmación de la tradición católica sin fisuras y preconiza la transición hacia una Monarquía de corte tradicional. Rafael Calvo es el último socio de la Obra de antes de la guerra y su trayectoria intelectual representa un cierto símbolo para los pensadores del Opus hasta que, años más tarde, se produjera su colisión con el franquismo oficial.

En los años cuarenta, Calvo, que coopera con Albareda en el Consejo de Investigaciones Científicas, se va con una beca del mismo Consejo a estudiar a Suiza. Allí entra en contacto con don Juan de Borbón y algunos intelectuales monárquicos, lo que contribuye a formar su pensamiento, que se va acercando por otra parte al catolicismo de la CEDA. Cuando regresa a España, ya catedrático de Universidad, aunque continúa haciendo viajes al extranjero para sus contactos políticos e intelectuales, constituye la editorial "Rialp", con Florentino Pérez Embid, Raimundo Panikkar, Antonio Fontán y otros miembros ilustrados del Opus y comienza a publicar libros de pensamiento, en esa línea tradicional.

Calvo Serer es, y seguirá siendo, un socio bastante atípico del Opus Dei, por cuanto que casi

nunca vive en casas de la Obra, como es costumbre de los numerarios, y mantiene y conserva relaciones con grupos que incluso eran hostiles a Escrivá. Pero su pensamiento por entonces es homogéneo con la doctrina de la Obra, tanto, que se le llega a considerar en algunos ambientes como portavoz político de Escrivá.

Por esos primeros años de los cincuenta, Calvo constituye informalmente el grupo que vendría a llamarse la tercera fuerza, al que aparte de Fontán y Pérez Embid se incorporan otros socios, como Rodríguez Casado y gentes que no son de la Obra como el médico López Ibor que, con su ayudante Póveda, se especializará en atender las neurosis y conflictos psicológicos de los socios del Opus Dei. La tercera fuerza tiene conflictos doctrinales con los falangistas y se convierte en punta de lanza contra la operación de apertura de Joaquín Ruiz Jiménez. Antonio Fontán llegaba a decir en broma que "él llevaba de examen particular -una de las prácticas piadosas de la Obra- el cómo hacer cada día algo contra Joaquinito".

"Yo tengo que aclarar -dice Fisac- que esa batalla a mí no me afectó para nada y yo seguí siendo amigo de Ruiz Jiménez, sin que notara por su parte ningún cambio de actitud hacia mí."

A su vez Ruiz Jiménez acaudilla los primeros ataques de otros grupos franquistas contra el monopolio opusdeísta del Consejo de Investigaciones Científicas. Son fintas políticas, luchas capitalinas, dentro todavía de la hegemonía indiscutida de "El Pardo".

Escrivá deja hacer a Calvo Serer al que incluso utiliza en sus operaciones de acercamiento a la familia Borbón.

En los finales cuarenta, como es sabido, Franco inicia una estrategia cuya meta final era la educación de Juan Carlos de Borbón en España. Escrivá está atento a ello y consigue participar desde sus comienzos.

"En el verano del 47 -cuenta Antonio Pérez- yo estaba en Molinoviejo, la casa de ejercicios de la Obra cerca de Segovia. Una tarde apareció por allí Carrero Blanco que fue recibido por el Padre y un rato después llegó Eugenio Vegas Latapié, acompañado por Rafael Calvo Serer. Yo entonces no sabía nada de lo que se tramaba aunque Eugenio Vegas, que había sido letrado del Consejo de Estado, al enterarse de que yo también lo era, empezó a conversar conmigo. Luego supe que aquélla fue la primera reunión entre representantes de don Juan y de Franco acerca de la educación del príncipe.

"Escrivá era franquista convencido pero era también monárquico y estaba a favor de que después de Franco reinara en España don Juan de Borbón, al que tuvo ocasión de tratar más tarde en Roma. En el equipo de educadores del príncipe entran bastantes numerarios y entre ellos destaca Ángel López Amo, que moriría en accidente en los Estados Unidos en 1957."

Del grupo de opusdeístas que rodean al príncipe desde el primer momento se destaca también Federico Suárez.

"Federico Suárez era un valenciano muy integrista, que llegó a catedrático de Universidad y que en 1947 fue ordenado sacerdote -comenta Antonio Pérez-. Era bastante carlista y no

demasiado intelectual por lo que mi recomendado para el cargo de capellán del príncipe fue Pepe Orlandis. Pero al final eligieron a Federico."

Después, una asociada del Opus Dei, Laura Hurtado de Mendoza, es nombrada secretaria de la princesa Sofía, puesto en el que continúa.

Con el paso del tiempo, Escrivá también permitiría el que otros socios de la Obra cortejasen a la rama de los Borbón Parma. En la Universidad de Navarra un grupo constituido por Ramón Masó, Pedro Lombardía y Alvaro D'ors se caracterizan por su carlismo y agasajan a la princesa Teresa de Borbón, que reside unos meses en la residencia universitaria femenina. Hacia 1952, numerarias de la Obra intervienen en la conversión de la princesa Irene de Holanda. Son actividades que se inscriben en esa vieja costumbre eclesiástica de cultivar a los príncipes, que Escrivá aprende en la tradición española.

En 1951 se produce el acceso del primer numerario a la administración franquista, con la entrada de Pérez Embid, como director general, en el Ministerio de Información y Turismo que dirige Gabriel Arias Salgado. Arias empieza a respetar el equilibrio de fuerzas del franquismo evolucionando y desea colocar a un representante del Opus en su Ministerio, al lado de un falangista, un católico tradicional, etc.

"Yo no me acuerdo muy bien -comenta Antonio Pérez- si cuando vino a verme Arias Salgado traía ya el nombre de Florentino o me pidió un nombre de la Obra y yo le di ése. Sé que había tanteado a Mariano Navarro para subsecretario, pero que lo descartó porque le había parecido demasiado protagonista políticamente."

La entrada de Pérez Embid, como director general de información, representa en cierto sentido la consolidación de la tercera fuerza -Florentino llama en público a Rafael Calvo el jefe- y proporciona una vía de penetración para otros socios de la Obra a la vez que la protección oficial para las por aquel entonces modestas aventuras opusdeístas en el mundo editorial.

Pero el acontecimiento que propiciaría la consolidación del grupo Opus en la política franquista fue la relación que se establece entre Carrero Blanco, el buen amigo del padre Escrivá y ya hombre de confianza de Franco, y Laureano López Rodó.

Carrero Blanco veraneaba en Galicia y un día le invitaron a la residencia del Opus en Santiago, "La Estila", donde había un acto académico en el que López Rodó dio una conferencia sobre la reforma administrativa. A Carrero le gustó mucho. López Rodó se la envió meses más tarde, publicada en la revista "Nuestro Tiempo" de Pamplona y, acto seguido, Carrero le llamó a su despacho para proponerle que pusiera en práctica esas ideas.

A partir de entonces, empieza una espectacular carrera de López Rodó en los pasillos del poder franquista. Su indudable tenacidad y laboriosidad le hacía cada vez más imprescindible para la inevitable modernización de la Administración pública en la década de los cincuenta en que la apertura económica y el fin del período autárquico demandaba nuevos modos en el gobierno del Estado.

López Rodó se hizo con la confianza de Carrero y empezó a dibujarse el perfil del tecnócrata opusdeísta, un hombre de buena formación técnica, ajeno a coaliciones y grupos políticos con-

vencionales, muy de fiar personalmente y además devoto de Escrivá, con cuya doctrina estaba cada vez más de acuerdo "El Pardo". Pronto empezaron a surgir las envidias contra López Rodó y el conjunto de personas que él y los demás altos cargos del Opus incorporaron a la Administración, la mayoría socios también del Opus, como Andrés de la Oliva, José María Sampelayo, Vicente Mortes, Alvaro Lacalle. Uno de los epicentros de la confrontación fue la política cultural, con Ruiz Jiménez en el papel de aperturista y los del Opus más cercanos al conservadurismo doctrinal, estratégicamente compatible con la modernización económica y administrativa.

Los años 53, 54, 55 y 56 son años de consolidación de la influencia política de López Rodó y coinciden con la expansión de las sociedades auxiliares de la Obra en el que socios numerarios y supernumerarios se ejercitan en la gestión, en el conocimiento del comercio internacional. Pero son también años en que arrecia la crítica contra la Obra.

En 1956 ocurren los incidentes universitarios en Madrid que van a producir la salida del gobierno de Ruiz Jiménez. En esos días circulan las listas de represaliables intelectuales, que los falangistas hacen circular y se produce un clima de belicosidad contra los protagonistas de la apertura doctrinal, frenada como es sabido por la disciplina militar. En las listas figura algún miembro de la Obra pese a que en general estos se alineaban con la postura de rechazo a la apertura. Concretamente en las casas del Opus Dei de Madrid se habían dado instrucciones a los estudiantes universitarios para oponerse a los intentos de libertad de expresión.

Pero Rafael Calvo había despertado las iras franquistas porque en un artículo publicado en "Ecrits de Paris" abogaba por una transición a la monarquía y atacaba las bases totalitarias del falangismo.

"A nosotros todo aquello nos asustó un poco -comenta Antonio Pérez- y comprendimos que teníamos pocas defensas, poco apoyo político, si querían meterse con la Obra. Incluso temíamos por nuestra seguridad física y sólo la amistad de José Javier López Jacoisti con Arias Navarro, por ser ambos notarios, y éste director general de seguridad, podía servirnos de consuelo.

"Entonces yo empecé a pensar y a comentar con Luis Valls y algún otro la conveniencia de buscar la entrada de gente de la Obra en el Gobierno. Al fin y al cabo ya había habido algún caso, como el de Pérez Embid, Mariano Navarro había sido subsecretario con Vallellano, y teníamos un grupo de personas ni más ni menos, preparadas para ello que los demás grupos. Se habló también con los que ya estaban en la política y, en concreto, con Laureano, encargado de preparar el terreno con Carrero Blanco.

"A nosotros nos interesaban dos sectores, el mundo económico, en el que tener algún ministro serviría de apoyo para mejorar nuestra situación financiera y lo relativo a Gobernación, por la citada y necesaria protección. A las gestiones con Carrero se unió otra, que surgió fortuitamente. Por aquella época, José Luis de Arrese estaba bastante desanimado de la lucha política y quería retirarse a Navarra, su tierra. Era amigo de Jesús Arellano y, a través suyo, nos pidió si le podíamos ayudar en organizar un centro educativo rural. Con este motivo tuvimos varios encuentros, le debimos caer bien y Luis Valls, que siempre estaba muy atento a buscar zonas de influencia, terminó interesándole en la promoción de miembros de la Obra a las esferas del gobierno.

"Nuestras gestiones llegaron a oídos de la gente de la tercera fuerza, Rafael Calvo, Florentino,

los cuales creyeron que era su momento, aunque Rafael tenía un planteamiento rupturista, antifranquista en el fondo, y una estrategia, la de publicar y predicar la nueva doctrina, que a mí y a otros nos parecía descabellado. Nosotros creíamos que, en aquellas circunstancias, y si queríamos tener influencia, había que sentarse en la mesa del Consejo de Ministros.

"La idea que adelantamos y que prosperó fue consolidar la teoría tecnocrática del Gobierno, buena gestión, atención a la situación internacional, algo que Carrero entendió muy bien e hizo llegar a Franco. El Caudillo necesitaba un recambio para la política económica. La autarquía y la estrategia sindical de Girón estaban poniendo al país al borde de la ruina. Para Franco aquello era también la oportunidad de uncir a su carro a estos nuevos católicos, como había uncido a los anteriores.

"Supimos que Franco iba a abrir una crisis inmediatamente y empezamos a preparar listas y a ir y venir a Presidencia del Gobierno. El despiste de la tercera fuerza fue notable y eso que Florentino vivía en la misma casa que nosotros, el piso noble de la residencia de Diego de León, que hacía de casa central de la Obra en España. Recuerdo que una noche llegó Rafael Calvo muy excitado asegurando que llevaba consigo la lista buena del Gobierno que iba a salir al día siguiente. Nos la leyó y yo, que conocía la realidad, no quise decirle en ese momento que no había acertado en ningún nombre. Aquella noche precisamente estaba cenando con nosotros Alberto Ullastres, que sería nombrado el día siguiente ministro de comercio, con Mariano Navarro de Hacienda y un buen amigo nuestro y de Franco, don Camilo Alonso Vega, ministro de Gobernación. Al saberse al día siguiente el nuevo Gabinete, el enfado de Calvo y sus corifeos fue mayúsculo. Estuvo varios meses sin venir a verme y Florentino bautizó todo aquello con el nombre de operación Esfina."

Los ministros del Opus Dei, los cercanos, como el citado Alonso Vega, Laureano López Rodó, que entonces todavía no era ministro, iniciaron a continuación una serie de nombramientos subalternos en los que entraron miembros del Opus Dei por docenas. Había recomendaciones, presiones internas, y se inició una psicosis, que ya nunca cesaría, de identificar la cercanía a la Obra con la posibilidad de medrar políticamente. La última palabra la tenía Diego de León, donde había personajes especialmente proclives a esa costumbre, tan tradicional por otra parte, en todos los grupos, de nombrar amigos de confianza para cargos de confianza. Uno de ellos era José María Hernández de Garnica, superior mayor, sacerdote encargado de la sección femenina, que persuadió a Alberto Ullastres para que nombrara subsecretario de comercio a Faustino García Moncó, un supernumerario abogado del Estado, a quien él personalmente no conocía. De la mano de García Moncó llegarían otros, como Gregorio López Bravo, supernumerario de toda confianza, que haría una larga carrera política en el franquismo y luego en las finanzas y que, hasta su muerte, presidiría el Instituto de Educación e Investigación, que tanto renombre conseguiría, después, como entidad puente en los donativos del grupo Rumasa al Opus Dei:

"Los modos de nombramiento de amigos eran típicos de aquella mezcla de apostolado e intereses -cuenta Saralegui-. Me acuerdo de que yo estaba de director de una semana de convivencia para jóvenes supernumerarios en Molinoviejo, cuando apareció por allí don José María Hernández de Garnica. Me preguntó si entre aquellos no habría alguno en condiciones para un puesto de confianza. Repasamos la lista y el resultado fue el nombramiento de Ramón San Román como secretario particular de Alberto Ullastres."

Los tecnócratas opusdeístas se dedicaron preferentemente a los temas económicos y su primer parto fue el plan de estabilización, conocido y ya bien analizado por los historiadores, pero no dejaron de ocupar zonas claves para los intereses del Instituto, como la Dirección General de Seguridad, que fue confiada a un supernumerario de confianza, José Vicente Izquierdo.

Al entrar en el mundo de la política hombres que habían protagonizado con anterioridad la expansión económica, como ejecutivos de las sociedades auxiliares de la Obra, y el caso prototípico era Alberto Ullastres, se produjo una cierta fluidez entre ambas zonas, lo que permitió intentar la consolidación de las finanzas opusdeístas y alentó un sinfín de iniciativas de cooperadores y amigos viejos y nuevos para aprovechar, en beneficio personal y corporativo, la nueva situación.

Pero casi en seguida brotaron los conflictos y sobre todo se redobló la crítica externa contra la Obra que tenía esta vez acento internacional, algo muy preocupante para las relaciones de Escrivá con la Santa Sede.

La primera reacción de Escrivá ante estos nombramientos fue de satisfacción. "En primer lugar -cuenta Antonio Pérez- era la traducción de aquellos presagios que nos había hecho el Padre de que nosotros tendríamos que ocupar puestos de responsabilidad en la sociedad. Y aquello estaba ocurriendo antes de lo que muchos pensábamos."

El ver a tantos hijos suyos encumbrados halagaba su vanidad y se convirtió en un componente de su creciente megalomanía. En uno de aquellos encuentros multitudinarios en Pamplona, cuando los hombres del Opus se acercaban a vitorearle y besarle las manos, siempre tenía un rato para los importantes. "A ti un beso, por ser director general, a ti dos por ser subsecretario", les dijo a González Valles y a García Moncó, altos cargos del Ministerio de Comercio.

La cosa llegó a tanto que Escrivá impuso, como un ritual añadido a la liturgia interna sobre el Padre, enriquecida en el Congreso General del Opus Dei de 1956, con el rodillazo que había que dar en su presencia, una disposición, que reflejaba la nueva situación política. Decidió e hizo cumplir que cada vez que él llegara a España, le fueran a esperar, junto a las autoridades de la Obra, todos los ministros de Franco pertenecientes a ella. Y aquello, que no tenía mayor importancia cuando llegaba en avión, siempre recibido en la sala de VIPs, resultaba un tanto chocante cuando venía por carretera, con Ullastres y los demás teniendo que trasladarse al efecto a Irán. Era sin duda una reminiscencia de los usos episcopales, a los cuales no tuvo el acceso deseado.

Pero al generalizarse la cooptación opusdeística de hombres políticos, se hizo también más generalizada la crítica y Escrivá terminó enfadándose.

"Me dijo que aquello tenía que acabarse y que en adelante, antes de cualquier nuevo nombramiento, había que pedirle permiso -relata Antonio Pérez-. Pero la dinámica política no permitía aquellos trámites y la cosa continuó más o menos igual."

Con el paso del tiempo, la tecnocracia opusdeísta se transformó en una más de las familias políticas del franquismo, con sus derivaciones de poder económico, sus mecanismos de cooptación endogámica y su connotación ideológica, dentro de lo que permitía el sistema. Y aunque, a lo largo de la etapa se produjeron en ella algunas reacomodaciones, puede decirse que sus cabezas visibles eran López Rodó, en el Gobierno, y Valls Taberner, en la sombra. Muchos

socios recuerdan el rosario de visitas políticas y de superiores internos a la casa de la Obra de Madrid situada en la calle Daniel de Urrabieta, en el barrio del Viso, donde residían ambos personajes.

La coloración apostólica de la operación tiene anécdotas, como los ejercicios espirituales especialmente organizados para altos cargos o el nombramiento de un capellán de la Obra, Gabriel Blanco, para la Escuela de funcionarios de Alcalá, una de las realizaciones de López Rodó.

"Pero las peleas y discusiones fraternales -cuenta Antonio Pérez- comenzaron a estar a la orden del día y aunque, una y otra vez, tratábamos de mediar, era muy difícil presionar en aquellos hombres a los que el poder había transformado. Y el testimonio apostólico de los nuestros se fue cada vez deteriorando más, lo cual, junto a las intervenciones del Padre, me hicieron muchas veces arrepentirme de aquella estrategia."

La tecnocracia opusdeísta comenzó a tomar partido en relación con la sucesión del franquismo y eso provocó también no pocas confrontaciones fraternales. Especialmente era incómoda la posición de quienes participaban de varios grupos a la vez como Fernando Herrero Tejedor, supernumerario y a la vez falangista, o su protegido Adolfo Suárez, que también tuvo durante un breve período ambas afiliaciones.

Todo ello tenía lugar con ocasión de las luchas por parcelas de poder inmediato o temas especialmente conflictivos. Es muy conocida la intentona de Fraga de descabalgar el poder opusdeísta con ocasión del asunto Matesa, que paradójicamente tuvo el efecto de consolidar transitoriamente a los atacados.

Quizá la consecuencia interna más notoria del asunto Matesa fue la forma de repartir las responsabilidades políticas derivadas del affaire, puesto que los dirigentes opusdeístas apostaron a salvar a unos como López Bravo, mientras que otros, como Navarro Rubio, fueron, o así les pareció a ellos, menos protegidos.

A medida que se veía el fin del período franquista se tomaban también internamente medidas estratégicas. Desde Roma llegaban notas confidenciales de cómo obrar al respecto. Una en particular recomendaba el introducirse en alguna de aquellas asociaciones cuasi políticas del franquismo tardío para tratar de influir desde dentro. Aquella nota disfrutaba de la condición especial de supersecreto, con la indicación de ser destruida después de leída.

"El Padre -cuenta Antonio Pérez- tenía siempre una gran preocupación por el secreto. Ello le llevaba a aplicar a estos temas la misma estrategia que a los asuntos internos, es decir, que sólo unos pocos, en la cúpula, los conocían y los negociaban con los directamente responsables, manteniendo al resto de los socios fuera de esa información. Esto se producía sobre todo mediante el control de la documentación y la mayor o menor accesibilidad a las notas y avisos de Roma."

Había incluso un código secreto para la correspondencia, en el que cada numeral o combinación de numeral con vocales tenía una significación. "El código se guardaba en un libro llamado San Girolamo", recuerda María del Carmen Tapia.

Producida la desaparición del franquismo, las decisiones corporativas en materia política cambiaron radicalmente de signo y prácticamente desaparecieron, puesto que los políticos de la

Obra, a tenor de la ideología de la institución, se incorporaron a los partidos de derecha que surgieron en el nuevo entramado constitucional, y las alianzas por estricta dependencia de la Obra fueron siendo cada vez más innecesarias.

Como contrapartida, se hizo más ostensible la presencia de hombres del Opus Dei en los llamados poderes fácticos. Los dos primeros jefes de Estado Mayor del Ejército de Tierra del período constitucional, Alvaro de Lacalle y José María Saenz de Tejada, son supernumerarios. Igualmente, dos numerarios, Rafael Termes y el omnipresente Valls Taberner, forman parte de la patronal bancaria.

4. EL OPUS DEI Y LA EDUCACIÓN

Que Escrivá eligiera a los destinatarios de su primer apostolado entre estudiantes universitarios tenía que ver más con su preocupación por la selección social, por atraerse a la élite, que por un interés específico por la actividad docente.

"De hecho -repite Fisac- al Padre le oíamos muchas veces arremeter contra tantas y tantas fundaciones de frailes y monjas que nacían para algo nuevo y acababan dedicándose a educar niños ricos. Me acuerdo de que, al poco tiempo de salir de la Obra comentaba yo esto con alguien y expresaba mi progresivo desencanto hacia el Padre, que había terminado dirigiendo una organización destinada fundamentalmente a la educación. De alguna manera mi comentario llegó a oídos de ellos y rápidamente me mandaron a César Ortiz Echague para que me recriminara. Yo no tuve más remedio que decirle que mi juicio era totalmente cierto y que lo único que diferenciaba a la Obra de los otros grupos era que la Obra educaba preferentemente a niños no ricos, sino muy ricos."

En todo caso su principal interés por la educación era básicamente moral. Escrivá, como la mayoría de los eclesiásticos de su tiempo, se dolía de que la II República hubiera afirmado el principio de la escuela pública y disminuido los privilegios de la enseñanza católica, al tiempo que veía con horror la progresiva influencia de grupos como la Institución Libre de Enseñanza.

Ese clima se respiraba en la pensión de Ferraz y se iba calentando al tiempo que crecía la confrontación política. Pero Escrivá no incluía la actividad docente entre sus planes de futuro y mucho menos como algo institucional, es decir, la creación y el sostenimiento de centros de la Obra.

"Yo le oí muchas veces decir lo que él luego escribió en la Instrucción de San Gabriel, y es que nosotros no tendríamos nunca Universidades y que la sustancia de nuestro apostolado consistía en introducirnos en las instituciones civiles, para transformarlas desde dentro -confirma Fisac-. Había una frase que repetía mucho, nosotros trabajaremos con los medios y los edificios del Estado."

Ésa era, por otra parte, la hipótesis tradicional del catolicismo español, impedir la libertad de creación de instituciones docentes de signo laico y lograr que la red de enseñanza pública estuviera bajo el control ideológico de la Iglesia.

Los deseos de Escrivá se empezaron a convertir en realidad con el nombramiento de Ibáñez Martín, en 1940, como ministro de Educación. De talante autoritario y extremado celo ideológico, Ibáñez, que se había formado en el mundo de la política confesional, averiguó en seguida que la gente de la Obra le iba a ser muy útil, por una parte, para poner en marcha sus planes de educación nacional católica y, por otra, para rellenar, con hombres de confianza, las adelgazadas filas del escalafón universitario.

La clave de ello fue su conocida amistad con Albareda, aragonés como él y como Escrivá. Albareda había convivido con hombres de la Institución Libre y tenía respeto personal por la autonomía de la ciencia pero la presión de Escrivá y su sentido de la lealtad, al tiempo que la ideología circundante, le fueron llevando a la convergencia con las ideas de Escrivá e Ibáñez

Martín.

"José María Albareda no pudo ser propiamente, como él deseaba, un científico, sino un administrador de la ciencia -comenta Fisac-. Tenía formación y cabeza. Si hubiera dispuesto del tiempo suficiente o le hubieran dejado en paz, podría haber destacado en su campo, la Edafología. Pero, desde muy pronto, se le dio la responsabilidad de sacar adelante el Consejo de Investigaciones Científicas, con la ilusión apostólica sobreañadida de que eso sirviera de plataforma a los hombres de Escrivá. Paralelamente, y por la aludida influencia, Albareda se fue volviendo cada vez más conservador, algo que se notó especialmente en el reclutamiento de colaboradores y en la organización del Consejo."

En esa misma época tiene lugar la tensión entre el grupo del Consejo y los académicos convencionales, suficientemente historiada, y la otra tensión, más ideológica, entre los amigos y los enemigos de la apertura intelectual, que se produce, durante el Ministerio Ruiz Jiménez, en la conocida colisión entre sus hombres y los del Opus Dei, con su intento de privar a Albareda del poder en el Consejo de Investigaciones, que es frustrado por los hombres más duros del franquismo.

Todo aquello, con sus dificultades, con sus berrinches, encajaba bien en la primera idea de Escrivá, que consistía en llenar de hombres suyos, fieles, el sistema educativo público, la Universidad, la investigación, la cultura.

De esa fecha son las historias sobre la penetración opusdeística en las cátedras, ese relato de concertaciones y apoyos mutuos que cuentan tantos testigos y víctimas de un sistema que, de suyo, favorecía semejante estrategia, por la larga tradición de endogamia académica existente en España y los filtros ideológicos del momento.

Paralelamente ocurren otras aventuras, como la protagonizada por Raimundo Panikkar.

Desde su vuelta de Alemania, en 1939, Raimundo Panikkar empezó a conectar con el mundo intelectual, especialmente el católico, y a conocer a las figuras de entonces, ya zarandeadas por las contradicciones intelectuales y políticas del franquismo. Por su carácter y formación le cogía muy de lejos la discusión política, pero participó activamente en la vida cultural española.

El rectorado madrileño de Laín Entralgo, en el Ministerio Ruiz Jiménez, fue el marco de un intento de renovación universitaria en el que Panikkar intervino.

Se trataba de resucitar el Studium Generale y Panikkar dietó un curso sobre "El sentido histórico de nuestro tiempo", que atrajo a cientos de estudiantes de todas las facultades que querían aprovechar su paso por la Universidad para adquirir algo más que la mera formación profesional.

Panikkar fue también el primer secretario de la Sociedad Española de Filosofía, en la que colaborarían tantas personas como Zaragüeta, Roquer, Ceñal, Mindán, y más tarde González Alvarez, Millán Puelles, Pinillos, Yela, etc.

Panikkar tenía con Rafael Calvo Serer, aparte de la relación fraternal, una buena comunicación intelectual, aunque Calvo veía lo intelectual como parte de su operación política. Lo cierto es que a Panikkar le hicieron un hueco en el Consejo de Investigaciones Científicas, el Instituto de

Filosofía Luis Vives y desde allí daba rienda suelta a sus preocupaciones culturales.

Dos fueron sus principales actividades además de lo mucho que escribió por aquel entonces y que permaneció inédito. Por una parte la revista "Arbor", que Panikkar fundó, y, por otra, Ediciones Rialp, y en concreto la Colección Patmos de libros de espiritualidad.

Con "Arbor" se pretendía una revista cultural, muy a la europea, quizá más según la tradición alemana, que la anglosajona. El Consejo quería hacer algo rápido pero Panikkar les persuadió de que no se podía empezar sin tener al menos seis números perfectamente planeados. Se encargó de ello y así fue.

Panikkar tuvo la suerte, o el acierto, de no verse comprometido en los conflictos entre sus hermanos opusdeístas y las otras fuerzas políticas de la cultura franquista.

Se llevaba bien con todos, Ruiz Jiménez era buen amigo suyo e incluso le dio ejercicios espirituales. Más de una vez levantó su voz ante el fanatismo intelectual de alguno de la Obra, aunque bien es verdad que sin mucho éxito. Particularmente le molestó la actitud del mundo académico español contra Julián Marías. Los de la Obra le tomaban poco en serio. Les era útil pero no contaban demasiado con él y cuando planteaba alguna cosa solían decir, "cosas de Raimundo"...

Con Patmos el asunto era un poco más complicado porque se trataba de teología y eso podría afectar a las relaciones de la Obra con la Iglesia.

No pasó nada durante un cierto tiempo. Junto a textos ascéticos, algunos de la gente de la Obra, publicaba libros clásicos y otros de espiritualidad moderna, europea, y por ahí vino el conflicto.

El conflicto ocurrió cuando Panikkar publicó y prologó un libro de Jean Guitton sobre la Virgen María. El cardenal Segura se enfadó mucho por el tratamiento teológico de la figura de María y escribió una carta pastoral, de ochenta páginas, muy negativa, condenando el libro, que alarmó al Padre. Después de varias conversaciones entre él y el cardenal, el Padre se decidió por jugar el juego eclesiástico y aseguró al cardenal que le quitarían de en medio. Le mandaron a Roma a estudiar "buena doctrina". Era la primera mitad de la década de los cincuenta y ahí empieza su alejamiento de España y su desvinculación con el apostolado de la Obra.

Hasta entonces, todo aquello había ocurrido básicamente en el mundo universitario pero, poco a poco, se empieza a producir una presión sobre Escrivá para que la Obra tome parte en la educación infantil, en contradicción con sus primeras aseveraciones.

"Aquello nace en el contexto de la amistad con la gente de Neguri, Bilbao, que le insistía en la utilidad de un colegio del Opus para sus hijos -comenta Antonio Pérez-. El Padre, que no tenía un no para Carito Mac Mahon, nos ordenó en 1951 montar un colegio, Gaztelueta, que sería, e insistió mucho, el único, una excepción."

La gente bien de Bilbao se vuelca en esa fundación en el que hacen sus primeras armas pedagógicas docenas de numerarios que luego serían la base de la expansión en este terreno.

"El colegio de Gaztelueta era la copia más barata del Instituto Escuela que yo he visto en mi vida -cuenta María del Carmen Tapia-. Su primer director, Toñé, asistió de pequeño al Instituto Escuela de Madrid. Desde los pupitres hasta el estilo de los casilleros era una copia memorizada del Instituto Escuela al que yo asistí. De hecho, la directora de la administración de Gaztelueta, Mercedes Morado, licenciada en Pedagogía, al enseñarme el colegio durante las horas de la limpieza -entonces yo estaba destinada en la administración del Colegio Mayor "Abando" para hombres, de Bilbao- me lo comentaba sin el menor ambage."

"La fórmula jurídica a emplear sería la de obra corporativa, recién alumbrada en las Constituciones de 1950 -subraya Antonio Pérez-. Las obras corporativas, a diferencia de las comunes o sociedades auxiliares, eran aquellas en que la responsabilidad, la autoría, eran de la Obra, directamente."

"Gaztelueta" se convierte así en la primera obra corporativa del Opus Dei.

El paso siguiente fue Navarra.

También por esas fechas, el vicepresidente de la Diputación de Navarra, Gortari, manifiesta insistentemente a gentes de la Obra su deseo de que pongan allí una Universidad, que subraye la importancia de la foralidad e impida a tantos navarros tener que desplazarse a Zaragoza.

La idea era, por supuesto, contraria a la mente de Escrivá. Es más fácil poner una Universidad que ganar una cátedra, cuenta Antonio Pérez que decía el Fundador, subrayando sin duda la importancia del apostolado de infiltración en los centros del Estado que hacían sus hijos, en comparación con las fundaciones eclasiásticas como "Deusto". Pero en este tema, como en otros, Escrivá aprovechó las oportunidades que se le ofrecían de hacer cosas y no permitió que sus principios detuvieran su pragmatismo.

"Yo no me acuerdo de si fue el Padre el que me lo indicó o si, por el contrario, fui yo el que le planteé la cosa -continúa Antonio Pérez-. Lo cierto es que en 1952 empezamos las negociaciones. Es también cierto, como antecedente, que gentes de la Obra estaban interesadas en la fundación. Recuerdo la insistencia con que Juan Jiménez Vargas me hablaba de lo mal que estaba la Universidad oficial y la conveniencia de hacer nosotros algo serio."

"A mí me da la impresión -subraya Fisac- que en la fundación de Pamplona había como cierta consecuencia de la frustración de no poder lograr que la gente de la Obra destacase de verdad en la Universidad del Estado, o consiguiera el control deseado. Por una parte existía esa animosidad del padre Escrivá contra los socios que se dedicaban en serio a la ciencia, y eso cortaba muchas vocaciones científicas verdaderas, pues exigía una dedicación plena que no se facilitaba dentro de la Obra. Y por otra, la animadversión creciente de muchos catedráticos, que se oponían a la influencia de la Obra y les hacían la vida imposible. La fundación de Pamplona era, consciente o inconscientemente, una retirada estratégica, pienso yo, una manera de controlar totalmente un centro universitario.
"Si a mí el Padre me había dejado plena libertad en mi profesión de arquitecto, fue en gran parte -creo yo- porque ganaba un dinero que se necesitaba en aquel momento, y también porque yo no demostraba excesivo interés ni en la labor interna, ni en el proselitismo."

La fundación, que sería ya la segunda obra corporativa, significa el acuerdo con la Diputación,

que empieza cediendo un edificio administrativo, la "Cámara de Comptos", y da una primera modesta ayuda, para instalar una Facultad de Derecho. Al frente de todo ello Ismael Sánchez Bella, repatriado al efecto de Argentina.

A la clientela navarra se une en seguida la apostólica. Familias andaluzas, gallegas, castellanas, que tienen una gran confianza en la Obra, envían a sus hijos a estudiar a Pamplona. La Universidad pública, aún férreamente controlada por el franquismo, empieza a ser lugar de encuentros ideológicos disidentes, de acción política, y ello también influye en la afluencia de Pamplona de hijos de familias conservadoras.

Pronto a Derecho se une Letras y, con el apoyo de los catedráticos de Medicina de la Obra, y en particular de Ortiz de Landázurri, se abren los estudios médicos y de enfermería, la Clínica Universitaria, que contaría con un amplio prestigio profesional.

Sin embargo, Navarra no da títulos y los alumnos han de examinarse en Zaragoza, donde catedráticos de la Obra, como José Orlandis y Casas Torres logran pequeños favores de organización para sus correligionarios.

En el seno del Ministerio de Educación, sede de cierta ideología falangista residual, comienzan las hostilidades contra Navarra con motivo de la negociación para el reconocimiento de los títulos. Hay un intercambio de notas verbales entre el nuncio Antoniutti y los ministros Castiella y Rubio García Mina, hasta que se logra un acuerdo en base a que Navarra tenga un determinado número de catedráticos de universidad estatal en su claustro.

La operación Navarra sirve también a los fines personales de Escrivá.

"Al padre Escrivá -cuenta Antonio Pérez- le gustaban los honores y las distinciones. Por eso no es extraño que aprovechara la erección de Pamplona como Universidad de la Iglesia en 1960 para autonombrarse Gran Canciller de ella, un título tradicional de la educación superior eclesiástica, cosa que, por otra parte, era normal en las Órdenes religiosas que tenían universidades."

La distinción honorífica coincide con la exacerbación del culto a la personalidad de Escrivá. Son los tiempos de las grandes concentraciones de socios en Pamplona, durante las cuales es vitoreado, es el comienzo de las tertulias masivas, ensayadas para que no haya conflictos.

El zafarrancho externo coincide también con el conocido debilitamiento de la lucidez mental de Escrivá, embarcado ya en una megalomanía fomentada por sus fieles, cuyo episodio público más desgraciado podría ser la obtención de un marquesado para el Padre, el de Peralta.

Navarra sirvió asimismo para crear una gran red de solidaridad opusdeísta en torno a las crecientes necesidades de financiación y al efecto se organiza la "Asociación de Amigos de la Universidad", en cuyo Patronato entran importantes figuras de la cultura española como el profesor Jiménez Díaz, Gregorio Marañón, etc.

Cuando los hombres de la Obra llegan a la política se sistematiza una fórmula de apoyo económico del Estado bajo diversos epígrafes controlados presupuestariamente por ellos. A pesar de la discreción con que se llevan esas gestiones, se produce una protesta del mundo falangista y democristiano en la aprobación por las Cortes de uno de aquellos presupuestos anuales en

que figuran, más o menos escondidas, subvenciones a Navarra. La Universidad de la Obra se va a convertir en objeto de confrontación de la política española, aunque la alta protección de Carrero Blanco impide al final que se consuman los ataques a ella. Carrero incluso aprovecha la Universidad para incorporarla, en cierta manera, a su política africana, financiando la estancia en Pamplona de estudiantes katangueños antimarxistas, cuyo color y costumbres ponen una nota exótica en las calles pamplonesas.

Créditos oficiales sirven también a la expansión física de la Universidad, con cuyas sociedades interpuestas colaboran entidades como las "Cajas de Ahorro", el "Banco de Crédito a la Construcción" y la "Asociación de Ciegos", entre cuyos directivos hay socios supernumerarios.

Con el paso del tiempo, la experiencia de "Gaztelueta" se amplía a Valencia, Madrid y Barcelona, porque supernumerarios y cooperadores de esas ciudades solicitan también centros de enseñanza para sus hijos.

La fórmula excepcional, el que la Obra no dirija colegios, se va convirtiendo en lo contrario y se transforma asimismo en estrategia apostólica.

"En los años sesenta -cuenta Saralegui- era muy difícil el apostolado universitario. Los estudiantes de dieciocho, veinte años ya no eran tan susceptibles a la vocación como en la década de los cuarenta o cincuenta."

Por ello, y en consonancia con la edad a la que la mayoría de los jóvenes se hacen de la Obra, quince, dieciséis años, se decide abordar decididamente el terreno de la enseñanza no universitaria. La fórmula elegida no es ya la obra corporativa, que responsabiliza totalmente a la institución, sino la sociedad auxiliar.

A primeros de los años sesenta se crea la sociedad "Fomento" de centros de enseñanza, a cuyo frente se coloca a un experto gestor, Vicente Picó, numerario, que era secretario general del "Banco Popular". Las acciones de la sociedad se abren a la suscripción de padres de familia interesados en que haya ese tipo de colegios, y así nace una red, que termina cubriendo la mayoría de las ciudades españolas, en la que estudian hijos e hijas de supernumerarios y amigos.

La red de colegios de "Fomento" se convierte en el equivalente contemporáneo de lo que antes hacían los jesuitas y otras organizaciones especializadas en la educación de la burguesía. Muchas familias que no son del Opus Dei envían a sus hijos a esos colegios en los que se ensalza la moral tradicional en el clima español de creciente libertad de costumbres. Los colegios de "Fomento" no practican la coeducación y se convierten en lugar natural de reproducción de las clientelas opusdeístas.

La disminución de la edad en los candidatos a numerarios da pie también a la creación de una red paralela de clubs infantiles y juveniles, de ambos sexos, que van sustituyendo, en la atención de los superiores, a aquella red de residencias universitarias que se crearon en los años cuarenta y cincuenta.

La operación educativa se exporta al extranjero, notablemente a América Latina, en donde miembros del Opus Dei abren residencias de estudiantes, colegios y clubs infantiles y juveniles desde los últimos años de la década de los cincuenta. México, Perú, Chile, Colombia,

Venezuela, son países en los que colegios y Universidades del Opus Dei sirven a una clientela burguesa, que aspira a educar a sus hijos en la tradicional doctrina católica, crecientemente abandonado por otras organizaciones eclesiásticas. El Opus Dei, en España, como en América, ocupa el papel de los jesuitas y, como ellos en su día, sufre los conflictos y acusaciones derivados de mantener una educación elitista y conservadora. Ello se agudiza con la creación de una red de escuelas de hombres de negocios, que, a semejanza y con el apoyo del IESE barcelonés, acoge, relaciona e intercomunica a los actuales y futuros ejecutivos de la economía latinoamericana, cuya adhesión a las corrientes liberealizadoras y de mercado es tan concluyente como esa otra censura intelectual y doctrinal que los superiores de la Obra practican en sus centros de enseñanza.

El caso de la Universidad de Piura, en el Perú, es paradigmático. Abierta en 1968 para satisfacer las necesidades de la burguesía norteña, que otras instituciones religiosas, jesuitas incluidos, no quisieron afrontar, se enfrenta desde el primer momento con las circunstancias apostólicas y sociales de una tierra que fue cuna de la teología de la liberación.

Escrivá, quien también se autonombró Gran Canciller de la empresa, dando lugar a malentendidos entre los mismos benefactores peruanos, fue particularmente estricto en preservar incontaminada a la Universidad de Piura de las nuevas corrientes. Una anécdota es ilustrativa al respecto. El obispo de Piura, monseñor Hinojosa, había conservado en su poder un donativo del cardenal Cushing, arzobispo de Boston, de veinticinco mil dólares, que le había entregado para propiciar la fundación de la deseada Universidad católica piurana. Cuando llegaron los hombres del Opus Dei, monseñor Hinojosa no dudó en entregarles ese dinero, junto con su total apoyo al nuevo centro. Abierto éste, una de las primeras consignas de Escrivá fue el que no se permitiese la entrada a sacerdotes diocesanos en la Universidad de la Obra, y, en ningún caso, a título de profesores. Llevar tal mensaje al obispo Hinojosa fue uno de los peores malos ratos que pasaron los hombres del Opus en el Perú.

5. IDEOLOGÍA Y ESTRATEGIA

La idea del catolicismo que Escrivá difundía entre sus jóvenes en los años treinta no era en absoluto distinta a la del catolicismo oficial de entonces. Lo distintivo era su carisma personal, su manera de tratar a la gente, tan alejada de la distancia habitual que utilizaba entonces el mundo eclesiástico.

"Desde la perspectiva de mis años mozos -comentó Fisac-, yo veía al Padre con una gran personalidad, nos hablaba de santificación personal en la vida laica, cosa nueva para mí en aquel entonces, y de responsabilidad en la recristianización del mundo.

"El Padre tenía la firme convicción de que Dios le había llamado para arreglar la situación de la Iglesia. Y eso lo decía cuando, al mismo tiempo, apenas tenía dinero para pagar las facturas y estaba rodeado de cuatro chicos como yo."

Miguel Fisac se está refiriendo al año 1935.

La originalidad del pensamiento de Escrivá no estribaba, pues, en su teología, sino en la manera de concebir su apostolado.

"En la residencia de Ferraz no se hablaba de doctrina sino de sacrificio y piedad personal, de entusiasmo y sobre todo de devoción al Padre, a su misión -comenta Fisac-. Apenas había libros religiosos, y los pocos que tenía el Padre en su cuarto eran las tradicionales obras de santa Teresa, san Juan de la Cruz; el catolicismo español clásico.

"Desde el principio, nosotros teníamos claro que lo nuestro era una cosa original, revelada por Dios al Padre. Por eso se enfadaba tanto cuando veía que alguien trataba de copiarle y le molestó mucho que los hermanos Pons trataran de hacer que las autoridades eclesiásticas les aprobasen algo parecido a lo de él.

"Resulta decepcionante comprobar -resume Fisac- la evolución de la Obra hacia posiciones retrógadas, opuestas a aquel aire de renovación evangélica que era lo más atrayente del Opus Dei, en aquellos tiempos de Ferraz, 50. Aquello tenía un aire tan diferente que incluso llegó a inquietarle a un chico católico, de corte tradicional, cuando visitó la casa por primera vez. Él comentó después: "Cuando vi aquel ambiente me alarmé, pero al comprobar que había una imagen de Nuestra Señora pensé, por lo menos creen en la Virgen."

Escrivá editó en los años treinta un pequeño libro, "Consideraciones espirituales", que sirvió después como base para la redacción de Camino. La doctrina contenida en ellos constituía una apelación a la juventud católica para alistarse en una cruzada temporal de cristianización de la sociedad con cuatro características fundamentales que formaban el nervio de su predicación desde el comienzo hasta los años cincuenta, en que el mensaje quedó oculto por las otras preocupaciones:

a) Se trataba de constituir grupos selectos. La idea de reclutar a las mejores cabezas, a las más firmes voluntades, el propósito de formar caudillos, estaba en la base de la ideología de Escrivá y puede rastrearse a lo largo de sus escritos.

Era una herencia de la vieja tradición eclesiástica del cultivo de las élites pero acomodada a la circunstancia. "El Padre nos metió en la cabeza la preocupación por la selección y desde el primer momento comprendimos que, antes de atraer a un nuevo socio a la Obra, había que asegurarse de que fuese de los mejores, y antes primaban los estudios y virtudes humanas que la piedad", subraya Fisac.

b) La lealtad al superior, simbolizada en la obediencia y reverencia a Escrivá, era otra pieza clave. Docenas de puntos de Camino se refieren a la naturaleza jerárquica del apostolado, en una especie de mezcla de la tradición eclesiástica del mundo unipersonal con la identificación sobrenatural del jefe como encarnación de Jesucristo, de Dios. "El Padre se veía a sí mismo como un mandatario divino cuyo mensaje y orientaciones nosotros debíamos aceptar sin la menor crítica y con la máxima fe -sigue Fisac-. Llevarle la contraria era impensable porque él estaba seguro de que sus planteamientos no eran suyos, eran de Dios y no cabían ni variaciones ni matizaciones."

c) La mezcla de lo espiritual con lo temporal. Típica del catolicismo convencional, la doctrina de Escrivá identificaba la felicidad temporal, la buena marcha de los pueblos y las familias, con la observancia de la doctrina cristiana. En ese sentido, la ideología del Opus no vacila, en negar la autonomía de lo humano cuantas veces las opciones individuales plantean hipótesis de comportamiento que puedan alejarse de la interpretación eclesiástica autoritaria del mismo. No hay en Escrivá ningún atisbo de respeto por el libre juego de voluntades, por lo que en aquella época podría entenderse por democracia, y en el fondo de su argumentación habita un modelo de sociedad orgánica, jerárquica y autoritaria.

"Las ideas patrióticas y religiosas surgidas en la guerra civil española las aceptaba en tanto en cuanto se orientaran en su misma dirección, pero las consideraba muy alicortas -insiste Fisac-, y mientras escribía Camino, en Burgos, y nos comentaba sus puntos, se llenaba de esperanza en un futuro universal que nos describía como algo así como lo que luego se ha dado en llamar la reserva espiritual de Occidente."

d) La vocación de los miembros del Opus a los más altos cargos de aquella sociedad, desde donde deberían ejercer una dirección, un control de las masas muy semejante al despotismo ilustrado de algunas utopías cristianas.

Esa ideología estaba contenida en un adoctrinamiento que recibían los socios, junto a grandes dosis de prácticas ascéticas, de renuncia a la propia voluntad y en un clima de camaradería, de fraternidad, que contrastaba con otras organizaciones de la época, más clásicas.

En confidencias a sus fieles de la primera hora, 1935-1936, el joven Escrivá iba desgranando su estrategia apostólica, que Fisac recuerda y ordena en cuatro metas:

a) La intelectual. A ella daba primacía en los primeros tiempos. Se trataba de la cristianización de la ciencia. La frase más repetida de Escrivá en arengas y escritos, era que había que situar a una "nueva aristocracia de la inteligencia en la cúspide de todas las actividades humanas".

b) La económica. Escrivá explicaba a sus hijos los males que se deducían del control judío y americano de las finanzas internacionales. Para contrarrestarlos, había que promover a católicos bien preparados, a los puestos de la Banca.

c) La política. Contrariamente a la estrategia vaticana de la época, de crear partidos confesionales apoyados por la jerarquía eclesiástica. Escrivá era partidario de que sus hijos se introdujesen, uno a uno, en partidos o tendencias distintas, desarrollando una actividad aparentemente personal, aunque coordinada desde la Obra. "Llegaréis a enfrentaros públicamente los unos a los otros." Fisac recordaba esa estrategia años más tarde, con motivo de la sucesión al franquismo y, en concreto, a las tendencias por conseguir el control ideológico del diario "Madrid", entre los mismos opusdeístas.

d) La eclesiástica. "Me acuerdo que un día, poco después de la guerra, el padre Escrivá me comentó como distraídamente: gris, negro, morado, rojo, blanco.., gris. Yo le pregunté con curiosidad: "¿Quiere usted decir que será Papa?" Y él me contestó sonriente: "No digas tonterías.""

El padre Escrivá figuró de manera prominente en varias ternas de las que, conforme al estilo tradicional, presentaba el Gobierno español al Vaticano para el nombramiento de obispos. Cuenta Antonio Pérez que, molesto el padre Escrivá porque nunca salía, preguntó las razones a su compañero del Consejo de Estado y ministro entonces de Asuntos Exteriores, Martín Artajo, quien le confirmó que la exclusión de Escrivá no había sido obra del Gobierno español, sino del Vaticano.

Según otra interpretación, el interés de Escrivá por ser obispo no se debía a nada personal sino a su estrategia de que la Obra fuera organizada como una diócesis personal, tal y como finalmente ha sido reconocida por el Papa Wojtyla:

"Con el paso del tiempo -comenta Fisac- yo me di cuenta de que esas estrategias se iban cumpliendo, excepto una, la que se consideraba principal, el apostolado de la inteligencia. Yo no tenía de ninguna manera vocación religiosa. Estaba muy claro. Pero tenía una preocupación y un gran deseo de colaborar generosa y desinteresadamente. Creía que me iba a encontrar con ese apostolado de la inteligencia, llevado a todos los campos del saber y de la creación artística, no con un compromiso puramente ascético y religioso."

El tema del conflicto entre la dedicación libre e intensa a la ciencia y las necesidades y estrategias del apostolado se plantea casi desde la primera hora.

"En mi opinión, el padre Escrivá, que no era un intelectual -subraya Fisac-, no se daba cuenta de las profundas implicaciones que lleva consigo una verdadera dedicación a la ciencia. Él tenía una idea exclusivamente instrumental de esa dedicación, y, cuando, más adelante, se comprobaron las consecuencias prácticas de la libertad de pensamiento y de la vocación científica, la poca gente de la Obra que se dedicaba en serio a ello abandonó la institución o sus preocupaciones intelectuales."

Pero en el Opus Dei de la primera hora no había todavía análisis profundos ni criticismos. Su atracción juvenil se basaba en las circunstancias de la época. Así lo cuenta Antonio Pérez:

"Yo entré en el Opus Dei en el año 1940 y considero que la Obra prosperó más que los demás

grupos religiosos de la posguerra, que hacían apostolado entre jóvenes de clase media, porque respondía mejor a las aspiraciones de éstos. ¿Qué ofrecían los demás? En los ambientes universitarios de posguerra la Acción Católica y organizaciones similares se consideraban blandengues. Como decía un compañero mío, mucha piedad, poco estudio y nada de acción. Después de la guerra la gente quería algo que tuviera más garra y el Opus Dei ofrecía la clase de llamada que por entonces deseábamos los universitarios católicos idealistas, aquello de la Falange de mitad monjes, mitad soldados.

"Muchos de los que entramos en la Universidad de la posguerra queríamos empezar una etapa completamente nueva, en nuestra vida y en el país. Queríamos hacer algo importante, una España grande, nos habían metido en la cabeza todo aquello de la Hispanidad y del Imperio hacia Dios. Ahora comprendo que parte de aquel fervor religioso era falso, pero las iglesias estaban llenas y la religión era un título de legitimación social. En los jóvenes se mezclaba la religión, el patriotismo y la austeridad. Por contar un detalle, en la Universidad de Valencia, a las doce de la mañana, se escuchaba por los altavoces el rezo del Angelus, una operación de la que estaba encargado José Manuel Casas Torres, director de "Radio Valencia" y miembro de la Obra. Entonces, en aquel ambiente, llega una institución que, con mucho misterio, con prohibición absoluta de hablar de ello, te plantea el que tú has sido elegido por Dios, que puedes ser santo, que vamos a hacer la reconversión al cristianismo de la ciencia, reclutando a las mejores cabezas, con una disciplina militar.., y aquello prendió en bastante gente, sobre todo entre la que no tenía simpatías por la Falange, que también decía algo parecido. Por otra parte, aquello presentaba un modo de vida más atractivo que el de los religiosos. Lo de ser laico, estar en medio del mundo, representaba un atractivo adicional. Por eso, creo, el Opus Dei prendió en seguida y ya en 1942 había casas en Madrid, Barcelona, Valencia, Valladolid y Sevilla. Tanto, que se produjo la reacción de los jesuitas.

"El padre Vergés, director de la Congregación Mariana de Barcelona, amenazaba con la expulsión a cualquiera que asistiese a algún acto de la Obra y hasta se llegó a redactar en el Opus Dei una especie de "Libro blanco" de las persecuciones de que éramos objeto, que terminó retirándose para evitar filtraciones."

Junto a los jesuitas, los falangistas. El padre Escrivá atribuía la persecución a las manías de Pedro Gamero del Castillo, que había frecuentado la residencia de Ferraz y del que decía había copiado de la "cruz de palo" del oratorio la idea de la Cruz de los Caídos, recuerda Antonio Pérez.

Como es sabido, la primera estrategia apostólica fue colocar a miembros del Opus Dei en la Universidad y en el recién creado Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y pronto se escucharon las críticas respecto a la benevolencia ministerial respecto a los opusdeístas.

"Pero los miembros de la Obra de aquel entonces -puntualiza Antonio Pérez- no eran peores que el resto de los postulantes. Quizá la excepción sería la cátedra de Historia del Derecho, donde, con la protección de fray José López Ortiz, se colaron algunos de menor talla. Pero había gente muy estudiosa, e incluso especialmente dotada como Paco Ponz, Salvador Senent o Alberto Sois, aunque es verdad que los que se tomaban en serio la ciencia terminaban marchándose de la institución.

"El problema -continúa Antonio Pérez- es que el padre Escrivá no era un intelectual y tenía una idea instrumental de la ciencia. Su predicación de que había que poner a Cristo en la cumbre

de las actividades humanas se traducía en conseguir cátedras como fundamento del apostolado con jóvenes universitarios. En cuanto se producía algún conflicto entre la dedicación profesional y la dedicación a las cosas de la Obra, él lo zanjaba a favor de lo segundo y tomaba a mal espíritu el que algunos resistiesen semejante política.

"No hay que olvidar que en aquellos grupos de gente joven de las ciudades donde se ejercía el apostolado, los que eran algo mayores, que solían ser los que habían sacado las cátedras, tenían que ocuparse además de organizar el apostolado, dirigir espiritualmente a los demás y llevar la gestión material, aunque fuese mínima, de aquellas casas.

"El clima que se respiraba era de indudable austeridad y buena fe, de modo que la primera etapa, la del apostolado de la inteligencia, ofrecía ejemplo tras ejemplo de jóvenes bien intencionados, sacrificados, que creían en lo que hacían, influidos naturalmente por el ambiente intelectual y político de la España de la posguerra.

"Recuerdo muy bien el ambiente de María de Molina, una casa que pusimos en 1943 en esa calle madrileña y en la que vivían los que preparaban oposiciones. Era de una sobriedad manifiesta; la gente se pasaba la vida rezando y estudiando y los únicos consuelos eran las tertulias amenizadas por unos higos que, en buena cantidad, nos regaló un pariente."

La ideología de la Obra en aquella época era un trasunto del ascetismo y la espiritualidad religiosa más clásicos en la tradición española. Junto a la palabra del fundador, aún presente en España y que recorría constantemente sus casas, estaba aquel resumen del buen espíritu, Camino, con el que meditaban todos los socios y amigos. La mezcla de sometimiento personal y sentido de empresa que rezuma todo aquel mensaje, y que ya ha sido suficientemente analizado por especialistas, muestra bien a las claras el resultado de un proceso de conversión de Escrivá a la causa de la militancia católica con motivo de su estancia durante la guerra en Burgos, donde redactó Camino.

Como es sabido, Camino es la segunda versión de una obrita que Escrivá había escrito antes de la guerra titulada "Consideraciones espirituales", que se inscribía en el género de consejos para fieles tan frecuente en la actividad apostólica de los sacerdotes de la época. La comparación entre uno y otro texto revela bien a las claras la transformación de un celo por el perfeccionamiento espiritual de sus lectores en una cruzada a la que anima a enrolarse a éstos, también en la tradición del nacionalcatolicismo tridentino, aunque matizada por un empeño especial en oponerse a los enemigos intelectuales de la cristiandad.

En esos años están también fechados dos documentos internos, que aunque luego sufrirían modificaciones, reflejan la misma mentalidad. Uno es la "Instrucción sobre el espíritu sobrenatural de la Obra" y el otro es la "Instrucción de san Gabriel", en la que se ponen los cimientos del apostolado con casados, esos supernumerarios que más tarde habrían de desempeñar un papel importante en la política y en las sociedades auxiliares.

Sobre este tema, y en particular sobre la afirmación de Camino de que "el matrimonio es para la clase de tropa", se generó en aquellos años una discusión con sacerdotes y encargados de asociaciones de fieles que reprochaban al Opus un elitismo basado en el celibato, una glorificación de la soltería que no casaba bien con el apostolado más universalista de las otras organizaciones. El reproche tenía también su fundamento en la crítica sobre la figura del numerario, un laico de entrega total, que no era religioso, pero que vivía como si lo fuera.

"El padre Escrivá -cuenta Miguel Fisac- hacía hincapié en que nosotros no teníamos nada que ver con frailes ni monjas y quizá para subrayarlo mejor, ponía de relieve tanto el escaso pragmatismo de los religiosos, obligados a curiosas prácticas para sobrevivir, como la mayor funcionalidad de nuestra forma de vida para cristianizar a la sociedad."

Sin embargo, en aquellos años de posguerra, y salvo el hecho de la dedicación a la Universidad, que por otra parte, hacían también algunos religiosos y religiosas, la vida cotidiana de los numerarios de la Obra se parecía mucho a la conventual y había tantas prohibiciones con respecto a la vida civil, como no ir a fiestas donde pudiera haber mujeres, ni a cines ni a teatros, que los jóvenes del Opus sufrían constantes malinterpretaciones y críticas de parientes y amigos.

Por otra parte, la espiritualidad que predicaba Escrivá contenía una dosis más que suficiente de renuncia al mundo en su versión religiosa tradicional, y los libros que, aparte de Camino, eran recomendados a los nuevos socios eran muy parecidos a los que jesuitas, dominicos, aconsejaban a sus neófitos. Por ejemplo, los votos de perfección estaban muy fundados en aquel libro de san Alfonso María de Ligorio, que circulaba por los seminarios y los conventos de la época.

Quizá como compensación, y desde luego para controlar las urgencias de la carne joven, Escrivá, como tantos otros clérigos de entonces, aconsejaba a sus hijos la práctica del deporte, que en aquella España de la posguerra era básicamente el fútbol, aunque algunos, los de mejor origen social, practicaban el montañismo. Rafael Termes, Alfonso Par y otros jóvenes catalanes, salían muchos domingos de excursión, aprovechando esa circunstancia para intimar con amigos a los que deseaban encauzar hacia la Obra.

La estrategia del apostolado en esos tiempos era muy sencilla. Había que aprovechar el paso por la Universidad para seleccionar a las mejores cabezas. Camino está lleno de consejos de cómo "enganchar las inteligencias". Pocos universitarios de las ciudades donde actuaba la Obra pueden negar haber sido invitados a un círculo, una sabatina, unos ejercicios, una conversación con un cura del Opus. La obsesión por crecer en número, necesaria para poner en marcha los ulteriores planes de Escrivá, se convirtió en ideología sustentadora de la vocación a la Obra.

"Realmente todo estaba subordinado al proselitismo -recuerda Antonio Pérez-. Rezar, estudiar y hacer proselitismo era la constante de nuestra vida y para los que tenían responsabilidades internas, cuidar de que aquello fuera posible."

La creación del centro de estudios para la formación de numerarios en Diego de León, 14, en 1941, y la adquisición de la finca de Molinoviejo, en Segovia, algo más tarde, pusieron las bases para la estrategia de adoctrinamiento de numerarios, que dedicaban a ello un mes del verano, seis días seguidos del invierno y una porción de domingos. Algunos, los que estaban en Diego de León, tenían una dedicación preferencial a esa labor.

El adoctrinamiento tenía sobre todo que ver con el control de la voluntad, el sometimiento del cuerpo y de la mente al superior, y con el celo apostólico. "Rendir el juicio", lograr la máxima disponibilidad para la obediencia, en la más pura tradición jesuítica, era probablemente el resul-

tado más aparente del período de formación. Y las circunstancias del ambiente favorecían semejante comportamiento porque en la España de los años cuarenta las oportunidades de tener una independencia de juicio religioso, incluso para la gente no sometida a tales ejercicios, era mínima.

El esquema del nacionalcatolicismo imperante inducía también a esos maratones de ascetismo y obediencia en los que consistía la vida de los numerarios de la Obra, cuyo comportamiento, aun en sus más mínimos detalles, estaba controlado por los superiores, quienes, a su vez, rivalizaban en obtener, cara al padre Escrivá, resultados mejores, tanto en lo relativo a la observancia como en lo tocante al omnipresente apostolado.

La relación entre ambas facetas quedaba simbolizada por la celebración de la fiesta de San José. El 19 de marzo los numerarios renovaban en voz alta sus votos de pobreza, castidad y obediencia, durante la misa, y el día anterior se celebraba otra ceremonia, conocida como lista de San José, en la que todos reunidos discutían los méritos y deméritos de los candidatos a "pitar" durante el año, que cada uno presentaba y se comprometía a tratar, quedando como comprobante la citada lista escrita, que se guardaba en un sobre para abrirla en la próxima fiesta de San José. La alegría era grande, obviamente, cuando en esa fiesta estaban presentes algunos de los que el año pasado figuraban como "pitables" en la lista del año anterior.

Muchas personas, no pocos socios, recuerdan con cierto espanto la intensidad del "trato" al que eran sometidas en razón a aquellos compromisos. En la ingenuidad y el fanatismo de los socios más activos se trataba de cercar al candidato en cuestión y no dejarle en paz hasta que se rindiera. Los forzamientos de voluntad al respecto eran constantes y sólo el buen sentido de algunos superiores impedía flagrantes excesos.

La versión de Raimundo Panikkar de aquella primera hora es complementaria aunque algo distinta de las de Miguel Fisac y Antonio Pérez.

Panikkar conoció al padre Escrivá recién regresado de Alemania. Sus antecedentes biográficos explican en cierto sentido la peculiaridad de su caso. Su madre, perteneciente a la burguesía catalana, era una católica profunda y muy abierta. Su padre, un aristócrata hindú, le transmitió, con sus palabras y con su ejemplo, una gran tolerancia, un sentido de relativización junto a una profunda espiritualidad. Se educó con los jesuitas de Barcelona, aunque en la fórmula republicana de la academia laica de Sarriá. Desde muy joven tuvo una tendencia religiosa, metafísica. Su idea de la religión, sin embargo, no era dogmática. Las religiones, decía, no tienen el monopolio de la religión, sino que representan aquella actitud de ultimidad capaz de encarnar lo mejor y lo peor en la historia individual y colectiva de la Humanidad, como prueba la misma Historia. Perteneció desde muy pronto, y siendo estudiante de la Universidad Autónoma de Barcelona, antes de la guerra española, a los Jóvenes Cristianos de Cataluña. Al llegar la guerra y correr cierto peligro por su significación católica y burguesa, salió de España, aprovechando la nacionalidad inglesa de su familia. Pasó los tres años en Alemania, donde dio rienda suelta a su pasión por el conocimiento y estudió Física, Matemáticas, Filosofía y Teología.

Pannikar sufría sabiendo que sus amigos unos habían muerto, otros estaban heridos y, aunque era pacifista, aquella contienda entre hermanos contribuyó en cierto sentido a que se acentuaran los barruntos de "vocación sacerdotal" que significaba para él una puerta por donde entrar en lo sagrado. Volvió a España en el verano del 39, pensando en regresar de nuevo a Alemania a recoger su título universitario cuando estalló la guerra mundial. Por aquel entonces Alfonso Balcells, a quien había conocido en la Congregación Mariana, le habló con gran misterio de una persona, que resultó ser el padre Escrivá, al que le presentó en diciembre, el mismo

día 31.

Más adelante, Calvo Serer y Amadeo de Fuenmayor fueron a verle y le explicaron la Obra en clave de apostolado intelectual. Se trataba de una solidaridad espontánea, sin lazos ni vínculos jurídicos.

Parece que la estrategia del Opus en Barcelona con Panikkar tenía acentos singulares.

Panikkar por aquel entonces no escribió ninguna carta pidiendo la admisión, ni se trataba de vivir juntos. No se formaba asociación alguna. Más bien, y por mucho tiempo en Barcelona, la idea era que cada cual estuviera en su casa, en su ambiente. Cuando se alquiló aquel pisito en Balmes, que lo fue a su nombre, la razón fue la de poder reunirse. Nadie dormía habitualmente allí. Alguna vez lo hacía Rafael Termes, que vivía en Sitges. En todo caso durante aquellos primeros años, cada uno estaba en lo suyo: Panikkar rehízo sus títulos universitarios y empezó a trabajar en la fábrica familiar.

El establecimiento del centro de estudios en Diego de León significó un cambio cualitativo. Tuvo que trasladarse a Madrid para compartir una época de más solidaridad, de más formación. Y con la excusa de terminar Filosofía en la Facultad madrileña solicitó el apoyo familiar para su traslado. En Diego de León se dio cuenta de que aquello era distinto, aunque lo asumió todo, sin darle demasiada importancia. La vida puede vivirse en todos los ambientes, según su peculiar filosofía, y aquél era uno de ellos.

La vida ascética no asustaba a Panikkar. Se levantaba a las cuatro para estudiar griego y seguía con sus reflexiones teológicas, aunque sin interlocutor. El clima intelectual le parecía inexistente, se trataba de una operación de fortalecimiento de la voluntad, de obediencia, pero nadie le daba más razones para hacer aquello que la pura expansión de la Obra. Era el dominio de la praxis. En Diego de León se trataba de fortalecer la voluntad, no la inteligencia.

Después de un primer año volvió a Barcelona y continuó el trabajo profesional unos años más. En 1945 Escrivá le propone el sacerdocio. Ello le pareció congruente con sus primeros deseos, y volvió a Diego de León, donde se prepararon los seis de aquella segunda tanda de sacerdotes del Opus Dei. Sin embargo, con aquel motivo, se reprodujeron todas las hipótesis. Las cosas que se estudiaban, las clases que se daban, eran una especie de barniz clerical que apenas tenía que ver con la filosofía ni la teología, y que los demás asumían como algo inevitable para la ordenación.

Cuando Panikkar le confiaba a Pedro Casciaro, el director de la casa y uno de los ordenandos, su preocupación por los aspectos intelectuales del apostolado y la parvedad de la doctrina que se daba, Casciaro lo tomaba a broma. "No vengas con monsergas", decía, y le aconsejaba no preocuparse de teorías y concentrarse en la observancia.

La personalidad de Panikkar se desarrollaría congruentemente en el ejercicio del sacerdocio.

Contrariamente a los otros cinco de la promoción, que tenían básicamente funciones de gobierno, Panikkar se dedicó solamente al ministerio sacerdotal. Aunque era capellán del "Colegio Mayor la Moncloa", recién abierto, dirigía espiritualmente a mucha gente, hombres y mujeres, de dentro y fuera de la Obra y dio en ese período un par de centenares de ejercicios espirituales. Al mismo tiempo seguía estudiando e intentaba relacionarse con el mundo de la cultura en Madrid y Barcelona. En un momento determinado, García Morente, profesor de Filosofía de la Central, le propuso colaborar con él, dedicarse a la docencia, e incluso fue a ver al padre

Escrivá para hablarle de la conveniencia de que Panikkar se dedicara al apostolado de la inteligencia, forma de decir que debería aspirar a la cátedra de Filosofía. El padre Escrivá le dijo que no, y luego comentaba en las tertulias que "a nosotros no nos interesan las cátedras", cuando se estaba en plena efervescencia por ganarlas. Con el tiempo Panikkar supo que los planes que se tenían sobre él eran de otra índole. Él era el único pasaporte británico de la Obra y se había pensado utilizarle en la expansión internacional. Quien al principio se enfadó cuando se ordenó fue Zubiri, con quien Panikkar había estudiado en Barcelona y que estaba dispuesto a apoyar una futura dedicación filosófica suya.

Llega un momento en que, con motivo de las muchas peticiones que tenía para dar ejercicios y conferencias, en el Opus Dei se dan cuenta de que el protagonista es Panikkar y no la institución. Comienza a haber gente universitaria que hace la distinción entre Panikkar y el Opus, y entonces el Padre decide mandarle a Salamanca. Allí siguió haciendo lo mismo pero en una órbita más reducida, lo cual le dejaba más tiempo para estudiar. Era la época de la expansión de la Obra a provincias, una expansión básicamente masculina, aunque el carácter voluntarista, ascético, casi cuartelero, que vivían los numerarios de Escrivá comenzó a suavizarse con la correlativa promoción de la sección femenina.

Escrivá había dicho al principio que en su fundación no habría mujeres y así se había comportado durante cierto tiempo.

"Pero el 14 de febrero de 1930 -cuenta María del Carmen Tapia-, al decir misa en el oratorio privado de Sol Casanova, una marquesa madrileña, Dios le inspiró la fundación femenina. Yo no os quería. Casi os tenía miedo. Empecé la misa sin saber nada y acabé sabiéndolo todo."

"Parece que las primeras mujeres de las que se rodeó Escrivá no le entendieron y después de la guerra -precisa Fisac- el Padre decidió comenzar otra vez, con las hermanas de los que entonces éramos numerarios o amigos."

Como justificación había, entre otras razones, los problemas de intendencia, de administración de la casas de varones.

Escrivá no asumió la tradicional división frailuna entre profesos y legos, con los que el mundo religioso masculino resolvía los problemas domésticos de monasterios y conventos y, aunque en alguna pintoresca nota de los comienzos, luego derogada, preveía que los oblatos prestaran ciertos servicios domésticos a los numerarios, que debían ser reciprocados por éstos, necesitaba a las mujeres, en la tradición de su casa propia y de la pensión de Ferraz.

Junto a las numerarias, pronto se admitieron en la Obra a otras mujeres que hacían la limpieza por vocación, y que según las Constituciones, son y se llaman sirvientas, aunque luego se les cambió el nombre a numerarias auxiliares. Esta vocación al servicio doméstico arregló los problemas materiales de los varones en cuyo adoctrinamiento no figuraba la autosuficiencia, muy en la línea de la clase media y alta española.

El siguiente paso fue la adopción de un estilo doméstico calcado de la aristocracia bilbaína.

"El Padre -cuenta Miguel Fisac- había quedado muy impresionado por el estilo y la distinción de la casa de Carito, marquesa de Mac Mahon, madre de Pedro Ibarra, que había estado con

Pedro Casciaro y Paco Botella en las oficinas del general Orgaz en Burgos. Carito le invitó a su casa de Bilbao y allí, Escrivá, de condición social modesta, fue seducido por los modos de organización doméstica de la marquesa."

Escrivá adoptó entonces para las casas de la Obra todas aquellas formas, el modo de servir la mesa, el atuendo de las sirvientas, etc., y, con ese estilo, organizó la atención femenina a las casas de los numerarios.

Las condiciones para el ingreso de las mujeres fueron muy distintas a las de los hombres, pues aunque Escrivá sostenía que también ellas ejercerían profesiones civiles y harían apostolado intelectual, en la práctica, la mayoría se dedicaban a la administración doméstica. "Las mujeres, basta que sean discretas", decia.

"En los primeros veinticinco años había pocas vocaciones en la sección femenina -afirma María del Carmen Tapia-. Por ello, y por la demanda de administraciones domésticas, sólo unas pocas podían ejercer su profesión. Pero con las fundaciones de Estados Unidos, México, Venezuela, Colombia y Chile, se vino una realidad encima de la Obra; que las mujeres en esos países eran auténticas profesionales y ello hizo que hubiera más vocaciones entre las mujeres. Los hombres tuvieron que dedicarse, por ejemplo en Venezuela, a hacer apostolado con niños muy pequeños y esperar años antes de salir a flote. Los mayores fueron enviados en seguida al colegio romano y, cuando regresaron al país, ya no podían trabajar como profesionales sino como sacerdotes, y esto dentro del Opus Dei. "

La situación económico-social de la España de la posguerra permitió una rápida floración de vocaciones de sirvientas que, adoctrinadas por las numerarias, adquirían pronto la docilidad y el estilo deseado. La finca de Molinoviejo, a la vez que casa de ejercicios, se convirtió en centro de formación de sirvientas, que iban poblando las casas de numerarios a medida que se abrían en una fórmula de separación estricta, pero de servidumbre absoluta, de gran eficacia para el desarrollo de la actividad masculina.

"La administración perfecta ni se ve ni se oye. Están como a mil kilómetros de distancia", eran frases de Escrivá definitorias de la situación que figuraban, con muchos otros detalles, en el documento llamado Reglamento interno de las administraciones.

"Las sirvientas, que desde 1965 se llaman numerarias auxiliares -cuenta Tapia-, dentro de la Obra son llamadas también nuestras hermanas pequeñas. Su régimen es infantil. Una señorita numeraria está con ellas en todo: tertulias, trabajo, comidas. En la formación de las numerarias hay una frase repetida:

"A las sirvientas nunca solas; no me las dejéis solas nunca, NUNCA", gritaba Escrivá.

"En Estados Unidos -prosigue Tapia- tuvieron que suplir a las sirvientas españolas por mexicanas porque las españolas se estropeaban, aprendían que el servicio doméstico se podía hacer con mayor dignidad y, sobre todo, con mayor libertad, sin aquella sujeción infantil."

El servicio doméstico del Padre ha sido objeto de una hagiografía esperpéntica que cuentan en

voz baja antiguas asociadas. Escrivá tenía más cerca de sí a dos o tres mujeres que constituían su administración personal, y con las que viajaba. Su dieta de diabético le hacía sufrir porque le encantaba comer y beber bien. Le gustaban mucho los huevos fritos. En las casas por donde iba se extremaban las atenciones. Había frutas, muchas naranjas, aunque no fuese la estación, por si el Padre pedía un jugo, docenas de cajas de bombones, por si le apetecía uno, cajas de vino de marca "que si sois discretas y pillas, me serviréis en jarra". El perfeccionismo doméstico debía llegar al máximo con el padre quien, a veces, echaba las correspondientes broncas. En una ocasión pidió la séptima tortilla porque las seis anteriores no estaban a su gusto. Escrivá fue también buen anfitrión romano de eclesiásticos y amigos. Cuentan que, en una ocasión, pidió a la sección femenina que le regalasen una sopera tal que, al verla, los cardenales no tuvieran más remedio que decir: "¡Ah! Sus fieles hijas viajaron a un anticuario de Sevilla para darle gusto."

Con las ventajas de organización y atención producidas por la fundación femenina se consolidó la expansión inmobiliaria.

La idea era que hubiese casas de numerarios o residencias de estudiantes en todas las ciudades que tuvieran Universidad. Allí comenzó un peregrinaje, propiciado por los destinos de los catedráticos numerarios que, cuando llegaban a la ciudad respectiva, se ponían en seguida a la tarea de buscar casa o iniciar los planes para una residencia, dependiendo de las posibilidades económicas y de apoyo. Barcelona, Valencia, Granada, Santiago y Bilbao fueron lógicamente las capitales donde se concentró más rápidamente la expansión y allí se montaron las primeras residencias de nueva planta. Y así como las casas estaban a nombre de una sociedad civil, la Sociedad de Cultura Universitaria y Técnica, y los fondos centralizados a nombre de otra, Fomento de Estudios Superiores, las residencias fueron construidas y administradas mediante la creación de una inmobiliaria para cada caso, cuyas acciones eran suscritas por cooperadores y amigos o entidades tales como las Cajas de Ahorro en cuyas directivas había personas amigas.

De aquella época datan las primeras estrategias financieras y jurídicas, diseñadas casi todas por Ramón Guardans, un numerario con cierta experiencia profesional, que terminaría marchándose.

El problema principal era que la Obra como tal no podía tener bienes a su nombre, no sólo porque su naturaleza canónica estaba poco precisada cuanto porque Escrivá deseaba un planteamiento laico, civil, de sus realizaciones.

La solución fue crear sociedades civiles o mercantiles y tener en ellas la mayoría de las acciones o participaciones. Los títulos figuraban a nombre de socios de confianza quienes, a su vez, firmaban vendís en blanco que estaban en posesión de los superiores.

Tal comportamiento se complementaba ascéticamente con la obligación que tienen los socios numerarios de ceder la administración de sus bienes y de hacer testamento a favor de la Obra al realizar las ceremonias de votos temporales y perpetuos. En la práctica ello se llevaba a cabo de la misma manera, es decir, siendo los cesionarios y los derechohabientes otros socios de la Obra.

Este planteamiento fue el que se aplicaría más tarde a las sociedades auxiliares.

La expansión geográfica se hacía en condiciones de gran ascetismo. Con frecuencia el único ingreso de la casa era el sueldo del catedrático que vivía en ella. Muchas veces eran sólo dos

o tres estudiantes los que habitaban cada piso y prácticamente lo mismo se puede decir de las casas de mujeres. Para apoyar todo ese apostolado juvenil y abrir nuevas oportunidades, a comienzos de los años cincuenta, el padre Escrivá ordenó que comenzara en serio la obra de san Gabriel, es decir, el apostolado con personas mayores, la aceptación en el Instituto de socios casados.

"Ya antes de la guerra -cuenta Fisac- el Padre nos decía que habría también casados y que ellos constituirían una gran ayuda a nuestra labor, aunque sin dejar de subrayar que el nervio de la Obra, el centro, seguiríamos siendo los numerarios.

"Algunos de los que luego fueron los primeros casados, como Tomás Alvira, Víctor García Hoz, etc., ya entonces se dirigían espiritualmente con el Padre."

Lo que ocurrió cuando se intensificó la labor en los años cincuenta fue que los primeros supernumerarios eran reclutados también en el mundo donde actuaban los numerarios, principalmente en la Universidad, de modo que se tardaría cierto tiempo hasta que entraran candidatos de sectores más activos como el comercio, las profesiones económicas, los militares, que luego conformarían la mayoría relativa de este nuevo grupo de socios.

Los casados y las casadas tenían un modo de vida mucho más flexible que los numerarios. Su voto de pobreza, aparte del aspecto ascético, se traducía en una limosna mensual, la llamada aportación, aproximadamente el diez por ciento de sus ingresos. Aunque se aceptaban supernumerarios jóvenes, se tendía a reclutarlos después del matrimonio, algo que cambiarla con el tiempo.

El apostolado con mujeres y con casados empezó a modificar paulatinamente el ambiente de las casas de los numerarios y cierta parte de la estrategia general. Lo que antes tenía la máxima prioridad en confidencias, tertulias y 'reuniones, es decir, el proselitismo de numerarios, dejó paso, mas por la fuerza de los hechos que por una decisión corporativa, a la preocupación por los temas familiares propios de los supernumerarios. También se alteró la fisonomía y el tono de vida de las casas, con mejoras en el moblaje, decoración e incluso atuendo personal de aquellos primeros centenares de solteros que hasta entonces se concentraban en el estudio y en el apostolado universitario y que empezaban a asomarse a las profesiones y responsabilidades adultas.

Las tres novedades de la década de los cincuenta, la expansión fuera de España, la entrada en los negocios y la política y la participación corporativa en la educación, llevaron consigo un cambio de estrategia, que no siempre fue algo planificado, proyectado, sino, con mucha frecuencia, una reacción ante los acontecimientos sobrevenidos con ocasión de esas nuevas actividades y, sobre todo, una forma de resolver los conflictos y las incertidumbres planteadas por ellas.

Ya en los años cuarenta Escrivá había enviado expediciones a Portugal y Francia, pero fue en los cincuenta cuando se consolidó la expansión geográfica, generalmente apoyada con becas del Consejo de Investigaciones. El establecimiento de Escrivá en Roma favoreció la actuación en Italia. De hecho, los primeros socios numerarios no españoles fueron italianos y portugueses.

La expansión al extranjero se centralizó al principio en la casa de Diego de León, sede central,

desde la que Antonio Pérez enviaba hombres y pertrechos a las primeras fundaciones transatlánticas, primero de Estados Unidos y México en 1949 y más tarde de Argentina, Perú, Colombia y Venezuela.

Docenas de numerarios y numerarios españoles, en la vieja tradición misionera hispana, cruzaban el Atlántico y trataban de reproducir la Obra en los ambientes de clase media católica de aquellos países. Un buen apoyo al respecto lo constituyó la Universidad de Verano de La Rábida, en Huelva, controlada por Vicente Rodríguez Casado, numerario, catedrático en Sevilla, que ejercía de anfitrión de estudiantes latinoamericanos y cabeza de un grupo de numerarios que trataban de incorporarlos a la Obra. De esa manera entraron los primeros mexicanos, los primeros chilenos.

La expansión transatlántica se extendió poco a poco, a más países europeos, a base también de poner pequeñas casas, algunas residencias de estudiantes e introducirse entre las familias católicas. Fue en Europa donde, más adelante, encontrarían los hombres y las mujeres del Opus Dei más oposición eclesiástica a su apostolado, consecuencia de su alineación con las posiciones conservadoras con motivo de las contiendas que produjo el Vaticano II.

Un hecho interesante fue el otorgamiento, en 1955, al Opus Dei, de una prelatura de misión en Yauyos, en las montañas del Perú, que permitió la abertura de un nuevo frente y marcó también la versión internacional de un nuevo episodio del apostolado, la actuación con sacerdotes diocesanos, que eran invitados a entrar en la Obra en condiciones especiales.

A Yauyos fueron enviados algunos de los primeros curas diocesanos que se habían hecho de la Obra en España, a fin de remediar las tradicionales carencias eclesiásticas de aquellos países latinoamericanos.

La labor con sacerdotes diocesanos creó un nuevo frente de confrontación porque, con frecuencia, se producían conflictos entre la obediencia al obispo propio y el comportamiento exigido por la Obra. Había cuestiones de estilo apostólico, de formación doctrinal, etc., que, sobre todo en el clima de discusión propiciado por el Concilio, desencadenó nuevas confrontaciones con obispos y alto clero. Sin embargo, la nueva fuerza del Opus Dei en las esferas política y económica sirvió para templar muchas tensiones eclesiásticas en España.

Hasta la aprobación de la prelatura personal no se resolvería esa cuestión de la doble obediencia.

Pero esta problemática era, al fin y al cabo, muy concreta, circunscrita a un ambiente reducido. Los problemas de estrategia y de ideología se plantearían en los nuevos frentes, la presencia política y económica en España, los temas de educación y doctrina, todo ello en ese clima de la década de los sesenta marcado por la confrontación conciliar.

Debe reconocerse que hasta la llegada a la madurez de los primeros centenares de numerarios e incluso hasta la entrada masiva de éstos en la vida profesional la ideología opusdeísta y la estrategia consiguientes no habían tenido graves retos. Con el mundo juvenil, actuando preferentemente en el mundo universitario, apenas habían que remachar más consignas que las de vida interior, disciplina de la voluntad y fervor apostólico. La estrategia principal era crecer en número y a ella concurría una doctrina muy sencilla de manejar, centrada en lo que Camino llamaba la santificación del trabajo ordinario.

La idea de espiritualizar, hacer trascendentes las tareas temporales, que habían servido de

base para movimientos laicos europeos de variado signo, que nacieron en el período de entreguerras, conectaba con la vieja tradición protestante de la ética civil, simbólica de la predestinación tan propia de los ambientes burgueses de la primera industrialización.

La hipótesis de Escrivá, traducida a libros y sermones, no tenía connotaciones estrictamente teológicas, en la línea de otros autores de la época, sino que más bien representaba, por una parte, una llamada a la presencia militante en la vida social y, por otra, un énfasis en el cumplimiento de la tarea cotidiana, de los pequeños deberes, etc., funcional a una idea del caballero cristiano que, contrariamente a la antigua tradición hidalga, debía afanarse por ganarse el sustento en compromisos temporales.

En la práctica, a aquellos jóvenes se les animaba a que estudiasen mucho, contrariasen sus tendencias al señoritismo y la vagancia y supiesen cuidar con esmero las instalaciones de las casas y residencias, comportándose de una manera responsable, congruente con la pobreza intencional y la escasez notoria del ambiente.

No había un paralelo adoctrinamiento en esa teología del laicado que, partiendo de la presencia cristiana en el mundo, lleva a hacer juicios de valor sobre la naturaleza del trabajo a santificar, como hacían otros grupos, sino más bien un estilo de vida acomodado a la primera ambición de Escrivá, el apostolado con jóvenes universitarios. Pero para la tradición religiosa española, llena en demasía de alejamientos espiritualistas de la realidad y de un modo conventual de entender las tareas civiles, aquello representaba una cierta novedad. Los problemas se empezaron a plantear cuando aquellos numerarios, ya adultos, empezaban a tener que tomar decisiones, a participar en organizaciones corporativas, gremiales, a ejercer profesiones.

El primer conflicto moral serio fue, naturalmente, el relacionado con la vieja cuestión de hasta qué punto los fines sobrenaturales y apostólicos justificaban el utilizar unos medios si no reprobables al menos discutibles.

Las cosas se plantearon, como es sabido, con el tema de la consecución de los dineros necesarios para la marcha de la Obra, ya analizado, y con las gestiones para lograr que accediesen a las cátedras los hombres del Opus.

La solución que Escrivá dio a aquellos conflictos morales fue muy sencilla, en la vieja tradición eclesiástica. Había que hacer las cosas necesarias para lograr los objetivos propuestos, pero había que guardar una gran discreción al respecto, procurando que sólo se enterasen de los negocios concretos aquellos directamente responsables de ellos. Aquí empezó a consolidarse una de las principales estrategias que el Opus utilizó en su expansión posterior, la segmentación de la información, el secreto de las decisiones, de modo que sólo unos pocos, aparte de los directamente afectados, estuvieran al tanto de ellas.

Este modo de actuar se aplicaría en gran escala a la gestión de las sociedades auxiliares y a la política y condujo a la aparición de unos pocos hombres de confianza que, en la cúspide, sabían todas las cosas.

Aquello sería la semilla de las frecuentes confusiones que socios de a pie, que no estaban bien informados, sufrían cuando se enteraban en la calle de circunstancias relacionadas con las gestiones de ese carácter. Muchos, después de recibir una versión externa, acudían a los superiores internos para encontrarse con extraños silencios o, más frecuentemente, con la consigna de que eso no era de su incumbencia.

Aquello conduciría a no pocos enfados y conflictos y a algunas rebeliones propiciadas por quienes se negaban a aceptar esa puerilización de su relación jerárquica con la Obra.

A medida que se incrementaba la expansión de las sociedades auxiliares y más y más socios accedían a la vida pública española, la estrategia de la segmentación de la información y las decisiones y la ausencia de una adecuada información interna pusieron los fundamentos para el comienzo de una quiebra de aquella confianza indiscriminada que la tradición de la Obra consideraba pieza base de la relación de los socios de la Obra con sus superiores.

Los conflictos, los desánimos, se comenzaron a convertir en contenido habitual de la labor de gobierno por lo cual, a partir de los años cincuenta, y en lugar del desarrollo de una política doctrinal o la cimentación de los modos de observancia espiritual, la gestión de los dirigentes se transformó en una continua emergencia ante la reacción, primero pública y luego interna, de aquella estrategia de ocultación. Aquí se encuentra parte de la explicación del giro posterior de Escrivá y desde luego del comienzo de aquella desbandada de numerarios, que a los motivos subjetivos para no seguir en la organización, se unía aquel nuevo clima de desconfianza, de recelo y de vergüenza pública producido por el secretismo en el gobierno de la Obra.

Y no es que otras organizaciones, eclesiásticas, mercantiles o políticas no practicaran el viejo axioma de que el fin justifica los medios. Era que para algunos numerarios y numerarias aquello justamente significaba lo contrario del espíritu de la Obra tal como ellos lo entendían.

Una segunda circunstancia vendría a emponzoñar más el clima interno y fueron las crecientes desavenencias entre miembros de la Obra a la hora de gestionar las sociedades auxiliares o de tomar decisiones en la ancha franja de la política franquista que estaban conquistando.

"Cuando yo empecé a comprobar las disensiones me llené de disgusto -comenta Antonio Pérez- porque yo había comentado que si aquella entrada nuestra en la vida pública no llegaba a servir a nuestras necesidades prácticas, serviría al menos a un propósito moral, testimonial y sería el comportamiento irreprochable, ejemplar, de los hombres de la Obra en esos cargos. También me equivoqué en esto."

Pero aquello era inevitable, en la medida en que los superiores no se podían pasar el día, aunque algunas veces lo intentaban, dando instrucciones precisas a los ejecutivos o mediando en sus diferencias.

"Yo me acuerdo de las peleas constantes entre el consejero delegado y el director de un periódico, ambos de la Obra -recuerda Saralegui-. Tenían puntos de vista distintos. Y lo peor era para nosotros, los que mediábamos, porque terminaban contestando nuestra competencia, en presencia de terceros. Aquello era una buena papeleta. Yo no era consejero ni accionista de la empresa en cuestión y mi posición allí, sobre todo ante terceros, era un tanto expuesta. Claro que ellos se daban cuenta de que a quien yo representaba de algún modo era a la Obra, pues la ley de Prensa no recogía la figura del editor, singular título que yo ostentaba."

La actuación política de los socios del Opus, aun protegida por las dificultades para la crítica pública en el franquismo, daba pie también a confrontaciones internas. En unos casos se trataba de meros conflictos entre los protagonistas, en otros era la repercusión de la actuación de

éstos sobre el prestigio o imagen de la Obra, pero lo más relevante fue la sensación que iban teniendo la mayoría de los socios de a pie de que la ejecutoria española de la Obra empezaba a estar más vinculada con aquellas actividades políticas y comerciales que con un apostolado de difusión de los horizontes de santidad laica que muchos pensaban tenía más que ver con desprendimientos y actitudes éticas que con éxitos temporales y pulsos de poder.

La reacción estratégica de Escrivá ante estos conflictos externos e internos fue la ya comentada supresión de las sociedades auxiliares en el plano económico y el énfasis en el arbitraje apostólico, de la autoridad interna, en las disensiones políticas. Pero esto no siempre salió bien y como, a pesar de la gestión de los superiores internos, había ya creada una solidaridad mercantil e ideológica, las directrices de Roma, de las que a veces se olvidaba el mismo Escrivá, no logró detener ni la crítica externa ni la frustración interna.

Porque algunos socios, educados en la tradición de la solidaridad, mantenían la conveniencia de sostener el tinglado a toda costa y otros estaban ya lo suficientemente integrados en esa dialéctica de cooperación que les era muy difícil renunciar a ella. Algunos habían incluso elaborado una racionalización de todo aquello. Unos cuantos numerarios recuerdan los comentarios informales que Rafael Termes, socio de los más antiguos y de confianza, hacía de la aventura político-comercial opusdeística, con ocasión de una reunión en Molinoviejo. Termes afirmaba la validez de la conexión religiosa, la legitimidad de asociarse con otros que se habían conocido con motivo del apostolado de la Obra. "Es tan normal como la conexión familiar o amistosa", ratificaba.

A mediados de los sesenta, Escrivá parece que se fue convenciendo de que aquella etapa había que superarla por el procedimiento de hacer énfasis en otras perspectivas, en otros horizontes y la gran ocasión fue el incremento de las ocasiones para dedicar mayor atención al ámbito educativo y doctrinal.

Con el paso del tiempo, las energías de los superiores y el tiempo y la disposición a la obediencia de los súbditos se fue orientando hacia dar respuesta a las peticiones de tantos supernumerarios y amigos de crear centros de enseñanza, tema que se convertiría en prioritario.

La educación, y en menor medida el apostolado de la prensa, se convirtieron en las prioridades de la nueva estrategia, en una mezcla de reacción frente a los fracasos anteriores y propósito de encontrar nuevos espacios.

Los centros de enseñanza proporcionaron además la oportunidad de orientar hacia ese empleo a muchos socios numeranos, sin mayores oportunidades en el mercado de trabajo convencional, y cuya inevitable seguridad doctrinal y ausencia de espíritu crítico garantizaban ese magisterio seguro que las clientelas de los colegios de la Obra deseaban para sus hijos.

Porque éste fue el otro gran tema, la doctrina. Como es sabido, Escrivá se encontraba particularmente incómodo tanto con respecto al pontificado de Juan XXIII y Pablo VI como con las directivas del Concilio Vaticano II. Las cosas que impulsaba o consentía la Iglesia estaban muy alejadas de sus planteamientos, de su mentalidad y poco a poco se abrió paso en su mente, al hilo de su creciente aislamiento y endiosamiento, la idea de que la Obra constituía el resto de Israel, esa porción selecta de la Iglesia, de la que debía salir la luz y la energía para contrarrestar los nuevos vientos, las nuevas actitudes.

Los socios que le visitaban en Roma, los grupos que le recibían con ocasión de sus viajes, especialmente a Latinoamérica, daban cuenta, con más o menos asentimiento personal, de la

santa indignación del padre respecto a las nuevas circunstancias de la Iglesia, de su crispación contra personas e instituciones, a las que hacía responsable de ello y del discurso, inveteradamente contrarreformista, con el que enjuiciaba el presente y el futuro. Su temperamento se agriaba en esos trances, sus arrebatos de ira se hacían más frecuentes y la gente que le rodeaba, incluso la más cercana y leal, pasaba más de un mal rato en tales lances.

La conversión de los centros y las demás actividades de la Obra en focos de propaganda del integrismo cristiano, de ataque a las nuevas corrientes eclesiásticas, se tradujo en un sinfín de cautelas y directrices doctrinales y en el desmesurado crecimiento de las actividades de censura intelectual, con oficinas al efecto y un grueso índice de libros y autores prohibidos para los de la Obra, para cuya lectura hacía falta permiso del Padre.

Al mismo tiempo se congela la investigación teológica propia.

"Recuerdo que un día me vino a ver Alfredo García, el sacerdote encargado, y me dijo que él creía que ya no había nada por investigar; quizás, algo, la teología de san José", recuerda Antonio Pérez.

En cierto sentido esta asunción por parte del Opus Dei de la defensa del catolicismo tradicional vino a salvar la ausencia de doctrina propia, la congelación del desarrollo de aquella espiritualidad peculiar que Escrivá había sugerido en los primeros tiempos. Si la primera estrategia había sido el crecimiento cuantitativo de socios y la primera ideología una mera afirmación de la necesaria presencia de éstos en la sociedad, la inexistencia de mensaje propio quedaba compensada por la dedicación a la lucha contra las novedades y a la apología de la teología preconciliar.

En este sentido causó no poca estupefacción en ambientes teológicos españoles que el ministro de Comercio del Opus Dei, Alberto Ullastres, aprovechase un discurso público pronunciado en Barcelona el 1 de junio de 1962, para denunciar al progresismo como la herejía del siglo XX, heredero del liberalismo del XIX. La larga perorata del ministro, entroncando ese nuevo mal teológico con algunas desviaciones eclesiásticas en la interpretación de la encíclica "Mater et Magistra" y poniendo en el contexto de unas huelgas obreras, convenientemente reprimidas, que sucedieron entonces, provocó una generalizada condena contra el Opus y sus manejos, que careciendo de teólogos para el diálogo doctrinal, tenía que usar el poder civil, y para colmo, el poder franquista, para sus pulsos de poder eclesiástico.

La lectura de los escritos de Escrivá y de sus discípulos, de las revistas como "Palabra", o "Mundo Cristiano", ratifican este análisis de la nueva etapa de la estrategia opusdeísta. Ya no hay tiempo más que para acudir a salvar las esencias. Ya no hay más estrategia que la de recordar, con ocasión y sin ella, a fuertes y a débiles, que la doctrina cristiana está en peligro. Y así, en la defensa del catolicismo tradicional, encuentran los socios del Opus Dei una nueva vocación.

Junto a ella surge otra llamada, que en cierto sentido contradice el impulso militante de aquellos célibes de la primera hora. Se trata de dedicar muchas energías, muchos esfuerzos, al mantenimiento de la familia, también amenazada por las nuevas tendencias. A través de colegios, publicaciones y sobre todo en la labor individual de sermones y confidencias, los socios de la Obra consideran primordial en su apostolado el mantener intacta esa célula social primaria y el fortalecer el entramado de lealtades que el modelo tradicional de familia lleva consigo.

Todo un cambio de actitud de aquellos jóvenes de los años treinta y cuarenta que consideraban a la familia como un obstáculo para sus rotundas aventuras a lo divino en el mundo.

Muchos socios, muchas asociadas dedican sus vidas, a recordar a maridos y esposas, hijos y padres, sus mutuos deberes y gran parte del apostolado femenino pasa por el adoctrinamiento de la mujer en la dedicación al hogar. El estilo "Telva", con un modo determinado de orientar el comportamiento de la mujer burguesa española, difunde entre ellas una mezcla de simplicidad intelectual, énfasis en los sentimientos y espíritu de servicio al marido y a los hijos que, convenientemente elaborado con recetas de cocina, artes domésticas y consejos sociales, se constituye en eje de un feminismo cotidiano, mezcla de tradición y modernidad, que merece los reproches de otros feminismos.

Pero el reproche principal que se va extendiendo, en España y fuera de ella, a la acción apostólica del Opus Dei sobre los casados, es su elitismo el incorporar las actitudes, las aspiraciones de las clases más burguesas. Y, en cierto sentido, una aplicación al apostolado con casados de aquel propósito selectivo original para. con los solteros, futuros numerarios. El resultado es que hay muchos más supernumerarios y supernumerarias conocidos en las clases media y alta. De ahí que mucha gente se extrañe, o se mofe, de la pretendida preocupación opusdeísta por la perfección cristiana, incluida la pobreza, difundida entre familias con un alto nivel de vida, que exhiben aparatosos símbolos de distinción y cuya actividad laboral tiene lugar en los puestos más altos del capitalismo o en las profesiones más funcionales al mismo. Así se entiende el comentario cínico de aquel observador madrileño: "El Opus Dei es un ten contén entre el cilicio y el Remy Martin."

La estrategia y la ideología de la última, más reciente, etapa del Opus Dei se acercan, en esas diversas líneas, a las de las sectas fundamentalistas que tratan de crear espacios de seguridad psicológica, de solidaridad, de complicidad, para los miles de habitantes de la modernidad industrial que se encuentran incómodos en ella y buscan perpetuar costumbres, alianzas y propósitos que mantengan su identidad. En unos casos, se trata de fenómenos de burguesía tradicional, que no quiere perder sus señas distintivas. En otro caso, las clientelas son los sectores más ignorantes, menos sofisticados, de las clases medias emergentes, para quienes la pertenencia a la Obra es un símbolo de ascenso social dentro del entramado conservador.

Junto a ese tejido ideológico costumbrista, persisten las aventuras civiles, mercantiles, políticas de quienes la conexión religiosa sirve para más cosas. En ese sentido, a partir de la etapa de la confusión político mercantil ya es muy difícil disipar la imagen de un Opus telaraña, plataforma de asociación de intereses, por mucho que se empeñen los superiores en obstaculizar ese modo de utilización de. la conexión opusdeística.

La persistente alegación de independencia civil de los so~cios que hacen los medios de comunicación de la Obra se inscribe en ese esfuerzo, generalmente baldío, de clarificación que, las más de las veces, es motivado por razones de consumo interno.

Educación de menores, servicio a la familia, disciplina de la mujer, reafirmación del catolicismo doctrinal, son las nuevas metas del Opus Dei.

Seguridad psicológica, apoyo en el fundamentalismo religioso, político y social propios, un cierto morbo de formar parte de algo distinto y una plataforma para eventualmente hacer más cosas que el simple pertenecer a la Obra, serían los beneficios individuales de la nueva estrategia corporativa, que hoy subraya mucho más los aspectos intimistas de la vocación que la anterior militancia en una cruzada pública de recristianización.

Para algunos socios, todo esto ya estaría en germen en el primer Opus, y la etapa posterior, la de las aventuras político-comerciales, que fue más consecuencia de una necesidad de supervivencia que un diseño explícito, debe ser rápidamente olvidada, de ahí la insistencia de sus voceros oficiales. El mensaje de Escrivá resultaría más fácil así de interpretar y de asumir por grandes masas de católicos acríticos que por una reducida élite de intelectuales... Pero al precio de una gran desbandada.

"Yo pedí la admisión en el Opus Dei en 1953 -cuenta Saralegui- con mi carrera de Derecho ya terminada. Lo hice porque me pareció que, en aquellos años, la Obra representaba una renovación del catolicismo tradicional, abierta, progresiva y libre; menos clerical y más esperanzada.

"Dejé la Obra veinticinco años después, fatigado y triste, tras una época larga y dolorosa, suavizada por el trabajo profesional y por la fraternal amistad de algunos compañeros de ilusiones, que conservo aun.

"No deseo en modo alguno criticar una institución que tiene las bendiciones de la Iglesia Católica y a la que he dedicado buena parte de mi vida. Sí puedo y debo decir lo que en ella no me ha gustado; lo que ha sido para mí causa de decepción, aunque no de amargura. Desgraciadamente, creo que para nada servirá; y esta convicción de la imposibilidad de ninguna reforma -muerto el fundador-, decidió en buena parte mi apartamiento de la empresa, en la que conservo amigos maravillosos; a la que veo, desde mis cincuenta y cinco años, con ojos lejanos y no admirativos. Pero desde luego, con todo respeto.

"La santificación del trabajo, idea básica de la espiritualidad del Opus Dei, resultaba muy atractiva para las generaciones de la posguerra española, educadas en la fe católica, la moral rigurosa, el orden y la sobriedad. Tenía un matiz progresista y abierto, unas gotas de calvinismo y una cierta apertura social.

"Pero por lo que yo entiendo, dicha idea se fue envolviendo poco a poco en un estilo autoritario, al borde del totalitarismo, y en un ambiente inmovilista y conservador. Las palabras del fundador penetraban y organizaban las vidas, las opiniones, las conciencias. Y tenían habitualmente, a mi juicio, esos dos caracteres dominantes: autoritarismo casi totalitario y clara inclinación por las posturas conservadoras. Desde Trento y el latín hasta la sotana y la mantilla, desde san Agustín y santo Tomás hasta la decoración de los centros, la balanza se inclinaba siempre por el platillo conservador. La desconfianza era sistemática ante los teólogos modernos, ante las innovaciones litúrgicas, ante cualquier adhesión que no fuera incondicional.

"Se hablaba de libertad política y profesional. De la segunda tengo experiencia personal, pero creo que hay mucha menos libertad en cuanto a opciones políticas. Si los esquemas en que uno vive son autoritarios, inmovilistas y conservadores, sólo con un esfuerzo mental casi esquizofrénico se puede ser, de veras, socialista o liberal.

"Por otra parte, todo lo importante pasa por los directores, y los directores son nombrados, sin excepción, desde arriba. Y enseña la experiencia que, en cualquier organización autoritaria, no es difícil que los nombramientos tengan en cuenta más la adhesión incondicional que la categoría personal o la calidad humana. En los así nombrados, es natural que su capacidad de criticar e innovar sea escasa; y sus ganas, nulas.

"Es por ese sentido de la autoridad por el que se aparta a los socios jóvenes de sus familias, se les prohíbe que cuenten a sus padres la verdadera situación de sus relaciones con la Institución, se les controlan férreamente sus lecturas, su tiempo, sus relaciones sociales; se les niega la asistencia a espectáculos, se suma un trabajo interno al profesional a fin de que les sea muy difícil una reflexión crítica, profunda y serena. El espectáculo de la presión psicológica sobre corazones y cabezas inmaduros nunca lo he podido aprobar. Hay otros rasgos de la Obra que, como todo lo humano, tienen su cara y su cruz; éste, para mi, ha sido sólo cruz durante muchos años.

"El conservadurismo ambiental de la Obra, creo, está muy unido al del fundador. Yo soy de familia católica desde hace mil años y amo la historia. Y sé que los evangelios han abierto un camino ancho y hermoso, en el que caben todos los humanos que crean en Dios y en la caridad. Unos van por ese camino deprisa, otros despacio; unos por la izquierda, otros por el centro o la derecha; unos son optimistas, otros pesimistas; unos contemplativos, otros trabajadores; unos más rígidos, otros más laxos.

"Yo creí que en el Opus Dei ("sois libérrimos", "sois cristianos corrientes") cabría esa variedad. Pero no fue así. Había que copiar al fundador con absoluta fidelidad; y ya que era imposible imitarle en su sacerdocio o en su trabajo, era obligado ser fiel a su espíritu; mejor diría a su talante dogmático, autoritario y conservador. Y desde luego, individualista y familiarista mucho más que social. El modelo de catolicismo de José María Escrivá de Balaguer, a mi juicio, fue el del ambiente que vivió en su juventud: el de la clase media española de los años 20 y 30. Con algunas añadiduras -externas pero importantes- aportadas por algunas señoras distinguidas de Madrid y de la burguesía bilbaína, cuyas carencias básicas eran la escasa talla intelectual y cultural y una insensibilidad generalizada para los problemas sociales, combinada con un gran apego a la familia y la propiedad. De los tres círculos concéntricos de la moral -el individual, el familiar, el social-, los dos primeros se llevaban la parte del león. Y dejaban un escaso margen a la enorme amplitud, creciente, de la moral social; que va desde el pago de los impuestos y el cumplimiento de las reglas de circulación, hasta el fraude industrial, comercial o financiero y la preocupación por el Tercer Mundo; y considera que las circunstancias económicas, sociales y culturales algo tienen que ver con la orientación de las vidas humanas.

"En la moral personal y familiar, es lógico que el sexo se llevara la mejor parte. La ya conocida obsesión de muchos clérigos católicos por este tema, se multiplicaba en la Obra. Es un hecho que el Opus Dei ha fomentado un notable contingente de familias numerosas, digno de todo respeto. También, que -si las posibilidades económicas no acompañan- ese espíritu de generosidad incontrolada ha producido no pocos dramas y angustias; y que su aplicación ha de concentrarse preferentemente a matrimonios de buena posición económica y con mucha salud.

"Pero hay un efecto secundario de la "obsesión" que -buscado o no- de hecho sobreviene. Y es que una atención desmesurada a la moral sexual disminuye la atención debida a la moral social, de importancia creciente en un mundo donde las relaciones y las interdependencias se multiplican. El hombre es limitado, no puede llegar a todo con la misma intensidad, necesita establecer prioridades para sobrevivir. Enseña la experiencia que quien concentra la mayor parte de su atención en el sexo, no es muy sensible a la moral social. También a la inversa: quienes sobrevaloran la ética social, con facilidad infravaloran la moral sexual y familiar. Y así se forman dos grupos, bien visibles, condenados a no entenderse.

"Hablaba antes de ese dato, nobilísimo, de la experiencia española: hay en los ambientes del Opus Dei muchas y excelentes familias numerosas. Sin embargo, no parece que los socios de la Obra se hayan distinguido por el cumplimiento fiel de la legislación fiscal, de las normas eco-

nómicas, comerciales o financieras, por tratar de suavizar las diferencias económicas o culturales, por su caballerosidad y su limpieza en cuanto autoridades públicas, por su ayuda a instituciones de carácter social o de beneficencia, por su disponibilidad para combatir el subdesarrollo, la enfermedad o la ignorancia; por su atención al Tercer Mundo, a esos miles de millones de personas que se acuestan con hambre todos los días, cuya angustia caerá sobre nosotros y sobre nuestros hijos. En la historia de España, "Matesa" y "Rumasa" serán dos anécdotas insignificantes y confusas. Pero es lo cierto que ambos asuntos estuvieron atravesados de cien nombres relacionados con el Opus Dei.

"Es obvio que el sexo, el dinero y el poder tienen relación con casi todas las decisiones importantes de los hombres, individuales y colectivas. Y lo es también que quien sólo concede importancia a una de ellas (el sexo, en este caso) infravalora la tremenda capacidad corruptura del dinero y del poder. Falta de realismo muy habitual en organizaciones católicas dirigidas por clérigos, espero que no dure mucho tiempo en el Opus Dei, cuya base laica y profesional nunca la admitirá de buena gana.

"Lo mismo me atrevo a decir del sentido de la autoridad enérgica e incontestada y del espíritu ("esculpido en mármol", decía el fundador) que se pretende mantener rígido y congelado en las vidas de laicos corrientes que se desarrollan en un mundo en constante mutación. Esto sólo es posible en el ghetto, en el aislamiento y la soledad. Lo cual, creo, se está intentando en el Opus Dei. Y creo también que se puede conseguir; bien es verdad que a un alto precio. Al precio de muchas angustias, cansancios y abandonos; al precio de -a la larga- no cumplir el deseo inicial de Escrivá ("seréis inyección intravenosa en el torrente circulatorio de la sociedad") ni siquiera la vieja hermosa metáfora evangélica de diluirse como la sal.

"Sobre la personalidad de José María Escrivá de Balaguer, creo recordar, a la letra, una nota suya muy antigua, fechada en Roma, de fines de los 40: "Nosotros no vamos al cine; aunque vaya el cardenal Spellman." Otra en que se calificaba a los disidentes de desertores y de soberbios. Una tercera según la cual "el estado habitual de una supernumeraria casada es el embarazo.

"Estas frases -y cien similares- tienen una enorme importancia en la vida real de los socios, que en su inmensa mayoría jamás ha visto las antiguas Constituciones del Opus Dei, sino un catecismo resumen de las mismas, obligatorio y oficial.

"Debo decir, según mi propia experiencia, que nunca pude elegir mi propio camino y mi propio estilo. "Somos cristianos corrientes", "sois libérrimos", eran frases vacías ante un aluvión de notas, avisos y cartas (mas informes amplios sobre temas concretos de tipo ya político-social, como la teología de la liberación, el socialismo, la educación, el latín), que conformaban hasta el último rincón de tu personalidad. A partir de los años sesenta, no vi más evangelio que Camino, ni más profeta que José María Eserivá.

"Creo que no es realista tratar de la Obra sin mencionar su compleja personalidad. La veneración que sentían por él los más antiguos se trasladaba a los jóvenes; y se creaba e incrementaba un mito que, al ser contrastado con la realidad, produjo decepciones importantes y, en mi caso, una inicial confusión, seguida de un alejamiento de la persona y quizá -más adelante- de su doctrina.

"Todos los socios mayores de la Obra pasamos muy malos ratos tratando de entender -y de explicar más tarde- por qué se había hecho reconocer como Marqués de Peralta, con las consiguientes apariciones en el "Boletín Oficial". Pero no nos sorprendió en absoluto; porque a nivel

interno, le habíamos visto, al mencionar su niñez, subrayar ciertos rasgos de bienestar familiar, dejando en penumbra siempre las conocidas dificultades económicas de sus padres, normales y -a mi juicio- honrosas. En Barbastro, permitió que se derribase su auténtica casa natal, sustituyéndola por otra, que copia las mansiones nobles del Alto Aragón. Nunca se ha tratado de conservar la entrañable y modesta casa de Martínez Campos, 4, aún intacta, donde vivió con su familia años decisivos. En cambio, puso todo su afecto en el antiguo palacete de Rafal, en Diego de León, 14, en el que instaló un repostero nobiliario en la escalera central. Y en la basílica de Torreciudad, en el retablo del altar mayor, figuran siete escudos con sus siete apellidos nobles. En una de las "Crónicas", revista interna, del año 76 creo, decía textualmente: "Yo, que desciendo de una princesa de Aragón...

"Mínima debilidad ésta, no sé si alguna relación tiene con lo que todos creían -él, quizás, el primero- singulares y directas intervenciones de Dios en su vida. Y por tanto en la de la Obra. Se hablaba de situaciones difíciles (desde el paso de los Pirineos en la guerra civil hasta incidentes jurídicos en el Vaticano y complicaciones económicas importantes) saldadas favorablemente por directa intervención divina. Se decía incluso que, por revelación singular, él conocía la fecha de su muerte; que iba a ser en 1984. No fue así. Sus primeros seguidores crearon un mito prodigioso en el ambiente único e irrepetible de la posguerra española y la Segunda Guerra Mundial. Quizá la época les pudo.

"Pero creo que todas las cosas divinas han sido hechas a través de los hombres; y que nada humano nos es extraño. En los primeros socios del Opus Dei que YO he conocido, de los años 30 y 40, encontré una fe maravillosa y una gran generosidad. La encuentro aún. También en muchos otros de mi generación y en algunos que he tratado hasta 1979. Los he querido y los quiero.

"Si escribo estas líneas -para mí dolorosas- es precisamente para hacerles reflexionar en tantos dramas de conciencia que cuestiones secundarias del espíritu del Opus Dei han producido. Y para que se animen a vencer una pretendida "fidelidad al espíritu fundacional" que, a medio y largo plazo, puede conducir a la Obra a refugiarse en una ciudadela artillada, en un ghetto peculiar, en una isla católica al margen de la historia y de la vida.

"La santificación del trabajo y de las obligaciones de cada día es un mensaje hermoso, sencillo y esperanzador, interclasista y universal. Siempre que incluya las obligaciones sociales; que empiezan -pero no terminan- en el círculo familiar. Y siempre que dé más importancia a una tradición milenaria de la Iglesia católica, a los Concilios y, en último término, a los evangelios.., que a las palabras, quizás ocasionales, de un hombre apasionado en el contexto dramático de la guerra civil española y de la Segunda Guerra Mundial. Al cual respeto, sin compartir en absoluto su autoritarismo, su intolerancia con los discrepantes, ni su unidimensionalidad. Talantes así ha habido siempre en la Iglesia; pero han sido, irremediablemente, transitorios y minoritarios. La más ancha y profunda tradición católica, la que es base y fundamento de toda responsabilidad moral, considera legítimo y normal que no todos los hombres, en todos los tiempos, den las mismas respuestas a las grandes preguntas que plantea la vida."

El testimonio de Raimundo Panikkar, ya desde fuera de la Obra, sobre la trayectoria y la teología del Opus Dei, se expresa en esta carta que me dirige.

Querido Alberto:
Me has pedido que colabore contigo en un libro sobre el Opus Dei. Durante muchos años no

he sentido interés ninguno por hacerlo. En la introducción a mi libro "Cometa" (Madrid, 1972), escribí que no estaba "arrepentido de aquella etapa de mi vida, ni tampoco de haberla superado". Y sigo sin esta inquietud auto justificante, aunque comprendo que muchos la tengan. Comprendo incluso el deber de aclarar una historia más o menos pública. Pero no tengo ningún interés en escribir mi historia; estoy todavía demasiado empeñado en vivirla.

Me has contado tu proyecto. Me parece muy interesante. Pero me encuentro como el pez fuera del agua. Incluso cuando estaba en la Obra todas estas cosas me resbalaban porque, en el fondo, no me interesaban demasiado. Mucho de lo que me cuentas sobre los negocios de la Obra y otras actividades políticas es nuevo para mí, aunque reconozco su verosimilitud.

No digo que no se deba entrar en lo anecdótico, es también importante, y tú lo manejas bien, sabiéndole extraer la categoría latente.

Si yo no estoy en esta longitud de onda, ¿por qué transigir una vez mas que se me inserte en ella? Me parece una postura muy similar a la de mis años dentro de la Institución, en los que por una malentendida "santa indiferencia" me despreocupaba de lo meramente contingente, aunque no pueda arrepentirme de esta actitud que, por peligrosa que sea, no veo completamente equivocada.

Esto no quiere decir que desoiga al amigo que me pide colaboración. Algunos interpretaron como cobardía u oportunismo mi silencio hasta ahora. Diría que fue más bien indiferencia, quizás en el fondo porque considerase a la Obra como un fenómeno interesante para unos cuantos, pero relativamente poco importante con respecto a lo que en lenguaje cristiano pudiera amarse el Reino de Dios y su Justicia, en lenguaje indio, la verdadera realidad "satyasya satyam, paramarthi ka", y en lenguaje secular los vectores incisivos en la marcha de la realidad (que aunque sea temporal no es exclusivamente histórica).

Y después de este párrafo, que creo manifiesta ya mi talante, he aquí algunas reflexiones que si te parecen oportunas puedes muy bien publicar.

Lo biográfico primero, en segundo lugar lo teológico y lo atmosférico en tercero.

Respecto a lo primero ya sabes que me interesa poco. Leyéndote, me doy cada vez más cuenta que yo nunca entré en la institución que describes. Y no porque me diese todo por una friolera o no tomase en serio lo que la Obra decía de ella misma, sino precisamente por esto mismo. Yo la entendí en su núcleo sacramental más profundo, como entiendo la Iglesia. Yo no entré en ningún club, ni siquiera considero que la Iglesia a la que me haces pertenecer sea la tal organización burocrática. Por eso cuando tú, por ejemplo, me haces "católico practicante" la frase en ti, y me imagino que en muchos lectores, tiene un sentido que es sólo una parte ínfima y secundaría del que yo le doy.

Pero de nuevo se me entendería mal si se me interpretase como diciendo que no me importa lo concreto. En manera alguna. Hay que entrar en la vida por alguna puerta y, como la etimología misma sugiere (la raíz "per", de puerta, significa transitar), uno no se queda en el lindero de la puerta sino que transita hacia las profundidades de la experiencia humana. Todo hombre tiene que renacer y pasar una iniciación para llegar a la madurez, pero, ¡ay de aquel que tiene miedo a caminar hacia delante, hacia lo desconocido! Digo que tomé a la Obra muy en serio en el sentido indicado. Por pertenecer la Obra a la estructura sacramental de la Iglesia consideré mi entrada en la Obra como una iniciación. Y toda iniciación es un punto de partida, una puerta y no una meta. Lo que la Obra decía que sí era una concreción de lo que la Iglesia afirma de

ella misma: un espacio en donde se puede vivir la plenitud humana, un ambiente en donde las potencialidades de la persona no se pierden, se encauzan y se dirigen a la edificación del mencionado Cuerpo Cósmico de la Realidad (Reino de Dios y su Justicia).

Puedo empezar con algunos recuerdos personales. Los podría destilar, y describir lo que podría llamarse la atmósfera de la Institución. Empezó por ser un pequeño grupo más o menos carismático con un ideal evangélico muy puro y elemental que lentamente, a raíz de las circunstancias por una parte, y de lo que estaba latente en el espíritu del fundador, se fue convirtiendo en lo que sociológicamente se llama una secta, sin que ello signifique un juicio negativo. Incluso san Pablo afirma que es conveniente que haya sectas. Poco a poco, lo jurídico, la prudencia del espíritu o de la carne, la necesidad de pensar en uno mismo para sobrevivir como grupo diferenciado, y la ideología que casi inconscientemente se iba formando, hizo que la Obra se convirtiera en el patrón absoluto para juzgar sobre la moralidad de toda actividad personal o colectiva. Se hace lo que conviene al Opus Dei, puesto que tiene los mismos intereses que la Iglesia y que Dios mismo.

Yo veía todo esto y sufría por ello. Le escribí varias cartas al Padre en este sentido. Por desgracia no recuerdo tener copia de nada. Se me contestaba -verbalmente- diciéndome que "el espíritu" era el mismo. El conocido teólogo suizo, antiguo miembro de la Compañía de Jesús, Hans Urs von Balthasar, escribió un artículo con preguntas teológicas sobre la naturaleza de la Obra. Se me dijo que le contestara. Me esforcé en responderle teológicamente, pero mi larga carta no gusto y se me dictó prácticamente una respuesta beligerante que no entraba en materia. Mucho más adelante alguien en "Nuestro tiempo" (1964) volvió a discutir a Balthasar, aunque sin contestar sus argumentos.

Antes de la "Provida Mather Ecclesia", de Pío XII, que establecía los Institutos seculares, escribí unas cuantas páginas que luego me enteré sirvieron de pauta a lo que constituyó la base teológica del documento pontificio.

II. Alberto, amigo:
Me has pedido que te escriba sobre la "teología del Opus Dei". Aparte del uso y abuso que se hace de la palabra: teología del juego, del trabajo, de la política.., como si el theos dictase o inspirase a algunos especialistas cuál es "su" opinión sobre tales temas; aparte digo de lo abusivo de la expresión, veo además otras dos grandes dificultades para complacerte. En primer lugar, hace veinte años que estoy alejado de la Institución, y me auguro que en tal lapso de tiempo haya habido una reflexión teológica mayor que la que yo conozco. No se puede hacer todo a la vez. El Opus Dei empezó "haciendo". Espero que a estas alturas haya también un "pensando", esto es, que tenga también un pensamiento. Se ha escrito bastante sobre el Opus Dei en plan polémico y en plan apologético pero yo no he encontrado aún una "teología" elaborada. La actual bibliografía sobre la Obra ofrece pocos puntos de reflexión teológica. Acertadas me parecen las páginas de Lluís Duch, monje benedictino de Montserrat, en su libro "Esperança cristiana i esforç humá" (págs. 132-139), que subraya el carácter de teología política de la Obra basada en la dicotomía entre amigos y enemigos. Añado en seguida que el pensamiento teológico no lo es todo, ni en la vida ni en la realidad. Queda pues doblemente relativizado todo lo que yo pueda decir.

Mi segunda dificultad la he apuntado ya: el carácter eminentemente pragmático más que teológico de los inicios de la Obra. Yo puedo hablarte algo, e imperfectamente, del período formativo que va desde el 1940 al 1966.

Recuerdo que hace unos años, cuando ya hacía tiempo que había salido del Opus Dei, cenan-

do a tres con una alta autoridad académica y política del mundo europeo, al preguntarme si pertenecía a la Obra, le contesté dando un juicio demasiado tajante sobre el Opus. Me arrepiento de haber dado un juicio tan simplista; sin tener entonces ocasión de matizarlo, la conversación pasó a otra cosa. Las cosas de la realidad son complejas. No existe el mal absoluto ni siquiera subjetivamente. La vida puede tener sentido incluso en un campo de concentración. Lo irritante de Soljenitsin para los soviets no fue su cristianismo o su anticomunismo, sino su elegancia y grandeza espiritual, que, al no jugar el juego de sus perseguidores, les demostraba que no le podían doblegar. No sé si me explico. Se puede sacar bien aun de algo que diste mucho de ser perfecto. No todo lo nazi era malo, por decirlo brevemente. Muchos jóvenes se han liberado de las drogas y de la obsesión sexual, siguiendo a maestros y escuelas que dejan por otra parte mucho que desear. No todo es malo en Dinamarca. Cuando vemos sólo el mal ajeno nos traicionamos a nosotros mismos: descubrimos nuestros pecados ocultos.

Pero aduzco estos ejemplos por una razón más profunda que la de decir que a cada uno le va según lo que espera y aporta. Juicios absolutos, además de no ser casi nunca verdaderos, tienen el gran inconveniente de impedir la redención, el perdón, el cambio. Si sólo nos empeñamos en mantener vivo el recuerdo del holocausto de las judíos, sólo conseguiremos facilitar su repetición. Uno acaba por volverse como lo que se odia. El anticomunismo es otro ejemplo. Quemar nuestros pasaportes de españoles, europeos, cristianos, creyentes, humanos, por las barbaridades que se han cometido por los respectivos grupos sólo puede terminar en la autoinmolación. El puritanismo, de la clase que sea, es contraproducente. Se autodestruye. Hacer sólo crítica negativa de la Obra es tirar piedras sobre el propio tejado.

Aun suponiendo que el Opus Dei contuviese rasgos anticristianos (según criterios cristianos) e incluso antihumanos (según normas humanísticas) la simple denuncia y condena sólo exacerbaría las posiciones y a la postre quizá las invertiría. Pensamos en la evolución del marxismo, por ejemplo, que de posiciones dogmáticas pasa a posturas críticas, o de la Iglesia católica, que pasa de condenar la libertad y defender la tortura del hereje a convertirse en defensora de la libertad y de los derechos humanos. Las realidades humanas son muy complejas.

En resumen, hablar sólo bien de la Obra, o sólo mal de ella, o enjuiciarla como un conglomerado de cosas, algunas buenas y otras malas, me parece metodológicamente inapropiado (¿qué criterios se aplican?) y filosóficamente sin fundamento (¿bajo qué presupuestos se juzga?). Es igualmente inadmisible el silogismo pueril: "La Iglesia es buena, la Obra está aprobada por la Iglesia, ergo la Obra es de Dios." Inválido sería, también, el argumento contrario de criticar al Opus Dei por ser una obra religiosa y considerar la religión como mera superstición o institución maléfica.

En una palabra, uno puede dar su opinión sobre lo que sea, pero esta opinión es doblemente subjetiva, esto es, refleja al su jeto con su autobiografía y está influenciada, ya desde su punto de partida, por el interlocutor que se tiene en la mente, el cual a su vez tiene también su contexto, que condiciona el diálogo. Y la dificultad aumenta, como cuando en este caso, las emociones son altas. Me he pasado cuarenta años con mi profesión de comprender al otro (cultura, religión, filosofía). Me hace cierta gracia aplicar mis ideas al caso concreto del Opus. La victoria nunca lleva a la paz.

Me dirás que tu problema es sociológico. Y tienes razón. Tú intentas comprender un fenómeno que consideras sociológicamente importante e interesante. Yo tengo que añadir que este planteamiento no es el mío. Acaso nos complementemos. Todos convenimos en que la sociología no lo explica todo; pero yo temo que mi enfoque sea no sólo atípico sino incluso atópico. Sin embargo, como no me he negado a colaborar en tu afán, he aquí esta carta y mi diálogo conti-

go. Si alguna vez me aconteciese querer escribir mis memorias sería más explícito, pero de momento no quiero hacer ni una "apología pro vita mea", ni lanzar una catilinaría para evitar que Pompeyo sea eliminado.

Toda organización que se llame cristiana se referirá, evidentemente, al Nuevo Testamento como a un punto de referencia normativo. Pero lo "teológico" se manifiesta:
a) Por la selección de los textos.
b) Por la interpretación de los mismos.
c) Por su traducción en la praxis.

No basta por ejemplo citar muchos textos sobre el amor si luego se interpretan como amor a la verdad y aun al bien por encima de las personas y aun las colectividades. No es suficiente hablar de "ágape" si luego se traduce en espíritu de cruzada. Este estudio teológico sobre el Opus Dei creo que está aún por hacer, a pesar de algunos ensayos sobre Camino.

Finalmente, no hay teología fuera de contexto. Y el contexto hispánico de los años 30 así como de los años 40 colorean fuertemente la interpretación que el Opus Dei hace de sí mismo y del hecho cristiano.

Simplificando, resumiendo y dando un amplio margen de indeterminación se podrían hacer resaltar los siguientes puntos, ¿los puedo llamar "theologumena"?:

1. El catolicismo romano es la única religión verdadera fuera de la cual no hay salvación, porque sólo él contiene toda la verdad.

2. Dentro del mismo catolicismo sólo unos pocos tienen la valentía de seguir todas sus exigencias heroicas y a ellos cabe la tarea de ser los continuadores de la obra mesiánica de Jesús.

3. Sacerdotes y religiosos que tradicionalmente cumplían esta misión deben ser, por lo menos, complementados por seglares que la ejerzan:
a) en el mundo, y
b) con los mismos medios del mundo (prensa, política, mundo del trabajo, economía, industria, riqueza...).

Para ello se impone la disciplina más severa y la flexibilidad más sutil: la voluntad de vencer (para Cristo se entiende) e inteligencia de las estructuras anímicas y sociales, esto es, conocimiento del hombre y de la sociedad (la Ciencia al servicio de Cristo).

4. Si hay injusticia y desorden en el mundo es porque "nosotros" (los buenos, los católicos, los practicantes, los que seguimos los consejos evangélicos) no tenemos el poder. Por consiguiente, todos los problemas sociales, del trabajo, de guerra y de paz, etc., están supeditados a que esa élite se haga con las riendas que gobiernan el mundo: la teología de las causas segundas. Debemos aprender de los Césares, Napoleones, Mussolinis. Lo que ocurre es que ellos eran malos. Por eso fracasaron.

5. El arma para la instauración del Reino de Dios es el trabajo ordinario. Todo va ordenado a este fin. La oración, la penitencia y demás virtudes como la perseverancia, la prudencia, la fortaleza..., se ejercitan en la palestra del trabajo ordinario dirigido a la conquista de los primeros puestos de la sociedad, en todos los órdenes (político, económico, científico, cultural), para desde allí implantar el reino de la justicia, del amor y de la paz. Cualquier sacrificio, en aras de tan noble causa, sabe a poco. No vencerás, Gedeón, tienes demasiada gente. Selecciona sólo

a los más aguerridos.

6. El mundo no nos entenderá. Los tibios tampoco. Incluso dentro de la Iglesia gente bonachona como Juan XXIII que quieren pactar con el mundo tampoco pueden comprender aquel espíritu de combate que se solía mantener vivo por la plegaria a san Miguel que de rodillas decían los sacerdotes después de la misa. Pero, en general, los buenos han sido hasta ahora poco inteligentes. "Nosotros" tenemos el deber, y la vocación, de ser buenos e inteligentes: ¡el minúsculo resto de Israel!. De ahí la discreción y aun el secreto, la "disciplina arcani", si es necesario, para no caer en las asechanzas del "espíritu del mal". ¡Ingenuos, no!

7. Esta utilización de todos los resortes del mundo (ingenio, estrategia, política, dinero, ciencia...) por conquistar el poder para la instauración, modernizada, del ideal de la cristiandad, en una palabra, esta confianza en los medios naturales, exige una utilización simultánea de los medios sobrenaturales, puesto que de lo contrario se rompería el equilibrio y la empresa dejaría de ser opusdei. Sin oración, sacrificio, obediencia, santidad... no se consigue nada. Todo va unido. Todo es congruente. Lo que no se pone en tela de juicio es la subyacente idea de Dios y de su Reino.

III. Alberto:
Podría seguir indefinidamente, y, como ves, continuar presentando las cosas desde una ambivalencia acaso inquietante para algunos. Pero son muchos los cristianos que suscriben las anteriores tesis. Y son legión también los que no las formularían así, las interpretarían diferentemente o las complementarían con otras. La espiritualidad de Francisco de Asís, reflejada recientemente en la obra sobre el santo por Leonardo Boff, por ejemplo, representaría otra lectura cristiana. Las nuevas olas de la "moral majority" de los Estados Unidos de Norteamérica nos darían nuevamente otra interpretación de la Biblia. El pluralismo teológico es una realidad.

El motivo por el cual me resistía a entrar en todo este negocio, como te reiteraba al principio, estriba en la distracción que para mí supone preocuparme por la menta, el comino y el anís, cuando la importante de la Vida, la "Torah" como dice el texto, es la justicia, la misericordia y la fe (el discernimiento, la compasión, la lealtad), para citar de nuevo al Evangelio. Cuando el mundo arde, cuando la humanidad en sus tres cuartas partes sufre de injusticia humana, cuando el planeta cruje por la "hybris" del hombre, cuando el cristianismo sufre dolores de parto para engendrar una "cristianía" liberadora de sistemas de vida y de pensar del pasado, cuando lo que el Evangelio conmina es a una "metanoia" radical, cuando lo que está en tela de juicio son los últimos seis mil años de experiencia histórica (la vivencia humana del "homo historicus"), preocuparse por los detalles de un grupo mesiánico, me parece interesante en la medida que ello no nos enajena del "unum necessarium" de la Vida, para seguir con frase de Cristo, aunque no interpretada, evidentemente, como un "unicum" exclusivo y partidista. Dicho de otra manera, los problemas actuales del hombre -y no sólo los de la humanidad- exigen un "pathos", un "eros" y un "agape" en prof undidad y extensión difícilmente compatibles con la rutina de una existencia al servicio de un Sistema -de praxis y teoría- que a todas luces conduce al homicido y terricidio.

Me auguro que tu libro nos haga pensar a todos, y actuar en consecuencia, para sacudirnos esa peligrosa banalidad que nos amenaza.

Dándote las gracias nuevamente por haberme hecho volver a pensar sobre mi pasado en función del presente, te abraza y te es amigo,
RAIMUNDO
Tavertet, 8 de setiembre del 1986.- Fiesta de todas las Vírgenes negras.

6. ORGANIZACIÓN Y COSTUMBRES

A los jóvenes que iban entrando en su confianza, Escrivá les pone un plan de vida cuyo esquema se mantiene sustancialmente en vigor.

El plan contiene un cierto número de prácticas piadosas, como la oración, la frecuencia de sacramentos, la lectura espiritual, etc., que ocupan algo más de dos horas diarias en la jornada de esos estudiantes. Para muchos de ellos, católicos tradicionales, aquello no era ninguna novedad, aunque les impresionaba alguna de las maneras como Escrivá organiza esas prácticas.

"Impresionaban mucho -cuenta Fisac- aquellas meditaciones que nos hacía el padre Escrivá en el oratorio, casi a oscuras, sólo con una lamparita encendida, en la mesa desde donde él predicaba. También nos resultaba nuevo su modo de decir misa, muy reposada y barrocamente, con un latín distinto al usual y con casullas nada rígidas."

Pero el plan contiene también normas relacionadas con los tres votos que empiezan a practicar los más cercanos y que asumen en su integridad los que se hacen de la Obra.

"En la admisión había que formalizar la entrada escribiendo una carta al padre Escrivá -cuenta Fisac- aunque a mí me la hicieron escribir después, pues fue el propio padre el que me incorporó a la Obra, sin que yo tuviera el valor suficiente para negarme. A los pocos meses había una pequeña ceremonia: la oblación, en que uno hacía los votos delante de la cruz de palo, en presencia de testigos. Yo recuerdo haberla visto hacer a Alvaro Portillo, Enrique Alonso Martínez y José Ramón Herrero en el año 1936. Esta oblación se nos decía que la renovásemos en la fiesta de san José, de una forma particular, lo mismo que los votos perpetuos."

Los votos eran los tradicionales religiosos de pobreza, castidad y obediencia, acoplados a la peculiaridad del caso por las interpretaciones que hacía Escrivá y que se plasmaron en las constituciones y el catecismo.

"Pero eso fue más adelante -comenta Fisac- porque las Constituciones no se redactaron hasta los años cincuenta, al ir a pedir la aprobación vaticana y a tono con las circunstancias del caso. En la Obra había una praxis de los votos que antes de la guerra se resolvía de una manera muy sencilla, haciendo caso de los consejos del Padre y, en concreto, preguntándole a él si se renovaban o no."

Algunos jóvenes fervorosos se tomaban muy en serio sus obligaciones y se reprendían entre ellos cuando algo no iba bien. La costumbre de la corrección fraterna se convirtió en seguida en una muestra de buen espíritu.

Sin embargo, con el Padre presente, todo se reconducía a su autoridad.

En las vidas de aquellos estudiantes de los años treinta, los votos no planteaban apenas problemas teóricos. Se dedicaban al estudio y al apostolado. Sería después dc la guerra, con la

Aquella expectativa nunca se cumplió, tanto porque las colisiones entre la dedicación a la ciencia y a "las cosas de casa", al apostolado, se solventaban siempre a favor de lo segundo, como porque la media social estadística de los numerarios pertenecía a la clase media y muchos a la clase media de extracción rural. En ese sentido la clientela del Opus Dei de los años cuarenta y cincuenta reflejaba el mundo universitario de entonces, gran parte de cuyos componentes procedían de familias de profesionales, de funcionarios.

Es cierto que en los ambientes de las residencias se proscriben los chistes de mal tono, las posturas y actitudes equívocas, pero la insistencia en la hombría llevaba a veces consigo la adopción de actitudes machistas, a tono con la época, y se permitían y hasta se fomentaban algunos tacos que lo subrayaban. Era lo que el Padre llamaba "el apostolado de la mala lengua".

También muchos postulantes fueron introducidos allí en el uso del tabaco, asociado a la normalidad masculina.

Desde que se abrió el centro de estudios de Diego de León, y a consecuencia de las prácticas allí diseñadas, se fue profundizando en las actitudes de sometimiento al superior, de disciplina de la voluntad, con la consiguientes amputación de tendencias individuales. El paradigma de chico obediente, estudioso y disciplinado, que no se plantea problemas y que concentra sus energías y sus ilusiones en el proselitismo, desembocaría en un comportamiento pueril, trivial.

"A medida que yo me dedicaba cada vez más, casi exclusivamente, a mi profesión -comenta Fisac-, notaba que en las casas de la Obra se desarrollaba un cierto infantilismo."

Esa mentalidad, tan propia de seminarios, de cuarteles, en los que hombres jóvenes cultivan un espíritu de docilidad en torno a ideales de comportamiento muy sencillos, a la vez que muy dramáticos, era inevitable que se diera también en el Opus Dei, entre otras cosas porque Escrivá no fomentaba en sus discípulos el cultivo de otras aficiones.

"Conocí a muy poca gente con inquietudes intelectuales, interesada en leer otras cosas que no estuvieran relacionadas con los estudios o la profesión: igualmente, pocos con preocupaciones artísticas -continúa Fisac-. Algunos había a los que les gustaba la música clásica, pero su número no era significativo y el Padre lo aceptaba con cierto desprecio, ya que a él lo que le gustaban eran los cuplés de Conchita Piquer."

Tampoco había mucho interés por la religión, en su sentido teológico o místico. Escrivá imponía una observancia basada sustancialmente en el quebrantamiento de la voluntad, en la obediencia, y en una vida interior definidas como un trato amistoso con Jesucristo, con la Virgen, una especie de antropomorfismo teológico, de base sentimental.

Los mayores, algunos catedráticos, algunos profesionales, tenían, en aquellos años cuarenta, las responsabilidades de administración y dirección de la Obra, que aún les impedía más otros afanes y estaban, por otra parte, influidos por el ambiente existente en la clase media de la posguerra española.

La vocación tenía para aquellos muchachos un carácter totalizante. Todo en sus vidas estaba

madurez profesional, cuando empezaran los verdaderos problemas.

La posguerra española impuso, por sí misma, un ascetismo en la clase media, que se reflejaba en las primeras casas del Opus Dei.

"En los años cuarenta el padre Escrivá ponía mucho empeño en que estuviéramos bien alimentados y, muchas veces, las deudas que teníamos eran simplemente la consecuencia de ello -recuerda Fisac-. En muchas casas del Opus apenas había para comer."

Bien pronto las austeridades naturales de la época se incrementaron con las voluntarias, introducidas por Escrivá, a semejanza de la observancia monástica. Aquellos jóvenes se acostumbraron a manejar las disciplinas, una o dos veces por semana, y el cilicio, que llevaban dos horas diarias, bien apretado al muslo, durante las horas de estudio. Una vez a la semana había que dormir en el suelo, en el famoso día de guardia, que cada uno tenía señalado para redoblar la observancia en servicio de sus hermanos.

Como las casas eran pequeñas, los numerarios dormían de dos en dos, o más aún, en cada cuarto.

"Todo aquello -sigue Fisac- se hacía con espíritu deportivo y el buen humor propio de la juventud, sobre todo cuando en invierno nos helábamos en la ducha fría matutina."

Sólo el paso del tiempo y los naturales achaques pusieron frenos a esa buena disposición de la mayoría. En los años cuarenta y cincuenta, la observancia, el llamado buen espíritu y el buen humor eran la tónica general entre aquellas docenas, pronto centenas de opusdeístas.

Escrivá recorría constantemente las casas desde su residencia madrileña, primero Jenner y en seguida, 1940, Diego de León, catorce, hasta que se marchó a Roma en el 46. Los opusdeístas recuerdan su talante y sus palabras, que tenían una resolución y una contundencia notorias.

"Cuando aún éramos pocos -recuerda Fisac- el Padre se preocupaba verdaderamente de cada uno de nosotros, incluso en el aspecto físico, de salud. Era una mezcla de exigencia y de actitud paternal que nos acercaba mucho a él, incluso con la sensación de distancia que el padre Escrivá marcaba siempre."

Su mensaje era repetitivo y monocorde por aquellas épocas. La insistencia en la oración y en el sacrificio, en la obediencia ciega, en la necesidad de conseguir puestos docentes en la Universidad y, sobre todo, el omnipresente apostolado, la recluta de más y más numerarios.

Con el paso del tiempo se iba dibujando el perfil paradigmático del buen numerario, del que tenía y difundía el buen espíritu. Se trataba de partir de la distinción intelectual. Escrivá remachaba una y otra vez que "nosotros debemos destacamos por pertenecer a la aristocracia de la inteligencia y mostrar una extremada delicadeza en el trato mutuo".

subordinado, condicionado, a las obligaciones ascéticas, a las instrucciones apostólicas y no tenían literalmente tiempo de abrir sus ojos a las otras realidades. El mundo exterior se les presentaba, o bien como un lugar donde reclutar más adeptos, o como un escenario en el que, más adelante, influirían en razón a su posición profesional, infiltrándose "como una inyección intravenosa en el torrente circulatorio de la sociedad", según rezaba la Instrucción de san Gabriel.

Paralelamente el apoyo más sólido de todo aquel esfuerzo era la solidaridad, el compañerismo, el verdadero cariño fraternal que se despertaba entre quienes compartían día y noche aquella aventura.

"Realmente había verdadera amistad, sobre todo en los primeros tiempos -explica Fisac-. Era una amistad fruto de la compenetración espiritual, de la devoción al padre, pero también la consecuencia del trato afectuoso, impuesto por él. Nos ayudábamos mutuamente en pequeños servicios, como quedarse un día de fiesta repasándole a otro un examen, haciéndole compañía en casos de enfermedad, prestándole esos mil favores de la camaradería juvenil. Precisamente, recuerdo que cuando Isidoro Zorzano tuvo que hospitalizarse, debido a una penosa enfermedad ganglionar, yo iba todos los domingos a hacerle compañía y me resultaba gratificante poder hablar con él de mi deseo de salir de la Obra, del malestar que me ocasionaban los escrúpulos de mis problemas sexuales, que él comprendía. Isidoro llevó su enfermedad tan ejemplarmente como había llevado su vida. Cuando murió, el padre Escrivá reaccionó de una manera muy extraña, como con miedo, y dejó que Eduardo Alastrue y yo le amortajáramos, sin intervenir él para nada.

"En verdad se trataba de una verdadera familia, en la que se compartían alegrías y penas, satisfacciones y sacrificios -prosigue Fisac-. Aunque pronto, sobre todo los que teníamos menos espíritu de mortificación, empezamos a sufrir las consecuencias de la uniformidad impuesta, de los caprichos de algunos superiores y del propio padre Escrivá."

Con frecuencia muchos ponían de relieve la diferencia entre la familia espiritual y la natural, sobre todo cuando algunos padres y madres de numerarios empezaron a resentirse de la actitud secretista de sus hijos. Con la petulancia de la poca edad, muchos subrayaban la incomprensión de esas familias de sangre, a las que algunos, de broma, llamaban "familia de palo".

En aquellos tiempos, Escrivá predicaba el liberarse muy estrictamente de los afectos familiares, en la línea tradicional de la formación frailuna, que postula el alejamiento espiritual de la familia propia para robustecer la voluntad. Eran los tiempos clásicos de la religiosidad elemental, en una posguerra en la que crecían las vocaciones como una salida social y económica a tanta juventud idealista y poco ilustrada del bando vencedor.

Los episodios de conflictos entre los numerarios y sus familias eran muy frecuentes, sobre todo por el secretismo de la organización, ya que Escrivá aún no podía explicar las características canónicas de la Obra a aquellos padres y madres que pretendían saber en qué lío se habían metido sus hijos. Los conflictos se hacían a veces más graves por la inexperiencia y la falta de tacto de algunos directivos, jóvenes en su mayoría, que patrocinaban un desprendimiento familiar excesivo e incluso humillante. Sin embargo, aquello era compatible con la habitual solicitud de dinero a las familias, lo cual contribuía con frecuencia a que las tensiones fueran mayores.

La hipótesis de que la vocación de numerario tenía que vivirse en casas de la institución era

muy estricta, de modo que se hacia necesaria una dispensa del Padre, la llamada dispensa de vida de familia, de la que disfrutaban algunos, como Rafael Calvo Serer. Como contrapartida, aquellos socios que no daban la talla intelectual o social, que se estimaba necesaria para la condición de numerario o aquellos que, por enfermedad u otra causa, no podían hacer vida en común, es decir, los llamados, primero oblatos y luego agregados, tenían expresamente prohibida dicha vida común y se relacionaban con los demás en actos de formación. Pronto se empezaron a aceptar también oblatas.

La vida en común de numerarios y numerarias fue el principal terreno en el que se desarrolla la tendencia reglamentista de Escrivá.

"Poco a poco, las normas, reglamentos, notas y avisos que llegaban de Roma terminaron por cubrir la entera actividad nuestra -comenta Antonio Pérez-. El padre Escrivá era muy intervencionista, muy detallista. Cuando aún vivía en España, no se le pasaba nada por alto y hasta se daba cuenta de si habíamos cambiado una silla de sitio. Cuando se marchó a Roma, esa minuciosidad se tradujo en el flujo de correspondencia normativa que enviaba.

"Recuerdo que me impresionó mucho el control personal que el Padre retenía sobre los habitantes de la casa de Roma. Por la noche, en la cena, las sirvientas le pasaban una nota en la que figuraban las llamadas telefónicas que los miembros del colegio romano habían sostenido ese día. Ya teníamos controlada la correspondencia, pues, como es sabido, los superiores deben leerla antes de recibirla o enviarla, pero lo del teléfono fue una innovación suya en Roma."

"A mí, desde el principio -recuerda Fisac- el control de la correspondencia me molestaba mucho; más que un acto de humildad me parecía una humillación, y sobre todo cuando me enteré de que estaba expresamente prohibido por el Código de Derecho Canónico. En varias ocasiones, y de una forma expresa, abrí y cerré cartas mías o dirigidas a mí, delante del Padre, sin entregárselas, y recibí la amonestación correspondiente."

"En cierto sentido -continúa diciendo Antonio Pérez- el padre Escrivá tenía más mentalidad de director local que de Presidente de la Obra. Quería que le consultáramos todo y yo, que me había tomado en serio las competencias que me otorgaban, por mi cargo, las Constituciones, sufrí mucho las consecuencias de haber obrado de acuerdo con aquella descentralización funcional, que él de hecho no deseaba.

"Lo peor, no obstante, no era cuando él personalmente estudiaba un tema y tomaba una decisión, sino cuando los que tenía a su lado en Roma, gente generalmente joven e inexperta, redactaban las decisiones que él se limitaba afirmar -insiste Antonio Pérez-. El intervencionismo era particularmente angosto con la sección femenina. Recuerda que una vez me vino una numeraria pidiéndome una explicación porque había recibido una nota de Roma indicando que en nuestras casas no debería entrar nunca carne picada."

Las casas de la Obra eran de dos clases. Por una parte estaban las residencias universitarias, donde se alojaban y trataban personas que no eran de la Obra y, entre las que actuaban, como levadura, numerarios o numerarias. Y por otra parte, las casas de estricta observancia, en las que vivían alrededor de diez personas. Para los períodos de formación estaban los centros de estudio, que se maquillaban externamente de residencias de estudiantes.

La instalación de Escrivá en Roma dio origen, por un lado, a ese reglamentismo epistolar a distancia y, por otro, al desarrollo de la organización interna.

"Las Constituciones de 1950 -cuenta Antonio Pérez- tenían una parte doctrinal y otra orgánica. La primera era más o menos el espíritu de la Obra, y en la segunda había un proyecto de definición de competencias y de estructura funcional, que de hecho no funcionaba porque, mientras vivió el padre, aquello siempre estuvo en período constituyente, pese a los que, como yo, nos tomábamos en serio esa carta de derechos."

Las casas de la Obra tenían órganos de decisión, los consejos locales, formados por tres personas pero en el que la figura del director era fundamental y carismática, un poco el trasunto del Padre. El director era la persona con quien los socios hacían su confidencia, a quien consultaban sus decisiones y el que, en último término, tenía la palabra final en todos los asuntos. Un sacerdote, si lo había, era el confesor de la casa y el asesor del consejo local y, en ocasiones, se entrecruzaban los fueros interno y externo, porque también los sacerdotes eran gente joven, entusiasta y sin pretensiones de independencia pastoral.

Probablemente el tema más conflictivo ha sido el acceso a la conciencia del socio. La Iglesia católica, después de numerosos conflictos al respecto en la larga historia de la vida religiosa, había prohibido y así figura en el Código de Derecho Canónico, el que personas que no sean sacerdotes, y fuera del acto de confesión, tengan acceso a la intimidad de la conciencia.

Aquello no impidió a Escrivá regular la práctica semanal de la confidencia, una charla del socio con su director, en la que el socio debía abrirse plenamente y manifestar sus disposiciones interiores, a la vez que dar cuenta de sus acciones. En los primeros tiempos aquello era un acto más, entusiasta y sincero, de solidaridad y docilidad. Pero con el paso del tiempo, muchos socios y no pocas asociadas se encontraron asfixiados por esta práctica, paralela a la confesión, y todo ello robustecido por la prohibición de confesarse "fuera de casa" e incluso con otro sacerdote de la Obra que no fuera el designado para cada casa o centro.

En un clima de simplicidad en el que frecuentemente se confundía el comportamiento apostólico con el estado de ánimo, muchas voluntades eran contrariadas hasta extremos dolorosos, inverosímiles. "Hasta el borde del suicidio", dice Fisac.

El capítulo patológico de tantas vidas de socios y asociadas comienza a salir a la luz. Muchos conflictos de conciencia se transformaban, por decisión de los superiores, en cansancios o enfermedades, recetándose descanso o tranquilizantes para encubrir lo que no era sino una necesidad de clarificación biográfica. Bastantes casos, fuera y dentro de la Obra, testimonian con sus depresiones, neurosis y hasta intentos de suicidio, semejante estrategia directiva, que hizo salirse de la Obra y de la Universidad de Navarra a un numerario médico que se negó a administrar tal política.

"Como consecuencia de aquel estado de ánimo -recuerda Fisac- yo adquirí un profundo insomnio. Entonces a Amadeo de Fuenmayor no se le ocurrió mejor solución que ponerme en manos del doctor Poveda, el supernumerario ayudante de López Ibor, quien me puso unas inyecciones intravenosas, que me producían unos shocks morrocotudos, pero que no me aliviaron. El insomnio y todo mi malestar desapareció al dejar la Obra."

Esa asfixia espiritual se basaba también, aparte de en el clima del nacionalcatolicismo que respiraba Eserivá, en la escasa referencia que había en las constituciones a los derechos de los socios. "El único derecho de los socios es el de cumplir con su deber", adoctrinaba frecuentemente Escrivá.

La posibilidad de reclamar a los superiores mayores, que estaba abierta legalmente, se consideraba una práctica de mal espíritu, por lo que la historia del Opus Dei es también la historia de muchos actos de autoritarismo espiritual.

"Yo no hubiera solicitado nunca la admisión en la Obra, pero como mi disposición externa era muy entusiasta, parecía que realmente tenía vocación -recuerda Fisac-. Para mí estar allí fue terrible, como lo supieron desde el principio mis superiores y confesores del Opus Dei. Es incomprensible poder justificar mi estancia en el Opus durante tantos y tantos años. Sin embargo, si yo hubiera podido consultar mis dudas con alguien ajeno a la Obra y le hubiera explicado mi situación, seguro que me habría recomendado que me saliera en seguida, y yo lo habría hecho inmediatamente. Pero allí dentro se consideraba que era una falta de lealtad y un síntoma de mal espíritu hablar de problemas de conciencia con sacerdotes que no tuvieran nada que ver con la Obra. El Padre repetía siempre: "La ropa sucia se lava en casa.

"Así fui tirando hasta llegar a extremos de verdadera desesperación. Sólo un intenso trabajo profesional me hacía olvidar de todo lo que me rodeaba. Me refugié únicamente en el trabajo. Aunque, de otra parte, la relación con los miembros de la Obra con los que vivía transcurría muy grata y familiarmente. Pero mi labor era exclusivamente el hacer arquitectura. En esto, tratándose de proyectos que no tenían nada que ver con las casas de la Obra, el Padre nunca me puso objeciones para que los hiciera como a mí me pareciera. Él solamente imponía su criterio estético cuando se trataba de construcciones del Opus Dei.

"Sin embargo, aparte de este trabajo profesional, yo procuré no hacer apostolado, porque el proselitismo para captar nuevos socios me parecía hipócrita hacerlo yo, que no tenía vocación.

"Durante todo el tiempo que estuve en el Opus Dei, me coaccionaron hasta extremos inadmisibles. Tanto que, cuando al final conseguí que me dejaran salir, Alvaro Portillo me pidió perdón por esas coacciones y las justificó diciéndome que como yo había mostrado una gran generosidad, ellos la habían interpretado como vocación."

Otro tema importante era la confusión en la obediencia. Al estar tan mezclados los planos espiritual y temporal en la dirección espiritual de los socios, y ejercerse ésta tanto por el sacerdote como por el director laico, era muy difícil no echar en el recipiente común de "buen espíritu", las sugerencias, de todo tipo, que los socios recibían, de modo que cambiar de carrera, o subordinar ésta al cumplimiento de tareas apostólicas, o hacer gestiones en beneficio de las publicaciones, terminaban siendo incorporados al perfil de la observancia, con lo cual era prácticamente imposible, salvo a los cínicos o más avisados, distinguir entre lo que la Obra quería de ellos para conducirles a la perfección cristiana y lo que les exigía para producir la expansión de las realizaciones materiales.

En cierto sentido esto fue una consecuencia de la hipótesis principal de que complacer al Padre era la sustancia de la entrega en el Opus Dei, y esta complacencia, con el paso del tiempo, incorporaba la colaboración a cuantas aventuras diseñaran los superiores, o la citada

subordinación de la profesión civil a los mandatos de la obediencia.

Esto empezó a ser más evidente cuando la operación política y económica exigía que sus protagonistas estuvieran de acuerdo, entre ellos y con las iniciativas emanadas de Roma.

"Uno de los problemas más graves que yo fui teniendo era mi defensa de la libertad de los socios que actuaban en esas esferas contra la indiscriminada explotación de su situación por parte de la Obra -cuenta Antonio Pérez-. Yo estaba naturalmente a favor, sobre todo al principio, de que esa presencia favoreciera al apostolado, pero creía que ello debería hacerse sin forzar la conciencia de los directamente afectados. Recuerdo el mal rato que pasé cuando vinieron unos numerarios de Roma, italianos, con instrucciones del Padre para que Alberto Ullastres les ayudara en unos negocios que habían planteado. Venían incluso con la pretensión de que Alberto, ministro de Comercio, fuera a tratar del asunto a la casa de la Obra en vez de recibirlos en el Ministerio. Yo me negué a ello y me llevé una buena bronca. Al final Alberto los recibió y creo que no se llegó a nada, pero lo desagradable era la sensación de que había un dominio eminente del Padre, no sólo sobre nuestra vida interior y nuestro apostolado, sino sobre la actividad profesional individual de los socios."

A esta intromisión en la vida profesional también cooperaba la extremada solicitud de la mayoría de los superiores por no llevarle la contraria al Padre. Esto se explica, no sólo por la filial devoción de ellos, sino por el método de elección de estos superiores, un gran número de los cuales eran seleccionados en primer lugar por su capacidad de obediencia, de hacer las cosas sin replicar. Si además se trataba, en muchos casos, de personas jóvenes, sin mucha experiencia, el efecto era aún peor.

"El Padre tenía una gran preferencia por estar rodeado de jóvenes, casi chiquillos -cuenta Antonio Pérez-. Con el paso del tiempo, el gobierno de la Obra estaba protagonizado, naturalmente por él, pero en segundo lugar por una gran cantidad de jóvenes que cumplían sus órdenes con entusiasmo y sin el menor sentido crítico. Y, paralelamente, muchos mayores, que habían sido protagonistas de los comienzos y que tenían experiencia, eran apartados de las tareas de gobierno, en beneficio de aquella savia nueva."

Esto se hizo notar sobre todo cuando se internacionalizó la casa central de la Obra, en la que jóvenes españoles y no españoles, a comienzos de los años sesenta, cubrieron la mayoría de los cargos, especialmente la secretaría de Escrivá, y cuando en los países se produjo una cierta descentralización, dividiéndose las comisiones regionales en delegaciones. En todo aquel despliegue, la juventud y el sentido reverencial de la obediencia eran condiciones habituales de los nuevos superiores.

Aquellas nuevas promociones de superiores eran gentes que habían entrado de pequeños, muchos nacidos en el seno de familias de supernumerarios, que habían estudiado en colegios de la Obra y que se habían ordenado sacerdotes sin apenas experiencia profesional y mucho menos, experiencias en la vida civil. Eran por consiguiente más simplistas, más fanáticos, que los primeros.

El reglamentismo de que hacía gala Escrivá desde Roma tuvo un ámbito en el que se ponía de manifiesto la gran desconfianza del mando hacia los socios. Se trata de lo económico, del dine-

ro. La desconfianza era subrayada por los modos de algunos superiores que, como Hernández Garnica, solía decir: "En estas cosas, piensa mal... y te quedarás corto."

Aquello evidentemente contradecía la general buena voluntad y la positiva actitud de entrega con la que la gran mayoría de los socios solteros habían entrado en la Obra y, desde luego, no quedaba afectada por los pocos casos de aprovechamiento individual. Bien es cierto que muchos socios, al entrar en la Obra, cambiaban de posición social hacia arriba y que la Obra empezó a convertirse pronto en una plataforma de influencias y colocaciones, pero aquello no daba pie a las extremadas precauciones con las que los numerarios debían comportarse en relación a la pobreza, al dinero y a los secretos económicos de la Obra.

"Parte de los votos de secreto y juramentos promisorios tenían que ver con la gestión económica -recuerda Saralegui-. A los que nos dedicábamos a la administración se nos hacía prometer, antes de ser nombrados, toda clase de cautelas respecto a la utilización y memorización de datos y documentos, en una curiosa mezcla de desconfianza y observancia religiosa."

Los numerarios entregaban en la caja de la casa todo el dinero que ganaban y pedían lo necesario para sus gastos ordinarios, de acuerdo con los superiores y siempre dentro del esquema de escasez que prevalecía. No podían tener cuentas bancarias individuales. Igualmente ponían a nombre de otros de la Obra sus bienes y, al final de cada mes, debían entregar al director, como parte de la confidencia, una cuenta de los gastos que habían efectuado.

Pero cuando empezó la madurez profesional de los numerarios estas técnicas contables se demostraron confusas e inapropiadas, con lo que se generaron corruptelas, tales como mantener un cierto fondo de negocios para los profesionales, crear patrimonios de libre disposición que permitieran, con o sin el permiso de los superiores, gestionar los negocios propios. Al hilo de estos episodios se produjeron, como con las sociedades auxiliares, incontables tensiones entre administradores y superiores, nacidos de los diferentes puntos de vista existentes en cuanto a las decisiones sobre inversión o reparto de beneficios, amortizaciones, etc., es decir, sobre aquellos aspectos que los superiores de la Obra no tenían por qué conocer bien, pero sobre los que ejercían una competencia nacida del derecho interno o de la praxis de los votos.

Ésta fue una de las razones por las que, poco a poco, se empezó a delinear una clasificación práctica entre aquellos socios que desempeñaban tareas civiles, para cuyo desarrollo tenían una cierta bula, y los dedicados a tareas internas o a la enseñanza, que cumplían una observancia más plena de la condición del numerario. Los primeros, en razón a los beneficios externos que producían y a su imagen social, eran exonerados de algunas de las reglas de control sobre vidas y haciendas que los segundos cumplían estrictamente, desde pedir permiso para viajar o comer fuera de casa hasta la naturaleza y estilo de la vestimenta, pasando porque en las casas estaba reglamentado hasta los periódicos que se podían leer o los programas de televisión que se podían ver.

En la práctica, a partir de mediados de los años sesenta, se produce una clara delimitación sociológica entre los numerarios con tarea profesional civil y los dedicados a las tareas internas de gobierno y administración, a las labores de educación y Prensa confesional.

Una cierta influencia en ello tiene la edad, con más manga ancha para los mayores que viven en casas pequeñas. También influye el grado de observancia personal, pues a los que plantean algún tipo de conflicto y se les desea retener, se les consienten muchas libertades e incluso se

les concede dispensa de vida de familia. De esta manera se produce una permanente negociación de casos, dependiente de las fluctuaciones profesionales, de la edad y del estado de ánimo de muchos numerarios y numerarias, en la que los superiores van creando una casuística que contrasta con la vida más lineal, más observante, de los que se dedican a tareas internas o a ocupaciones con un débil perfil de protagonismo personal.

Es de este último grupo del que se produce principalmente la cooptación para la jerarquía interna y el sacerdocio, con lo cual cada vez es más advertible la brecha, en comportamiento, en ideología, entre ambos tipos de socios, que se perfila como una distinción de hecho, de mayor importancia práctica que la legal existente entre numerarios y supernumerarios.

Y a medida que se va creando la red de centros, iglesias, clubs juveniles, colegios, residencias de estudiantes, casas de atención a la mujer, etc., se crea, paralelamente, una especie de carrera interna, un status peculiar de aquellas personas que, en la vieja terminología, se dedican durante toda o gran parte de su vida, a "cosas de casa". Con el paso del tiempo, este grupo de numerarios, y sobre todo de numerarias, crece y supera notoriamente al otro grupo de profesionales independientes.

E incluso, en términos de responsabilidad corporativa y acción apostólica, se crea una especie de solidaridad funcional entre los numerarios destinados a cuestiones internas, con un alto porcentaje de jóvenes, y los supernumerarios, hombres y mujeres casados, a los que los superiores prefieren otorgar las responsabilidades y cargos internos, tales como directores de obras corporativas, antes que a aquellos numerarios más competentes o brillantes que, dedicados a su tarea profesional individual, podrían hacer gala de una indepencia de juicio que los jóvenes y los casados no tienen. El supernumerario mayor, poco intelectual, avezado en empresas y responsabilidades administrativas, o el militar, se muestran mucho más fiables a estos efectos. Es precisamente entre los profesionales independientes solteros, y algunos otros numerarios que se han tomado más en serio la teología o la eclesiología, en donde se produce esa gran desbandada de los años setenta, que deja a la Obra prácticamente sin intelectuales. En esa época abandonan el Opus Dei los restos de aquellas promociones de numerarios que, animados por Panikkar y otros intelectuales de la primera hora, habían participado en las discusiones teológicas y filosóficas surgidas en aquella época, tanto en el seno de la Iglesia como en los núcleos de pensamiento católico, que empezaban a dialogar con las corrientes laicas, con los movimientos sociales, en las confrontaciones de ese período.

El mundo de los numerarios maduros, que no entienden o no comparten la progresiva alineación de Escrivá con las corrientes integristas y anticonciliares en la Iglesia, ni la incorporación de tantos miembros de la Obra a la política franquista y a los núcleos de poder económico más contundentes, se hace muy problemático, produciéndose, no sólo la citada desbandada, sino también un clima de desconfianza interna, una relación ambigua con la superioridad, muy alejada de los primeros tiempos de las lealtades enterizas, de los vientos de aventura, de las solidaridades juveniles. Y entonces empieza a estar mal visto en la Obra el hombre crítico, el que no comulga con las abundantes ruedas de molino ya por entonces confeccionadas por Escrivá, en términos doctrinales o de comportamiento.

Un gran tema en la vida de esos numerarios, como en la de tantos eclesiásticos de la época, lo constituye el voto de castidad, en su doble aspecto de represión sexual y afectiva.

Para los que se dedicaban a las labores internas, hombres y mujeres con un estilo de vida cuasi conventual, que apenas se rozaban con la realidad exterior, la represión sexual carece de contrapuntos. Las rejas rojas, el aislamiento, están complementados por las otras rejas, las

mentales, erigidas por las severas reglas concernientes al trato con personas del otro sexo.

Pocos asuntos han merecido tal cantidad de notas y avisos de Roma. Desde las fórmulas para que los miembros de las secciones masculina y femenina no se traten, con la doble cerradura en los edificios y el teléfono interior para la conversación, que "debe ceñirse a las necesidades de la administración", hasta la casuística sobre cómo no aceptar el estar solo en una habitación con personas del otro sexo, ni comer con ellas, ni mucho menos pasear o viajar con ellas.

La hipótesis de Escrivá era tratar de negar la existencia del otro sexo o eventualmente, para los varones, reconducir el sexo femenino a la condición familiar de hermanas o madres.

La contundencia y extremosidad de las regulaciones sirven en cierto sentido de acicate para la morbosidad pero, sobre todo, constituyen una regulación harto artificial de la vida cotidiana de los profesionales civiles. Muchos opusdeístas, que trabajan en oficinas, tienen compañeras o colaboradoras femeninas y viceversa, y las reglas de conducta preceptuadas al efecto convierten en extrañísimas tales relaciones, que Escrivá deseaba reducir al mínimo. Escrivá llegó a escribir que los numerarios ejecutivos no deberían tener secretarias sino secretarios, en un intento de cancelación de la praxis laboral.

Como es natural, muchos numerarios y numerarias encontraban -encuentran- en esos compañeros del otro sexo una ocasión natural de atracción física o afectiva, con lo que terminaban aceptando, si eran sinceros, la necesidad de aquellas reglas estrictas. Con ello se hacía aún más dolorosa y culpable la represión de instintos y afectos y se daba aún más motivos a los superiores para ser implacables.

La problemática sexual, en la Obra como en las demás organizaciones de célibes, se convertía en un mecanismo más de manipulación autoritaria, en una fórmula de autodesprecio, en una fuente de incontables lances de conciencia, que mantenían enganchadas a muchas personas durante largo tiempo en una dialéctica autodestructiva. Y cuanto más sinceros, peor.

Hernández Garnica llegaba a decir que si un numerario no tenía nada que contar sobre el tema en la confidencia semanal, ello significaba que no era sincero.

El tema de la sexualidad, el del integrismo religioso, la participación en el franquismo político y económico, más la llegada a la madurez biográfica de muchos -"La crisis de los cuarenta"-, creó un ambiente interno en el que los abandonos, los expedientes de salida, se convirtieron en asuntos de atención cotidiana de los superiores y de especial incomodidad para Escrivá, que asistía a la desafección de tantos de sus hijos e hijas de la primera y segunda horas.

Parece que Escrivá nunca llevó bien ese ejercicio de la libertad individual, en contra de su afirmación de que "las puertas de la Obra son estrechas para entrar pero abiertas de par en par para salir", y dictó instrucciones para hacer más difícil la salida, apelando a todo tipo de argumentos y estrategias.

Ese modo de proceder, que tiene cierta tradición en la Iglesia católica, no hace a la larga sino producir mayor desazón y dolor a cuantos están decididos a dar el paso, así como a bloquear psicológicamente, con los costos emocionales consiguientes a tantos otros. La necesidad de mantener una cierta imagen interna y externa conduce asimismo a mantener toda esta problemática en el más estricto secreto, utilizándose al efecto uno de aquellos juramentos promisorios, promesas accesorias a los votos, que los numerarios hacían. Según él, se prohíbe tratar temas de la Obra fuera de ella, incluso después de dejarla.

"Yo había disentido muchas veces, a lo largo de mi vida en la Obra -cuenta Miguel Fisac- y, en un determinado momento, a comienzos de los cincuenta, hice una crítica formal al padre Escrivá, a través de mis superiores internos, respecto a problemas de organización y estrategia apostólicas. Para mi sorpresa, ellos se mostraron de acuerdo con mis puntos de vista. Pero cuando mis reparos llegaron al Padre, éste me llamó, indignado y, prácticamente, me obligó a encerrarme con él y otros pocos en Molinoviejo, donde nos dio una especie de Ejercicios y recriminaciones, tratándome de traidor. Y siguió coaccionándome con toda clase de argumentos.

"Como resultado de este percance, yo me encerré más aún en mi vida profesional, trabajando intensamente para paliar mi situación, y como tenía que viajar continuamente, me quitaba de en medio todo aquello.

"Precisamente, a la vuelta de uno de mis viajes, ante la imposibilidad de seguir, volví a plantear mi intención de salirme de la Obra. Así se lo comuniqué a Antonio Pérez a quien el Padre, como respuesta, le indicó que fuera a verle a Roma.

"Allí me tuvieron dos o tres días, y entre el Padre y Alvaro Portillo trataron de retenerme una vez más, diciéndome, incluso, que al Padre le haría ilusión que yo le acompañara en el coche a un viaje a Viena. En fin, esa vez tuve la suficiente energía para no ceder y marcharme. Me volví a Madrid y dejé la casa de Diego de León, y, ya en casa de mis padres, aquella noche dormí como el que se ha librado de una pesadilla.

"Desde ese momento tuve, claro está, que reorganizar mi vida en todos sus aspectos. Al terminar mi carrera, trece años antes, la situación laboral de los arquitectos, aquel año de 1942, era muy buena. Éramos solamente diez alumnos y todos se colocaron rápidamente. A mí también me ofrecieron algunos puestos de trabajo, en donde podía haber realizado proyectos de tanta o más envergadura que los que hice, y podía haber llegado a conocer promotores y clientes que, en mi situación dentro del Opus Dei, no conocí. Y digo esto porque, injustamente, se me ha querido presentar como un desagradecido a la Obra, que me había proporcionado la ocasión de adquirir un prestigio profesional.

"Tampoco mi salida fue una ruptura afectiva y quise mantener la amistad con los miembros de la Obra a quienes apreciaba, como al mismo Paco Botella, con el que seguí confesándome, después, por espacio de más de dos años.

"Hasta que me di cuenta, con amargura, de que, por una parte, me obstaculizaban en mi labor profesional, y por otra, me querían atraer a su esfera de influencia, proponiéndome unas colaboraciones que nunca llegaron a plasmarse, o la participación en una enciclopedia, en la cual aparezco al lado de personas de su grupo.

"Tal vez, la primera y más clara decepción de la falta de sinceridad con la que actuaron y el principio de la persecución de la que luego he sido víctima hasta hoy, fue la injusticia con la que actuó el jurado, presidido por César Ortiz Echague, de un concurso para una iglesia en Cuenca, al que presenté uno de mis mejores diseños. Después de admitir en su acta que aquél era el mejor de los proyectos presentados, se lo adjudicaron a un arquitecto de la Obra, diciendo que el mío era muy difícil de ejecutar.

"A esta persecución podría referirme muy extensamente. Durante estos más de treinta años,

todo aquel trabajo que alguien, más o menos vinculado a la Obra, me encargaba, oficial o particularmente, me era retirado, al enterarse de ello en las altas esferas del Opus.

"Recuerdo, entre muchos, el encargo de un proyecto para Altos Hornos del Mediterráneo que, después de unos anteproyectos que habían gustado, estaba desarrollando. De pronto aparece un señor en mi estudio y me pregunta que cuánto me debían porque yo no iba a seguir haciendo aquello. Al contestarle yo que lo que me debían era una explicación, él enrojeció y no supo qué contestar. Villar Mir que, como presidente, era el que me había hecho el encargo, y que nunca más he conseguido que me mirase de frente, fue nombrado, unos meses más tarde, ministro de Hacienda en el Gabinete que controlaba el Opus Dei. Y aquel encargo se le hizo después a otro arquitecto perteneciente al Opus.

"Otra faceta es la familiar. Tres meses después de haber salido de la Obra conocí en una conferencia que yo daba, a la que año y medio después sería mi mujer, y que ni sabía que existía el Opus Dei. Cuando nos casamos, miembros de la Obra propalaron la especie de que yo me había liado con una sueca. Con el paso del tiempo, ellos, y en especial el padre Escrivá, trataron de ignorar mi matrimonio. Recuerdo que yo había pedido a Albareda y Valenciano que fueran testigos de mi boda y no se presentaron. Sólo, al final de la ceremonia, llegó Albareda y me dio un abrazo, como a escondidas. Quizá como compensación, Antonio Pérez me gestionó por su cuenta, la consabida bendición papal.

"Y con ocasión de una estancia nuestra en Roma, yo, con la ingenuidad que me caracteriza, pretendí presentarle a mi mujer y recibí la típica y burda mentira de que no estaba en Roma, después de haberme dicho lo contrario Alvaro del Portillo horas antes.

"Realmente yo recibí y sigo recibiendo, en 1986, la animadversión de los que son de la Obra o simpatizantes de ella, que me consideran como a un enemigo al que hay que perseguir, y también de los que están en contra del Opus y, poco enterados, creen que yo sigo perteneciendo a él. Esta situación mía, que podría parecer manía persecutoria, si no existieran pruebas irrefutables que demuestran su realidad, me inclinaron hace años a procurar que, públicamente, por los periódicos, se diera a conocer. Teniendo en cuenta que yo no había hecho ningún juramento que me obligara a guardar silencio, como parece que han hecho otros.

"No fue posible: Paco Umbral, y después el padre Martín Descalzo, no se atrevieron. Eran los tiempos de la prepotencia política del Opus. Una carta aclaratoria de mi situación a Torcuato Luca de Tena, director de ABC, con el cual tenía una amigable relación, tampoco fue publicada.

"Finalmente, y por casualidad, una colaboradora de "Sábado Gráfico" me hizo una entrevista en la que aproveché para contar mi distanciamiento de la Obra. A partir de entonces arreció la persecución.

"Harto ya de tanta intriga, me decidí por la solución más cristiana: decírselo a la Iglesia. Redacté un memorial, detallando datos y persecuciones de las que, hasta entonces, había sido objeto, me fui a Roma y lo entregué a un obispo de la Curia romana. Me aconsejó que llamara a Portillo -Escrivá ya había muerto- y que le dijera que iba de su parte. Alvaro consideró absurdo que fuera de parte del Obispo y me recibió inmediatamente, con todo cariño, y hablamos mucho. Después, al día siguiente volvimos a vernos. Él me prometió que "daría orden de que no se me persiguiera."

"Ya en Madrid, el consiliario del Opus Dei, Florencio Sánchez Bella, me visitó, por orden de Portillo, y trató de dar la vuelta al asunto, diciendo que "eran figuraciones mías para justificar el

que no me hicieran encargos, porque yo hacía una arquitectura que no gustaba". Y se fue tan tranquilo.

"Pero la triste realidad es que detrás de cada contratiempo económico o social, o profesional, antes o después, siempre aparece en el horizonte algo o alguien relacionado con el Opus Dei."

La problemática de la salida y posterior persecución de miembros conocidos del Opus Dei suele seguir, corporativamente, esa línea de obstrucción profesional, versión sexual y negación de responsabilidad por los superiores de la Obra, que cuenta Fisac.

Los temas económicos son importantes. El voto de pobreza de los numerarios lleva consigo el temor de salirse. Hombres, mujeres, de treinta, cuarenta años, a veces sin habilidades profesionales específicas, se lo piensan dos veces antes de elegir la libertad.

Docenas de casos prueban la utilización de la coacción económica por parte de los superiores de la Obra, en especial si el trabajo de los socios se produce en el ámbito interno o en empresas afectas.

Cuando, por fin, la gente se decide a salir, el toma y daca de los dineros suele ser muy desagradable. Algunos o algunas que durante muchos años han aportado bienes, aparte de los ingresos normales, han tenido que recurrir a reclamaciones cuasi judiciales porque la regla es que la Obra se queda con todas tus aportaciones e ingresos hasta el mismo mes de la salida. Y si uno ha sido honesto y lo ha entregado todo, se encuentra, a veces en edad avanzada, con la necesidad de empezar de cero o recurrir al apoyo familiar.

"Por supuesto, al marcharme de la Obra, en septiembre de 1955, iba ligero de equipaje -recuerda Miguel Fisac-. Antonio Pérez me comunicó que el Padre había dicho que me permitieran quedarme con el estudio de arquitecto, en un piso alquilado, un "Seat" muy usado, y una cuenta corriente que, en aquel momento, tenía un saldo de ochenta mil pesetas y yo debía noventa mil por unos cálculos de estructuras. Es decir, que mi capital era unas diez mil pesetas en números rojos."

Pero escuchemos a otro protagonista:

"No creo que a nadie le pueda interesar cómo, cuándo y por qué me fui del Opus Dei -cuenta Antonio Pérez-; es una cuestión muy personal de la que no tengo que dar explicaciones en público.

"Lo que sí puedo asegurar es que, a su debido tiempo, planteé la cuestión a los superiores del Instituto y al Nuncio Antoniutti, con quien me unía una gran amistad, ofreciendo diversas salidas previstas en las Constituciones, pero ninguna de ellas fue aceptada. Primero, tomando el asunto a broma, como solía hacerse, y luego, con terquedad. El Consiliario que me había sucedido en el cargo, Florencio Sánchez Bella, no quiso recibirme. En cambio el padre Escrivá vino desde Roma a San Sebastián, donde yo estaba precisamente con Antoniutti, y en un aparte, se limitó a decirme cariñosamente: "Tú te me quieres ir pero no te irás; no hablemos más del asunto."

"Sin embargo, acabé yéndome de mala manera. Me buscaron, como era su deber, me encontraron porque disponían de buenos servicios de información, trataron por todos los medios de hacerme volver, pero mi decisión estaba tomada. En vista de lo cual me impusieron una serie de condiciones, que yo cumplí al pie de la letra, y me dejaron en paz.

"En ningún momento me he sentido perseguido por el Opus Dei. Me aplicaron la muerte civil, que es lo que solía hacerse en estos casos, y se acabó. Sé que luego han dicho mil barbaridades de mí, pero allá ellos. Yo tengo la satisfacción de no haber hablado nunca mal de la Obra.

"Bastantes años después, a raíz de mi regreso a España, tuve que sufrir algún desaire por parte de algunos socios del Opus Dei y un incidente muy desagradable con Sánchez Bella, que todavía era el Consiliano. Pero hay personas de las que no cabe esperar otra cosa. En cambio me han dolido mucho las insinuaciones difamatorias de otros, por los que yo sentía gran afecto y de los que esperaba una actitud más noble."

En cierto sentido, que personas como Antonio Pérez sigan existiendo, y les vaya bien en la vida, es una especie de contradicción existencial para mentalidades fanáticas. Socios de la Obra, algún sacerdote, han achacado públicamente al juicio divino desgracias acaecidas a personas después de salirse de la institución.

El caso de Raimundo Panikkar tiene parecidas connotaciones aunque se sitúa más en el ámbito de la censura intelectual.

Cuando Panikkar llegó a Roma, al Colegio Romano, el Padre ya había advertido a la gente de allí. Había dicho públicamente a los alumnos del Colegio que Panikkar llegaba con un propósito especial, que estaba muy cansado, que había que dejarle en paz y que no se le molestara. En concreto se prohibió que nadie se confesara con él. Aquella cuarentena sentó mal a muchos otros, algunos de los cuales lo han comentado, ya fuera de la Obra. Panikkar se mantenía silencioso y se concentraba en ir a clase al "Laterano", un Instituto Pontificio de Teología, en un ambiente francamente irreal. Pero aguantó bien y pronto cambiaron las cosas por la presión de la necesidad. No consiguieron doblegarle y le mandaron solo a la India. Años más tarde la Obra abría la "RUI" en Roma, una residencia universitaria internacional, y parece que, por razones de apoyo financiero y administrativo, Panikkar era el capellán ideal para ella. Le pidieron también para consiliario de un colegio mayor democristiano del Gobierno italiano. Con ello contactó con el mundo intelectual, filosófico y teológico y ganó por oposición la "libera docencia" en Filosofía por la Universidad de Roma.

Pero no parece que aquello sentara muy bien al mando.

Sin embargo, a Panikkar le respetaban cada vez más en ambientes académicos y eclesiásticos, tanto que, en el Pontificado de Pablo VI le convocaron a reuniones importantes y selectas de teólogos.

Una vez, Charles Moeller se enfadó bastante y llegó a hablar con Escrivá porque la Obra no le había dado permiso para ir a una comisión preparatoria de una reunión ecuménica.

En 1964 Panikkar regresa a la India dispensado de sus votos y "prestado" a la diócesis de Varanasi. Dos años más tarde deja de pertenecer jurídicamente al Opus Dei y queda incardinado en la India. Empieza luego su carrera universitaria en Estados Unidos. Cinco años fue profesor de Harvard y quince de la Universidad de California en Filosofía comparada de las religio-

nes. Ahora parece que regresa a Cataluña, aunque no deja la India.

A sus sesenta largos años Panikkar, prestigiado en el mundo académico y respetado en el eclesiástico, sigue participando en el diseño de una espiritualidad planetaria, en los muchos diálogos contemporáneos sobre la salida a un nuevo modelo de civilización.

La problemática es particularmente tensa cuando ex miembros del Opus Dei se niegan a esa especie de embargo que los directivos de la Obra pretenden ejercer sobre la reflexión pública acerca de sus experiencias.

Publicar algo crítico sobre la Obra durante el franquismo era bastante complicado. Había que hacerlo en Francia, donde los protagonistas de las excursiones al cine pomo de Perpignan compraban de paso los libros de "Ruedo Ibérico", editorial que hizo su agosto con los textos de Artigues e Infantes sobre el Opus Dei.

Cuando pretendí, en 1972, poner en la calle mi primer libro, el entonces censor y director general correspondiente, Ricardo de la Cierva, me dijo, con buenas palabras, que sentía mucho negarme el permiso, citándome como razón principal el estar rodeado de hombres del Opus. Efectivamente, el ministro era Sánchez Bella y el subsecretario, José María Hernández Sampelayo, supernumerario.

La desaparición del almirante Carrero, el gran protector, alivió algo la situación y en 1974, mi editor, Juan Fernández Figueroa, se atrevió a publicar el libro en la colección de "Índice", sin siquiera pedir permiso al Ministerio. Poco después, en 1975, publicó Luis Carandell su desmitificador "Vida y milagros de Monseñor Escrivá de Balaguer ("Laia").

Con el segundo libro, "Los hijos del Padre", ocurrió un incidente peculiar, ya en la democracia. Días antes de su publicación me llamó Mario Lacruz, a la sazón director de la editorial. Aparte de haber sufrido -me contó- la consabida visita del socio del Opus Dei que pide la retirada del libro, los directivos del "Banco de Madrid", dueños de "Argos Vergara", le comentaron que habían recibido serias presiones de banqueros del Opus al efecto. Sólo el hecho de que el libro estaba ya impreso, es decir, producida la inversión económica, permitió a Mario Lacruz seguir adelante.

Cuando María Angustias Moreno publicó su libro "El Opus Dei. Anexo a una historia" (Planeta, 1976), entre otras presiones, un grupo de sacerdotes se dedicó a visitar, de dos en dos, a numerosas personas, descalificando a María Angustias por ser... lesbiana, invención calumniosa que se hacía aún más desagradable oír de labios de sacerdotes, según cuentan los visitados. Ella relata éste y otros lances en su libro La otra cara del Opus Dei (Planeta, 1978).

Por aquellos días, María Angustias acudió a mí, relatándome la campaña de hostilidad impune que estaba sufriendo. Por ejemplo, militares del Opus, de uniforme, iban por las librerías, recomendando la no exhibición de su libro.

Tratamos de que la Prensa publicara algo. Los periódicos convencionales no quisieron. Acudí a la Prensa de izquierdas, también sin éxito. Recuerdo que el director de "La Calle", alegó que no quería indisponerse con el Banco Popular por razones crediticias. Por fin, Eliseo Bayo nos abrió las puertas de "Interviú", donde María Angustias, una casta muchacha andaluza, tuvo que relatar sus cuitas en un marco tan peculiar, lo que le provocó no pocas reconvenciones.

El silenciar la crítica, el evitar la confrontación dialéctica, son estrategias comunes a las organi-

zaciones ideológicas, pero los responsables del Opus Dei las llevan hasta extremos inverosímiles. Todavía está por ver que sus representantes acudan a una discusión pública y mucho menos a un debate abierto en los medios de comunicación.

Esta fórmula de reduccionismo informativo está particularmente diseñada para evitar que sus fieles, especialmente los más pueriles, sólo sepan de la Obra lo que les cuentan dentro. Como consecuencia, muchos socios resultan particularmente agresivos y reaccionan frente a cualquier otra información alegando que se trata de insultos a la familia y, por tanto, intolerables.

A veces, algunos socios, a tenor de su particular talante, llevan la persecución al disidente a términos extremosos, que incluso proporcionan embarazosas situaciones a los superiores. Sin embargo, son éstos los culpables, en último término, al producir sus consignas y sus descalificaciones.

"Yo recuerdo -comenta Saralegui- aquellas notas que se nos leían en los círculos, en las reuniones internas, sobre los numerarios importantes que se salían. Cuando nos leyeron una sobre ti, particularmente tendenciosa e injusta, yo protesté al director. Él, Javier Cotelo -un arquitecto de confianza de Escrivá-, me dijo que no hacia sino leer lo que le habían ordenado."

A mí me ha tocado en suerte últimamente recibir las atenciones de uno de los más pertinaces.

En 1983, el responsable de un programa radiofónico en la "COPE" me propuso realizar un comentario sociológico semanal. Ante mi advertencia, mitad broma, mitad precaución, de que temía la oposición de sus señoritos -la "COPE" es de la Iglesia católica y su director de entonces, Eugenio Galdón, del Opus Dei-, él me garantizó su libertad de contratación. Días después, cuando ya la Prensa había anunciado mi actuación, el periodista en cuestión tuvo que pasar por la vergüenza de llamarme, para confirmarme que sus jefes habían vetado mi nombre.

Por entonces, yo me limité a abogar por la modernización de la legislación pertinente y aduje que en los países en que nos miramos, Estados Unidos por ejemplo, las iglesias y los grupos religiosos obtienen licencias para hacer radio o televisión religiosa, no comercial.

Pero en el otoño de 1986 me ha sucedido exactamente lo mismo, esta vez con la "SER". Dos conocidos periodistas de la casa llegaron a un acuerdo conmigo, incluso económico, para participar en su espacio y lo sometieron a la aprobación final del director, señor Galdón, quien les aseguró que, mientras él estuviera allí, yo no colaboraría en la "SER".

Yo no conozco al señor Galdón, quien parece haber llevado consigo, de la "COPE" a la "SER", junto a sus habilidades mercantiles, su particular selectividad. Sé que es hijo del supernumerario militar del mismo nombre que pidió el retiro para dirigir "Rotopress", la imprenta que montó el Opus en los años sesenta. Y me figuro que habrá aprendido en sus dos familias, la natural y la eclesiástica, esa santa intransigencia de que hace gala.

La transformación del talante opusdeísta, de aquella entusiasta simplicidad apostólica de la primera hora en la mezcla de cinismo y agresividad que practican hoy tantos conspicuos miembros de la organización es probablemente un tributo personal a la propia transformación de la secta.

"La Obra -comenta Saralegui- se vuelca hoy hacia adentro, a la solidaridad con los que son como tú, a la protección de los hijos mediante la red escolar propia y ello incluye una notoria hostilidad hacia las personas y los acontecimientos que no entienden. Los desastres en la actuación pública, "Matesa", "Rumasa", el venirse abajo las obras comunes, han reducido la acción colectiva y la gente de la Obra, que se siente particularmente incómoda en la España pluralista, se concentra en la intimidad, en la asociación selectiva."

Una parte de este nuevo talante tiene que ver con la dificultad en asumir el pasado inmediato, en tener que pechar con la doble verdad de su biografía colectiva. El empeño de los superiores en disfrazar el pasado ocasiona muchos silencios públicos y privados y los opusdeístas son incapaces de encararse con su historia. Esa historia que, en su versión oral, contribuyen a desvelar mis interlocutores.

La sociología del Opus Dei se ha hecho principalmente en clave masculina. Los temas del poder político y económico, las disputas eclesiásticas, los conflictos de interés, prevalecen en la atención de observadores y críticos y contribuyen a marcar el terreno en el que se defienden los voceros de la institución. Por eso he sentido mucho no poder contar finalmente con la mayor parte de los materiales que me proporcionó en su día María del Carmen Tapia. Ella, como María Angustias Moreno y otras mujeres que comienzan a contar su peripecia opusdeística, tienen un acercamiento al tema más rico, más humano y, por supuesto, más dramático. La razón de la omisión es que María del Carmen ha llegado a un acuerdo con un editor norteamericano para publicar su propio libro y, si persiste en el empeño, su narración promete ser tan interesante o más que ésta.

FIN DEL LIBRO